

The background of the entire page is a repeating pattern of stylized, light gray line-art icons representing books, documents, and open books. The icons are scattered across the white background, creating a textured, academic feel.

Médicos Escritores Latinoamericanos

Amparo Aurora Ramírez Tamayo
(coordinadora)

Médicos escritores latinoamericanos ; coordinadora Amparo Aurora Ramírez Tamayo ; Luz María Aguirre Baeza y otros. -- Bogotá : Fondo Editorial Universidad Cooperativa de Colombia, 2016.

230 páginas ; 26 cm. -- (Colección actas)
ISBN 978-958-760-061-2

1. Poesía latinoamericana 2. Literatura latinoamericana 3. Médicos autores I. Ramírez Tamayo, Amparo Aurora, coordinadora II. Aguirre Baeza, Luz María, autora III. Tít. IV. Serie. 868.9981 cd 21 ed. A1553069

CEP-Banco de la República-Biblioteca Luis Ángel Arango



Médicos Escritores Latinoamericanos

© Ediciones Universidad Cooperativa de Colombia, Bogotá, octubre de 2016

© Amparo Aurora Ramírez Tamayo, Luz María Aguirre Baeza, Carlos Alegría Jaque, Josyane Rita de Arruda Franco, Laura Caballero Canales, Andrea María Cabarrús Melgar, Raul Cárdenas canales, Amy Lucila Castro Taks de Reyes, Luis José Daza López, Mercedes Díaz Cuesta, Catherine Fieldhouse Alarcón, Verónica Garay Moffat, Valerio González Rodríguez, Alejandro Galo Illanes Mora, Jasmina Jackel de Aldana, José Ariel Pierre Lattus Olmos, Oscar Martínez Molina, Pablo Andrés Martínez Silva, Carlos Fernando Matamala Rivas, Evelyn Mazariegos Carrascosa, Isoris Jacqueline Mesa Walwyn, José Leonel Miranda Barrios, Angélica Monreal Urrutia, Álvaro de Jesús Monterrosa Castro, Angélica Margarita Monterrosa Blanco, Alma Grace Pineda Terán, Boris Julián Pinto Bustamante, Carla Andrea Rojas Solar, Juan Francisco Serrano de León, Alba Testart Tobar, Carmen Gloria Testart Tobar, Alfredo Thumala Jaar, Oriana Valenzuela Castro, Nedy Cristina Varela Cetani, Katia Alexandra Velasquez Martínez, Guillermo Witto Arentsen, Juan Ricardo Kelm, Arturo García Álvarez, Arturo García Álvarez, Valerio Germán González

ISBN (impreso): 978-958-760-061-2

DOI: <http://dx.doi.org/10.16925/9789587600629>

Organizan

Facultad de Medicina, Universidad Cooperativa de Colombia, sede Santa Marta

Comité Organizador

Salín Ramón Touchie Meza
Decano Facultad de Medicina

Leonel Quintero Florido
Coordinador Proyección Social y Extensión

Leonilde Torres Montaña
Coordinadora Sistema de Información Bibliográfica

Amparo Aurora Ramírez Tamayo
Coordinadora del Congreso

Comité Científico Internacional

Juan Francisco Serrano
Ana Evelyn Mazariegos Carrascosa
Guatemala

Juan Ricardo Kelm
Mónica Cantarela
Argentina

Catherine Julia Fieldhouse Alarcón
Laura Caballero Canales
Chile

Nedy Cristina Varela Cetani
Uruguay

Fondo Editorial

Director Nacional Editorial, Manfred Acero Gómez
Coordinadora Editorial, Ruth Elena Cuasialpud Canchala
Producción editorial de libros, Camilo Andrés Cuéllar Mejía
Producción editorial de revistas, Daniel Urquijo Molina

Proceso editorial

Cordinación, Camilo Cuéllar Mejía
Corrección de estilo, Hernando Sierra
Diagramación, Mauricio Salamanca
Impresión, Proceditor

Impreso en Bogotá, Colombia. Depósito legal según el Decreto 460 de 1995.

El Fondo Editorial de la Universidad Cooperativa de Colombia se adhiere a la filosofía del acceso abierto y permite libremente la consulta, descarga, reproducción o enlace para uso de sus contenidos, bajo una licencia de Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional. <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/>

Contenido

Prefacio	7
<i>Carlos Juan Antonio Toro Torres</i>	

Presentación	9
<i>Amparo Aurora Ramírez Tamayo</i>	

Cuentos

Encuentro con Modigliani	13
<i>Raúl Basail</i>	
De por qué las codornices dicen «chancaca» Cuento infantil.....	16
<i>Laura Caballero Canales</i>	
Ascensos y descensos.....	19
<i>Laura Caballero Canales</i>	
El crítico gastronómico y el comensal.....	23
<i>Amy Castro de Reyes</i>	
Y no pasó nada	25
<i>Catherine Julia Fieldhouse Alarcón</i>	
Cuando no lavas tus manos	27
<i>Catherine Julia Fieldhouse Alarcón</i>	
Los buitres y las palomas.....	29
<i>Verónica Garay Moffat</i>	
Pedro Pajarito.....	31
<i>Arturo García Álvarez</i>	
La visita del serafín.....	33
<i>Arturo García Álvarez</i>	
Los pi-ratas del caribe.....	35
<i>Arturo García Álvarez</i>	
Prurito delator.....	37
<i>Valerio Germán González Rodríguez</i>	

Los narcisos.....	123	Recordando esa música.....	148
<i>Andrea Cabarrús Melgar</i>		<i>Carlos Fernando Matamala Rivas</i>	
La Playa.....	124	Trascender.....	149
<i>Amy Castro de Reyes</i>		<i>Carlos Fernando Matamala Rivas</i>	
Quintaescencia.....	125	Contigo amor.....	150
<i>Amy Castro de Reyes</i>		<i>Carlos Fernando Matamala Rivas</i>	
El intensivo de los sentimientos.....	126	Tiempo blanco.....	151
<i>Amy Castro de Reyes</i>		<i>Ana Evelyn Mazariegos Carrascosa</i>	
Gracias amor.....	128	Hoy quisiera.....	152
<i>Raquel Cifuentes Cabrera</i>		<i>Ana Evelyn Mazariegos Carrascosa</i>	
Aunque te hayas ido pronto.....	129	Beso a media luz.....	153
<i>Raquel Cifuentes Cabrera</i>		<i>Ana Evelyn Mazariegos Carrascosa</i>	
Por la ruta de la eternidad.....	130	La edad del cielo.....	154
<i>Raquel Cifuentes Cabrera</i>		<i>Ana Evelyn Mazariegos Carrascosa</i>	
Quisiera contarte.....	131	La naturaleza y yo.....	155
<i>Raquel Cifuentes Cabrera</i>		<i>Amparo Aurora Ramírez Tamayo</i>	
«Mi interior».....	132	Soy y no soy.....	156
<i>Mercedes Díaz Cuesta</i>		<i>Amparo Aurora Ramírez Tamayo</i>	
Demasiado.....	134	Canto de otoño.....	157
<i>Catherine Julia Fieldhouse Alarcón</i>		<i>Claudio Urrea Robin</i>	
Puntualmente.....	135	Pájaro cucú.....	159
<i>Catherine Julia Fieldhouse Alarcón</i>		<i>Oriana Valenzuela Castro</i>	
El ruido de quererte tanto.....	136	Quinta coordenada.....	160
<i>Catherine Julia Fieldhouse Alarcón</i>		<i>Oriana Valenzuela Castro</i>	
Siesta.....	137	Amor impío.....	162
<i>Verónica Garay Moffat</i>		<i>Oriana Valenzuela Castro</i>	
Luz de risa y beso.....	138	Corazon delator.....	163
<i>Verónica Garay Moffat</i>		<i>Oriana Valenzuela Castro</i>	
Compulsión a la repetición.....	139	¿Cómo fue?.....	164
<i>Verónica Garay Moffat</i>		<i>Oriana Valenzuela Castro</i>	
¿Quisieras un poema, Noctiluca?.....	140	Café.....	165
<i>Valerio Germán González Rodríguez</i>		<i>Nedy Cristina Varela</i>	
Dame Noctiluca.....	141	Destinos.....	167
<i>Valerio Germán González Rodríguez</i>		<i>Nedy Cristina Varela</i>	
Quiero devorar tu luz.....	142	Las palabras.....	168
<i>Valerio Germán González Rodríguez</i>		<i>Nedy Cristina Varela</i>	
Te regalo, Noctiluca.....	143	No me abandoneones.....	169
<i>Valerio Germán González Rodríguez</i>		<i>Nedy Cristina Varela</i>	
De viaje, Noctiluca.....	144	A veces.....	170
<i>Valerio Germán González Rodríguez</i>		<i>Katia Alexandra Velásquez Martínez</i>	
Es el principio del fin.....	145	El origen de las piedras.....	171
<i>Alejandro Galo Illanes Mora</i>		<i>Katia Alexandra Velásquez Martínez</i>	
Poemas de uso diario.....	146	Como si fuera una carta.....	172
<i>Pablo Andrés Martínez Silva</i>		<i>Katia Alexandra Velásquez Martínez</i>	

Homenaje a dos poetas primordiales.....	174	Médico abejorro	197
<i>Guillermo Witto Arentsen</i>		<i>Juan Francisco Serrano</i>	
Por la luz	175	Mala suerte	199
<i>Guillermo Witto Arentsen</i>		<i>Juan Francisco Serrano</i>	
Microcuento		Microcuentos	201
La carta	179	<i>Carmen Gloria Testar Tobar</i>	
<i>Laura Caballero Canales</i>		Soledades	203
Un lugar inesperado.....	181	<i>Guillermo Witto Arentsen</i>	
<i>Raúl Cárdenas Canales</i>		Ensayo	
El E.T.	183	Reflexiones sobre el aborto	207
<i>Valerio Germán González Rodríguez</i>		<i>Luz María Aguirre Baeza</i>	
El infarto	185	Mona Lisa e os poetas malditos.....	213
<i>Jasmina Jäckel de Aldana</i>		<i>Josyanne Rita de Arruda Franco</i>	
Cofre antigüeño	187	Mona Lisa y los poetas malditos.....	215
<i>Jasmina Jäckel de Aldana</i>		<i>Josyanne Rita de Arruda Franco</i>	
Verdad crucificada.....	189	Diferencias entre la medicina de hoy y la medicina de antaño	217
<i>Jasmina Jäckel de Aldana</i>		<i>Luis José Daza López</i>	
La otra mitad.....	191	Ética, humanismo y valores en la medicina moderna	219
<i>Juan Ricardo Kelm</i>		<i>José Ariel Pierre Lattus Olmos</i>	
Hechos a pulso	193	El sentimiento de la amistad y la fraternidad	221
<i>Amparo Aurora Ramírez Tamayo</i>		<i>José Ariel Pierre Lattus Olmos</i>	
Don Miguel	195	Escuelas de medicina, médicos y tabaco	225
<i>Juan Francisco Serrano</i>		<i>José Leonel Miranda Barrios</i>	
		Biodatas	231

Dos artes. Dos bellas artes. Literatura y medicina, unidas en un solo ser humano. Sí, dos artes al servicio del mismo individuo. Esto es lo que compila el médico-escritor en su ser, en su esencia, en su imperativo de conocerse, de escarbar en su interior, en su necesidad de servir al tiempo que se sirve a sí mismo. Puede que no existan otras artes que sirvan tan profunda y excepcionalmente —de forma simultánea— a quien van dirigidas y a quien las practica, ya que son artes del alma. Me tildarán de orgulloso con argumentos tales como «toda ocupación humana viene del alma». Sí, lo concedo; sin embargo, estas lidian con el sufrimiento y la alegría, son inmediatas, presentes, espontáneas, indisolubles de la vida cotidiana que sucede entre dos individuos.

Así, en la confluencia de pasiones —entre sanar, curar, acompañar y plasmar emociones, ideales y valores— nace la voz que no permite ser des-oída; la cual, como un dios griego, obliga a un individuo a empuñar tanto el bisturí como el lápiz, a escuchar al paciente y a su voz interior, a acoger el dolor y la paz; más bien, a sufrir y gozar sus pasiones para sentirse completo. En la confluencia de sus artes, el médico se siente íntegro, supera temores, logra sueños: es él, sin máscaras. El médico-escritor sana en presencia con sus pacientes y a distancia con sus lectores.

El conocimiento del ser humano y su drama pueden hacer del médico un ser con especial habilidad para plasmar, entre realidad y ficción, la naturaleza humana, sus conflictos, sus alegrías, sus pasiones, sus sabores y sinsabores, desde el mayor altruismo hasta la bajeza más vil. Leo en Wikipedia: «Él tiene en la práctica médica su finalidad, apoyándose en la literatura, y está apoyándose en su práctica, en una interrelación de acciones. El secreto de profesión hace del médico un ser humano de gran conocimiento del padecimiento de sus pacientes, que, sin embargo, no puede revelar. La literatura abre un camino para ese escape del que se siente necesitado».

La historia muestra esta confluencia del médico y el escritor desde los albores de la humanidad. Comienzan nuestros ejemplos con San Lucas y su evangelio; Avicena y sus códigos; Rabelais con Pantagruel; Schiller con Guillermo Tell; Keats y su Oda a un ruiseñor; Conan Doyle

y el magnífico Sherlock Holmes; en la actualidad encontramos a Noah Gordon y El Médico.

Cuento, novela, poesía y otros géneros literarios congregan mentes, personalidades y seres que utilizan la escritura para expresar su más profundo sentir, sus opiniones y sus valores, creencias por las cuales luchar. Dejar salir esa voz interior con palabras sanadoras —esencia de la profesión, de la vocación, del llamado—, es un imperativo. Esa voz clama por ser escuchada, quiere llegar a través del texto a seres que nunca tendrán contacto directo con el escritor.

¿De dónde nace? ¿De dónde se nutre? Dicen que nada puede decir una persona si no está ya dentro de ella. Por tanto, sale de las entrañas de los galenos, alquimistas por naturaleza, queriendo transformar duras realidades en otras más amables, así como lo pretenden hacer con la enfermedad y la salud.

La belleza de este libro está en que compila en un solo tomo la naturaleza humana en toda su extensión, pasando por la más fértil imaginación, sucumbe de repente en el más prosaico sexo y la traición, para luego elevarse al Olimpo ¿del amor?, o bajar a la religiosidad humana, que tiene más de humana que de divina.

La historia profana no cesa, hasta que su paso cede a la soledad del amor y el desamor, incluso, a la conjunción de almas peregrinas. Algunas encuentran refugio en otra. A otras les toca transitar en el silencio de la vida «acompañadas» de soledad.

El dolor grabado con fuego de las dictaduras, del aplastamiento del ser humano, de la vejación, del egoísmo sin límites, cede su paso al amor altruista, al amor enamorado, a la vida aun ante la muerte: vida, vida.

Las anécdotas se convierten en cuentos: bien sean personales, o bien venidas de terceras persona, se leen vivas, resplandecientes, encaran la fría realidad o la más tierna e ingenua imaginación.

No falta el sexo, para nada. Ameniza por doquier. Llega incluso hasta a confundirse con el amor metafórico, idealista. El amor que reúne o que aparta por no ser amor. Pasiones, egocentrismo, aplastamiento del otro, sueños idos. ¿Qué más queremos?

Sí, eso encuentra el lector en este colectivo. No tiene que saltar de un libro a otro para

encontrar su resonancia, aquella que lo hace reír y llorar, como a todo buen lector. Ya que un buen texto requiere un buen lector.

En ocasiones los relatos destapan la humillación del ser humano por sus congéneres bajo el pretexto de «está enfermo». Sí. También los médicos podemos ser infinitamente duros. Sí. También podemos «castigar», sentirnos jueces y dictar sentencia. También esto encontrará el lector.

Hallará el amor en todas sus facetas, incluyendo su reverso, el desamor, pues asoma en los sentimientos que despiertan las palabras. No es posible sustraerse a su influjo. Como tampoco es posible sustraerse a no encontrar paralelismo con nuestra propia vida de médicos, con nuestras experiencias que parecieran son vividas en simultáneo y semejanza en otro país, en otra latitud.

Transcurre el texto por el cuento, pasa a la poesía, hace un tramo corto, muy corto en el micro-cuento. Llega a su final con el ensayo, ensayo que igualmente muestra de trasfondo la pasión de quienes escriben y su fe en dejar un legado para mejorar el mundo. Múltiples géneros literarios unidos.

Razón para leerlo, no hay. Solo sentimiento es lo que invita a fijar nuestros ojos en él. Dicen que no es la razón la que nos hace levantarnos en la mañana, no es la que nos hace actuar, son las emociones las que nos mueven. De ellas está pleno este texto que invita a la lectura de inmersión. ¿En qué? En el ser humano, el del lector. El amor es una constante de esperanza en la raza humana en este libro. He aquí la «razón» para leerlo.

Carlos Juan Antonio Toro Torres
Médico fisiatra

La Universidad Cooperativa de Colombia tuvo su representación en el Congreso de Humanidades Médicas en Brasil, Universidad de Sao Paulo, año 2013, con tres investigadoras que respondieron a la convocatoria: la doctora Cristina Marín Monroy, Amparo Aurora Ramírez de la sede Santa Marta y la Psicóloga Paula Ariadna Corzo Pérez de Villavicencio.

Durante la sustentación de las tres investigaciones estuvo presente la doctora María Rosa Walker de la Universidad Católica de Chile. Las diapositivas y los temas propuestos la sensibilizaron, inquietaron y la llevaron a proponer la participación en el Congreso de Médicos Escritores. Le correspondía a Argentina. Se hicieron las conexiones pertinentes y Colombia participó en el IX Congreso, en Misiones de Argentina, con anfitriones extraordinarios como los doctores Juan Kelm y Mónica Cantarella. No pudo haber mejor recibimiento que unos brazos abiertos y una gran sonrisa plena de amabilidad hacia la única colombiana asistente, Amparo Aurora Ramírez Tamayo. No hubo literatura, sino un buen relato del bello país representativo. Al finalizar el Congreso, Colombia fue postulada como la siguiente sede. Postulación declinada hasta preguntar a la Universidad Cooperativa de Colombia si le interesaba la propuesta.

Un año después, 2014 en Guatemala, también con anfitriones maravillosos liderados por el doctor José Francisco Serrano y la doctora Evelyn Mazariegos Carrascosa, participó Colombia en el I Congreso Nacional y X Latinoamericano de Médicos Escritores, esta vez cuento y poesía colombianos estuvieron en el libro. Al hacerse la postulación para el siguiente, dos países fueron nominados: Colombia y Uruguay, los dos con la opción de aprobar o desaprobar. Colombia aceptó y Uruguay se prepara para el próximo.

No es fácil, pero el XI Congreso Latinoamericano de Médicos Escritores se lleva a cabo con la propuesta de que participen también los profesionales de la salud. Por tanto, se agregó el título I Congreso Colombiano de Escritores Profesionales de la Salud. Inicialmente todo se fue organizando con los entusiasmados latinoamericanos de quienes se resalta su participación logística. En Chile, las doctoras Catherine Julia Fieldhouse Alarcón y Laura Caballero Canales; en Argentina los doctores Juan Ricardo Kelm y Mónica Cantarella; en Guatemala los doctores Juan Francisco Serrano y Ana Evelyn Mazariegos Carrascosa. En Uruguay la doctora Nedy Cristina Varela Cetina. Todos muy pendientes de errores, repeticiones, faltantes, de escribir a unos y a otros, de incentivar para el acompañamiento y de cuanta información hiciera falta para que nada se quedara en el tintero.

Vale la pena relatar anécdotas como la del doctor Carlos Juan Antonio Toro Torres. Por el correo de las brujas, como se dice popularmente, se enteró del Congreso. Su peluquero escuchó en una cafetería a algunas personas y le contó. ¿Dónde? En la Universidad Cooperativa de Colombia. ¿Y con quién se contacta? Afortunadamente, el doctor Toro conocía a la decana de Psicología, la doctora Andrea Liliana González, ella le dio el correo de la coordinación del Congreso. Escribió. Hubo acuerdo y encuentro en la Biblioteca Juan Luciano Olivella Jacquin. Ante su maravillosa oferta de colaboración, se le puso en contexto y trabajó en investigación sobre el Congreso y en divulgación. Hizo parte de la terna evaluadora del cuento, escribió el prólogo del libro.

Mientras evaluaba notó errores de clasificación. Fueron de gran ayuda sus observaciones y trabajo.

El 13 de mayo en el lanzamiento de libros de los doctores Marco Antonio González Castellanos y Luciano Morales de la Asociación de Médicos Escritores de Guatemala se dio el anuncio de que nueve integrantes de la misma, habían enviado su participación literaria para el libro 2016 en Colombia y que once más se preparaban para asistir. El Congreso en la Universidad Cooperativa de Colombia hacía parte de Centroamérica.

Cabe destacar la colaboración incondicional del doctor Enio Armando Hernández Aguirre, médico, investigador y poeta; de Carlos Julio Velásquez Acosta Licenciado en Español y Literatura, poeta, maestrante en Educación, del médico Francisco Navarro Mier, del licenciado Martiniano Acosta, escritor de cuento, novela corta y ensayo; de la psicóloga Martha Lucía La Rota Ramírez; de la doctora Gregoria Polo de Lobatón.

Fue interesante la metodología empleada. Muy temprano se inició la recepción de participación de los médicos escritores de Argentina, Brasil, Colombia, Cuba, Ecuador, Guatemala,

México y Uruguay, a todos les pareció temprano, pero cada uno inicio sus envíos desde el mes de marzo de 2016. Durante la corrección de estilo, correos van, correos vienen, se pudo comprobar la eficacia de la tecnología y el interés que cada escritor le puso a su creación. Comas aquí, acentos allá, términos regionales, signos de puntuación y de admiración con criterio propio, exigencias por parte de la Editorial como la firma de los autores aprobando publicación, conferencias con los editores aportando ideas. Finalmente el libro tiene características específicas, propias de la Editorial y creatividad por parte del Comité Académico para su presentación secuencial en cuento, microcuento, poesía y ensayo; biodata de cada autor con su dirección electrónica para que pueda ser contactado por los interesados lectores.

La tarea finaliza con la publicación del libro *Médicos Escritores*, desde Colombia, y el desarrollo del XI Congreso Latinoamericano de Médicos Escritores, I Congreso Colombiano de Profesionales de la Salud.

Amparo Aurora Ramírez Tamayo
Coordinadora

Cuentos

Encuentro con Modigliani

Raúl Basail

Como todos los días, ingresé en el subterráneo. Tomé el libro que siempre llevo en el portafolio y me introduje en él. En cierto momento, lo dejé sobre mi regazo. Me quité los lentes y permanecí como convocado por otro requerimiento. Me mantuve inmerso en esa incertidumbre que se asemejaba a un llamado. Siempre respondí a mis intuiciones.

Escasos minutos se habrían sucedido cuando observé que, en el asiento frente al que ocupaba, se encontraba sentada una mujer. Miré sus pies que estaban unidos uno junto a otro, así como sus rodillas, inclinadas un poco hacia la izquierda. La observé, entonces, en su totalidad. Su torso se encontraba erguido sobre sí mismo, sus hombros caían, relajados. Su rostro ovalado y pronunciado se hallaba sobre un bello y largo cuello. Un cuello elevado, liso, un poco inclinado hacia adelante que, a mis ojos, resultaba erótico. Un rostro inmóvil, silencioso, ocultando y expresando una casi atónita expresividad cubierta de misterio.

Un brutal latigazo cruzó mis ojos. Y la vi. La *Mujer de ojos azules* de Modigliani se encontraba frente a mí. Y no se trataba de algo parecido: era la obra misma. Me detuve en ese cuello que tanto me atraía en las mujeres. Luego, ya sin pudor y con mi libro sin leer, me dediqué —al borde de lo obsceno—, a descubrir aquel rostro. Se encontraba girado hacia un costado. Su pelo corto, casi castaño y recogido atrás, dejaba mechones finos que caían sobre su cara y a los lados. Algunos cruzaban sus ojos, su mirada. Esa extraña mirada. No puedo decir que era desconsuelo, tampoco melancolía. Su mirar —no sus ojos— transmitía una extraña sensación, podría decir de paz, de resignación (aunque si fuese de ira, no lo advertiría). Era esa expresión lejana que puede traspasar el espacio. De todos modos, tuve un momento de distracción, volví mi mirada y su sitio se encontraba vacío.

Como uno, en estas situaciones, tiene que remitirse a la esperanza, no hice más que recurrir a ella. En el subte es muy sencillo volver a ver a las mismas personas. El tiempo se encargó de que renegara de esa posibilidad tras varios días de infructuosa ilusión.

Cuando me senté, otro día, en el sitio que rutinariamente elegía, abrí mi libro sin reparar en nada. En un momento, ante la demora en la salida del tren, levanté la vista y vi que ella se encontraba frente a mí. Estaba mirando al suelo, muy parecido a como lo hacía aquel día. Permanecí con mi mirada en ella, casi con descaro. Hasta que logré que levantara sus ojos.



—¿Sabés si hay demoras? —le pregunté como para justificar aquel mirar.

—No lo sé. Cuando vine no había ningún aviso —respondió en un extraño castellano.

Aquella voz fue la que había imaginado. Aquel tono grave y rugoso, que resultaba, casi, lo que más me atraía de una mujer.

La salida se hacía esperar. Me levanté y salí para ver si algo había sucedido.

Volví a mi sitio. Fue entonces que ella me miró interrogante.

—¿Viste algo? —preguntó.

—No. Aparentemente no hay inconvenientes —dije. Y agregué—: ¿Hasta dónde vas?

—A Tronador.

—Bueno. Me presento, yo soy Rodrigo Barral. ¿Vivís por ahí?

—Sí. A pocas cuadras.

—Somos casi vecinos. Yo voy a Los Incas.

Comenzamos una charla cotidiana que puede presentarse entre dos personas en un tren. Unos minutos más tarde se escuchó el aviso de salida, y comenzó el ruido propio de la formación en movimiento. Cuando llegamos a Tronador, bajé con ella.

—¿Vos no vas hasta Los Incas? —preguntó.

—Pero no tengo prisa, y lo que estábamos hablando me resulta interesante. De todos modos, nadie me espera —agregué como para demostrar que me encontraba libre.

—¿No tenés familia que te espere?

—No —dije—, ¿y a vos quién te espera?

—Amedeo —respondió, dejando un interrogante.

—¿Y quién es Amedeo? —pregunté con un temor incontenible.

—Es mi gato.

La conversación se enfocó en la pintura, y la llevé a Modigliani.

—Modigliani es uno de mis preferidos de aquella época, aunque haya tenido muchos problemas personales —dije.

—Y vos no sabés cómo se luchaba para todo, es que todo estaba cuestionado. Hasta aquel que pensara que se podría transportar en el tiempo era ejecutado.

—Sí. Lo sé.

—¿Y vos crees en eso de transportarse?

—¿En el tiempo?

—Sí. De eso hablo.

—En realidad, lo ignoro. No es algo en lo que haya pensado.

—Con la admiración con la que me hablás, creo que te resultaría interesante verlo trabajar.

—¿A Modigliani?

—Sí.

—Es cierto. Pero eso sería magia. Y no soy mago.

—Bueno. Ya llegamos a mi casa —dijo.

Se trataba de una pequeña pared, en la que faltaba mucho revoque. La pintura y la mampostería se encontraban prácticamente ausentes. La puerta, esas antiguas de hierro forjado, chirrió al momento de abrirse.

—¿Nos volveremos a ver? —pregunté como una ilusión.

—Probablemente en el subte —dijo.

No sé si para mi asombro o mi desgracia solo se sucedieron dos días cuando, sentado como siempre, me encontraba en mi lugar del subte leyendo mi repetido libro. Ignoro qué fue, pero levanté la vista. Me encontré de frente con su mirada, y no supe, en realidad, si alegrarme.

—¡Hola! —le dije casi sin voz, mirándola a los ojos.

Era todavía aquella mujer, la del cuadro de Modigliani. Su mirada absorta, su rostro lejano. Pero en ese momento presentí algo extraño dentro de mí. Viví aquello como si me encontrara hablando frente a la misma Hébuterne.

—Tenía razón —dijo—, nuevamente nos encontramos en el subte.

—Sí. Tenías razón —respondí con cierta inquietud.

Por supuesto, descendimos en Tronador. Caminamos y hablamos de situaciones de todos los días, sabiendo ambos que no era ese el tema que nos convocaba.

—¿Pensaste lo de Modigliani? —dijo en un momento.

—¿En cuanto a verlo?

—Sí. De eso hablo.

—En realidad, sería una buena experiencia. Pero imposible.

—¿Y estarías dispuesto a hacerla? —preguntó, con una decisión que se asemejaba a un imperativo (debo reconocer que cierto temor se apoderó de mí).

—Sí —atiné decir.

—Bueno —respondió. Y no volvió a hablar hasta que llegamos a su casa.

Abrió aquella puerta que chirriaba.

—Entremos —dijo, esgrimiendo esa leve sonrisa que casi se podía entrever en la pintura.

A diferencia de lo que mostraba esa pared de ingreso, la habitación en la que penetramos se veía decorada de una manera que no habría imaginado. El orden, la pulcritud y el buen gusto se podían ver hasta en el último rincón. Un leve olor a incienso se adivinaba en toda la casa. Sacó unos vasos y una botella de un aparador.

—Debés beber esta copa de jerez —dijo, acercándome el pequeño vaso.

—Bueno —dije, y fui bebiéndola con tanto placer como temor.

—Buenas tardes. ¿Usted es Rodrigo Barral?

—Sí —dije a ese hombre vestido de modo extraño.

—Bueno. Póngase esa ropa —dijo.

—¿Y usted quién es? —pregunté mientras me vestía.

—Solo un amigo de Amedeo. Me llamo Antonio. Mi confusión iba en incremento, y sabía bien que solo debía obedecer.

Lo voy a llevar al taller de Amedeo. Lo presentaré como un amigo que viene de otro país. Trate de hablar lo menos posible, ya que es un iracundo. Solo alábelo, de ser necesario.

—Bueno —atiné a responder.

Salimos en la oscuridad de la noche, cubiertos por nuestras capuchas. Caminamos por empedrados y tierra. El frío se hacía sentir. Mis pasos eran torpes sobre aquel piso. Tocó en una puerta. Al rato apareció una mujer que apenas asomó la cabeza.

—¡Señor! ¡Es Usted! Pase. Pase.

La iluminación era escasa, pero a los pocos minutos me fui acostumbrando.

—¡Modi! ¿Cómo estás?

—Bien. Trabajando.

—Vine con mi amigo que te dije, que venía del extranjero.

—Que se siente por ahí.

Me senté donde mi acompañante me indicó. Permanecí realmente absorto ante lo que veía. Estaba él, frente a un gran caballete, con un pincel en una mano y un vaso en la otra.

—Serví un vaso de vino a tu amigo —dijo sin quitar sus ojos de la tela.

Sus movimientos eran bruscos. Me mantuve observándolo, extasiado. Hablaba solo mientras su mano se movía por la tela, y su vaso se iba vaciando y llenando. En un momento gritó algo que no entendí, y aquella mujer apareció.

—¡Esta botella no tiene vino! ¡Y trae otra para los invitados!

Dejó una botella sobre la mesa en la que me encontraba con mi codo apoyado. En ese momento se detuvo y se volvió hacia nosotros.

—¿Cómo se llama? —preguntó, mirándome. Es más, escudriñándome. Se detenía en cada resquicio de mi rostro.

—Rodrigo —dije con temor.

—Es español, maestro.

—¡Qué maestro ni maestro! —dijo, y se volvió a su tela.

Aquella habitación, por lo poco que pude ver en la penumbra, tenía una mesa y varias banquetas. Sobre el piso y las paredes podían verse nada más que telas. Minutos más tarde se volvió nuevamente hacia mí. Me miró con detenimiento, en tanto su vaso volvía nuevamente a vaciarse. Y un cigarrillo colgaba de su boca. Se detuvo mirándome, casi a treinta centímetros de mi cara. Así estuvo un tiempo que para mí fue eterno.

—¿No toma vino? —dijo, retirándose un poco.

—Sí —respondí, mostrándole mi vaso.

—Bueno. ¡Beba!

Llevé mi vaso a la boca bebiendo ese vino grueso. Él permanecía observándome mientras lo hacía.

—Bien. Bien... —dijo.

En ese momento acercó una lámpara hacia mí. Montó una tela en otro caballete y comenzó con nuevos trazos desordenados. Se acercó en varias oportunidades repitiéndome que bebiera el vino, o preguntándome sobre mi país, que apenas recordaba. Y volvía a su tela, que iba tomando forma.

—Bueno. Ahora tengo que trabajar —dijo con voz ronca, tosiendo en cada palabra.

Evidentemente, esa era la señal de que había que dejarlo solo, ya que mi anfitrión se levantó y me indicó hacer lo mismo. Se despidió y yo también lo hice.

—¿Qué le pareció? —me preguntó cuando estuvimos en la calle.

—En realidad me sorprendió.

—Así es él —dijo—, pero es un buen hombre.

—Sí. Lo sé —respondí.

—¿Y quiere volver?

—No creo que le guste —dije como pretexto.

—En ese caso, acá no puede estar más. Tiene que volver a su sitio —dijo.

Desperté, en mi cama, cubierto con una manta y sofocado por el calor de ese verano tan agobiante. Me di una ducha y salí con prisa a mi trabajo; ya era tarde.

El día no resultó ser distinto de lo cotidiano, aunque intuía que algo debería presentarseme.

Ignoraba qué podría ser, qué podría resultar de esa ignota incertidumbre.

Los días fueron pasando y no dejaba de pensar en aquel esperado momento, del que ignoraba todo. Era, como dije, apenas una intuición.

Desahuciado, inmerso en una espera estéril, retomé la lectura de mi consecuente libro. En un momento, elevé la mirada y vi el letrero de Tronador. Salí antes de que las puertas se cerraran. Me encontré en la calle. Creí saber hacia dónde debía caminar, y así lo hice. Luego de responder a mi instinto arribé al lugar esperado. Sin embargo, un edificio de departamentos que, evidentemente, no era nuevo, se presentó frente a mí. Reconocí que había equivocado el recorrido, si bien me pregunté cuál sería el correcto. Fue entonces que decidí el regreso a mi casa, colmado de dudas, interrogantes y, por qué no —debo admitirlo—, miedos. Llegué a mi casa con la carga esperada de la desolación.

Durante los días siguientes levantaba mi vista del libro, miraba a la persona que se encontrara frente a mí. Pero indefectiblemente los resultados distaban de ser los esperados.

Volví a descender en Tronador intentando otras calles, pero el resultado era tan negativo como el primero. Recordé que ella me había dicho —aunque no directamente—, como me encontraría de ser necesario. Por lo que consideré que todo mi esfuerzo resultaría inútil.

Reconocí, por fin, que toda aquella situación no había sido más que un sueño repetitivo. Intenté olvidarme de aquel tema que tanto me había obsesionado, reconociendo que no resultaba más que eso: un extraño sueño. No digo pesadilla, ya que en realidad, aunque casi lo haya transportado a mi vida real, no había sido más que un extraño y bello sueño. Sin embargo, esto debo escribirlo, me dije.

Resultaba claro que mi obcecada necesidad de escribir ficciones me había llevado a imaginar aquella.

Ese domingo me levanté cerca del medio día. Me encontraba preparando el desayuno cuando escuché el timbre.

¿Quién podrá llamar un domingo a esta hora? —me pregunté—. Será un afilador de cuchillos o alguien pidiendo ropa, por lo que decidí no responder. Pero la chicharra me sobresaltó, nuevamente, pocos minutos más tarde.

—¡Hola! —dije de mal modo.

—¿El señor Barral. Rodrigo Barral? —escuché.

—Sí.

—Tengo una encomienda para entregar en mano —escuché. Y no dejó de asombrarme que un domingo llegara correspondencia.

—Ya bajo —respondí.

Me entregaron un paquete que se trataba de un cilindro, envuelto en un papel viejo y ajado. Sobre él, un sobre de papel amarillento de una rara textura.

Subí a mi casa con una profunda intriga. Abrí el sobre —que casi se deshacía al hacerlo—, y saqué una pequeña esquila escrita en tinta de pluma:

Estimado señor Rodrigo. El Maestro me indicó que le hiciera llegar esta pintura que realizó en su recuerdo, al momento de su visita. Me dijo: este hombre tiene un buen rostro. Y en este momento, estoy viendo que se encuentra realizando otra obra bastante parecida a la que le remito. Resulta evidente que su rostro ha sido para él un motivo de inspiración. Lo saludo con todo mi respeto.

Antonio

Abrí el rollo con cuidadoso esmero. En realidad no sabía qué suponer de todo aquello. Pensaba en mi interior que se trataba de una burla, pero al verlo no dudé que era él. Aquellas imágenes que habían sido oníricas volvieron en un solo instante. Aquel sombrero que me había colocado Antonio, y que no me animé a decirle que resultaba ridículo. Aquella botella de vino que el propio Modigliani había movido, acercándomela, sobre la mesa. Todo aquello apareció ante mí, inmerso en una profunda inquietud.

A partir de ese momento me obsesioné con conseguir todas sus obras, hasta la menor. Había renegado, no sin temor, a esa idea peregrina de los sueños repetitivos.

En una librería que encontré entre todas las que visitaba, me enfrenté con una obra que ignoraba que existiese, pero ahí estaba entre mis manos, que realmente temblaban al pasar hoja tras hoja. Comencé a mirarlas una por una, frente a la custodia reprobatoria del vendedor. Pero no me importó. Todas sus obras podían contemplarse en él.

Y allí la encontré.

Obviando algunos detalles —como el bigote, por ejemplo—, aquel era realmente mi rostro, indudablemente era mi rostro. Era el *Hombre con vaso de vino*.

De por qué las codornices dicen «chancaca»

Cuento infantil

Laura Caballero Canales

Pedrito y Violeta estaban felices jugando en el columpio bajo el quillay, cuando la abuela los llamó diciendo:

—Al auto, niños, tenemos que ir a comprar chancaca; las codornices están cantando y pronto va a llover. Vamos a hacer sopaipillas pasadas para la hora del té.

—Pero Núa, no hay nubes a la vista, y la Dama Isidora está despejada. En Santiago llueve cuando el Manquehue se pone gorro de nubes, y aquí en el Cajón del Maipo, llueve cuando ese cerro, la Dama Isidora, no se ve. No tiene cara de llover... Además, el señor del tiempo dijo ayer que habría buen tiempo, por eso los papás se programaron para ir a terreno hoy —alegó Violeta, tomándose las atribuciones de la prima mayor—. Están investigando si hay muchos o pocos zorros en esta zona. Queremos seguir jugando afuera, estamos muy entretenidos y ahora le toca a Melchor subirse al columpio.

—Así será, preciosa, pero las codornices no mienten ni se equivocan, y si ellas dicen que viene lluvia, hay que hacer sopaipillas. Escúchalas, dicen clarito, «chancaca... chancaca».

Entre reclamos, Violeta se subió al auto, se puso el cinturón de seguridad y ayudó a poner en la sillita a Pedro, que aún debía usarla porque era más pequeño. Melchor subió dócilmente a su lugar acostumbrado.

—Veamos —decía la Núa—, tenemos harina, zapallo amarillo, aceite para freír, canela, clavo de olor y cáscara de naranjas para preparar la salsa. ¡Solo nos falta la chancaca! Apuesto que tus padres llegarán muy pronto, muy hambrientos y mojados, Violeta. Los esperaremos con un rico té chai y una fuente de sopaipillas pasadas. Y a la vuelta encenderemos la chimenea, para que puedan secar su ropa.

En el almacén, Violeta se fijó que su abuela no era la única en comprar chancaca; varias otras personas habían llevado lo mismo.

—¿Qué va a cocinar su señora, don Pedro? ¿Va a hacer empanadas? —le preguntó a su vecino, que llevaba harina, limones y, por supuesto, chancaca.

—Va a hacer sopaipillas pasadas —dijo él. Si quieres, mañana te llevo un par. Hoy no, porque se va a largar a llover y va a quedar el puuuro barrial...

—Pero si ya se está terminando el invierno. Los ciruelos están llenos de flores, y las tías del jardín dicen que pronto empieza la primavera. Estamos haciendo



trabajos con flores, don Pedro, ya terminamos la unidad de los paraguas —alegaba ella, muy convencida.

—Así será —interrumpió la abuela—, pero las codornices están llamando a las nubes... Cada vez que ellas cantan, dicen clarito: «chancaca, chancaca...». Y eso significa que va a llover. Mi abuelo Ramón, tu tatarabuelo me lo enseñó y nunca ha fallado hasta ahora, y el viejo sí que sabía de pájaros...

Alcanzaron apenas a entrar las provisiones, cuando las primeras gotas caían por las ventanas. Pedrito miraba desde su silla alta cómo la Núa ponía a cocinar el zapallo, lo molía y lo vertía en el medio de un volcán de harina. «¿Regando? », preguntaba en su media lengua a Violeta. Parecía como si un gigante regara su huerta con una fina regadera y los árboles, más altos que una casa de dos pisos, fuesen solo unos pequeños brócolis.

Cuando la masa leudó, Violeta le enseñó a hacer bolitas con la masa amarilla. Era como plastilina algo pegajosa.

—Ahora, niños, ustedes se quedarán en el comedor mientras yo frío, porque es muuuy peligroso —decía la abuela—. Después de que se enfríe, guardaremos el aceite en un frasco para mi amiga Paola, que les enseña a hacer jabones a sus alumnos con el aceite usado. Nunca, pero nunca, nunca, se les ocurra botarlo al desagüe, porque finalmente irá a dar al río. ¿Sabían, niños, que un poco de aceite contamina

muuuuchos, muchos litros de agua? Por eso, lo mejor es reciclarlo, y si no se puede, dejarlo en una botella plástica bien cerrada.

De la cocina empezó a salir un aroma delicioso a canela, clavo de olor, naranja y cardamomo, a medida que la salsa para remojar las sopaipillas iba hirviendo y la chancaca se disolvía, mientras las ventanas se empañaban con el vapor.

Una vez que la mesa estuvo servida, las sopaipillas «pasadas» listas en la fuente y el aromático té chai humeaba en la tetera, el cielo de la tarde se volvió de día con los relámpagos y luego se escuchó un gran estruendo de truenos que parecían remecer la cabañita. La lluvia caía ahora como si el gigante estuviese regando con baldes.

Y así, como muñecos de trapo sumergidos en el mismo balde, llegaron tiritando los padres de Violeta. Alegaban porque debieron haberle hecho caso a don Pedro, quien les advirtió que llovería, en lugar de al señor del tiempo de la tele.

Mientras la ropa se secaba cerca de la chimenea, y todos disfrutaban de las ricas sopaipillas, Violeta les contaba a sus papás que las codornices se habían puesto a cantar esa tarde, anunciando una tardía lluvia de primavera.

Pedrito, en su media lengua cantaba «chancaca, chancaca...», mientras, con disimulo, compartía su sopaipilla con Melchor.

Ascensos y descensos

Laura Caballero Canales

Desde chico le gustaron las rubias, no podía evitarlo. Encontraba algo especial en su piel blanca, que, muy de vez en cuando, tomaba un dejo a miel, pero nunca ese tono oscuro de su hermana o sus compañeras de la escuela. Ya adolescente descubrió una diferencia fundamental en colorido entre las rubias legítimas y las otras, que no hizo más que acrecentar el encanto por las primeras y castigar con su indiferencia y casi desprecio a las segundas.

Había averiguado gracias a su trabajo —que le daba un aura de invisibilidad—, muchas cosas sobre las mujeres, clientes frecuentes en el restaurant vegetariano en el que era garzón. En ausencia de varones (él era simplemente parte del decorado), conversaban con sus amigas desde preferencias sexuales, hasta la disponibilidad de nanas dominicanas en el mercado. Atesoraba toda la información posible, sabiendo que ellas lo agradecerían.

Tenía buen oído, y, pese a no tener mayores estudios que un liceo con número de San Bernardo, la música y las series gringas que le gustaban le habían pulido la pronunciación en inglés, por lo que era el elegido cuando no había disponible alguna universitaria de paso por el lugar para atender a las extranjeras. Eso le había valido más de algún beneficio, y después de mostrarles los atractivos turísticos de la ciudad de la Lonely Planet que alguien había olvidado meses atrás en el Portobello, no pocas veces había amanecido en un hostel en buena compañía. Pero Santiago no daba, según ellas, para más de tres o cuatro días, y pronto partían a las Torres del Paine o a Isla de Pascua, donde sería reemplazado por un isleño bronceado, más joven y de caderas juguetonas, quien tenía más probabilidades que él —«buenmocito» a sus treinta y pocos, pero nada especial—, de pasar a la historia como «la aventura latinoamericana».

Por eso había decidido incursionar en el nicho de las separadas recientes, de cuarenta recién cumplidos, que quieren y creen verse de «treintaysiempre».

Había observado cómo —una vez que llevó a su sobrina, la Estrellita, a un parque en una pequeña colina en La Reina—, después de dejar los niños en el colegio, varios de sus potenciales amores calzaban bototos o casco y se dedicaban a subir al cerro caminando o pedaleando. El lugar era tan tranquilo y agradable, con pájaros —como allá en Molina—, que había decidido cambiar la ruta habitual de ciclista que usaba para mantenerse en forma. Y si algo caía, mejor que mejor.



Con el tiempo, había aprendido a estratificar, «calar», como decía él, de una sola mirada a las candidatas. Las zapatillas le daban una idea bastante aproximada del poder adquisitivo de su presa, descartando *a priori* cualquier tipo de brillos o copias de las marcas de verdad, y privilegiando ciertos modelos clásicos especiales para el *trekking*, de tobillo firme y tonos verdosos, ojalá con cierto grado de uso. Después de tanta conversación escuchada, algo había aprendido de marcas y modelos. Su bicicleta, comprada a un amigo de San Bernardo que «movía» bicis, no era de las mejores, pero salvaba. Nueva y en el mercado legítimo costaría fácilmente un par de meses de su sueldo.

Cuando la vio, rubia, y más encima pelo largo —su otra debilidad—, el perro, un pastor belga, fue un *bonus track*, prueba fehaciente de la ausencia actual de un hombre en la casa; el halo pálido en el anular indicaba una ruptura reciente, después del último verano. Era cosa de aplicar «estrategia sobrina» y el contacto estaba asegurado. Ninguna mujer bien, como las que le gustaban, se resistiría a un preocupado tío que le solicitara ayuda para llevar al baño a su sobrinita. Él no podía entrar al baño de mujeres y no era adecuado que la niña entrara al de hombres.

Esa delicadeza era irresistible para una exniñita de las monjas, como indicaba el denario en el anular derecho. Le gustaban esas especialmente, ya que una vez que se desreprimían, eran de temer y una fieras en la cama.

No necesitaba hablar mucho, lo que lo habría dejado en evidencia. Las mujeres, felizmente, confundían con frecuencia el saber escuchar con el no tener mucho que decir, y se sentían halagadas de llevar ellas la voz cantante en la conversación. Bastaba con evitar «mostrar la hilacha».

—¿Eres de los Pérez de Curicó? —le preguntó al decirle su nombre.

—No, de los de Talca —había respondido, lo que no era ninguna mentira, pero le subía el pelo. Mercedes Pérez, su madre, se había venido de Molina, cerca de Talca, a trabajar en la casa de sus patrones, después de haber cocinado con buena mano todo un verano en el fundo.

La infancia en esa casa le había ayudado, junto con su habilidad camaleónica para hablar en cuico o confundirse con sus compadres en la pichanga dominguera.

Menos mal que la Estrellita era clarita, no como su otro sobrino, cuyo pelo liso y negro lo catalogaba de inmediato como mapuche; y él se había

preocupado siempre de corregirle la pronunciación de la ch, sabiendo, por sus escuchas en el Portobello que sus mujeres favoritas, las finas, finas, tenían un rechazo visceral a todo lo que siquiera oliera a roto.

Y por estar coqueteando con la dueña del pastor belga, la Estrellita se le había arrancado. Cabra de porquería, inquieta igual a su madre. Ojalá no saliera tan buena para enamorarse como ella, que encontraba al hombre de su vida cada dos semanas y no tenía más hijos porque él la había pescado de un ala después que nació la Estrellita y la había llevado casi obligada al consultorio a que le pusieran el pellet en el brazo. Había dejado botada la bicicleta y se había encomendado a todos los santos conocidos y por conocer, había subido y bajado en tiempo record el sendero, para encontrarla finalmente camino abajo caminando tranquilamente de la mano de una chica que la llevaba a informaciones. ¡Y él casi se desbaranca por correr cerro arriba y abajo buscándola! Lo bueno fue que esa muestra de amor verdadero, lo único real que quizás sentía, había impresionado favorablemente a su futura víctima.

El sábado elegido para el ataque final había dejado a la Estrellita en casa, y apuró la situación cuando estaban en la zona media de la ruta. Más abajo, mucha gente, y más arriba, daba tiempo a arrepentimientos de última hora si ella lo pensaba mucho.

Quedaron de encontrarse a la entrada del primer motel que estaba a la bajada. Él bajaría primero en la bicicleta y ella lo haría en su auto unos minutos después.

Incluso, había tenido la delicadeza de intentar pagar —en efectivo por supuesto (las tarjetas del Banco Estado no aportaban el glamour que requería— sabiendo casi con certeza que ella extendería su Platinum, adicional de un exculposo, disfrutando por adelantado el hacerle pagar el costo de sus deslices.

Lo que aún no lograba entender era por qué algunas mujeres —una de cada tres, quizás—, lloraba después de tener sexo con alguien diferente al marido de años. Al final, había dejado de cuestionárselo y se limitaba a esperar mientras acariciaba su trofeo, el largo y rubio cabello. Si tenía paciencia, una vez que la culpa desaparecía, lo esperaba una sesión de sexo incluso mejor que la anterior, para la que venía siempre preparado con una pastillita azul de emergencia.

Desde el inicio, sabía que todo eso sería auto limitado. Después de un par de visitas al motel, o a otro de la cuadra, ella dejaría de ir a ese parque en ese horario, y como nunca habían hablado mucho, ni sabían

de cosas personales, daría por sentado que era el fin. Pero lo comido y lo bailado nadie se lo quitaba...

Debió apurarse para llegar a la hora al turno, y después de su maratón privada, se sentía como esos levantadores de pesas cada vez que llevaba la bandeja con mojitos a otra mesa.

La vio sentarse junto a una amiga en una de sus mesas de la terraza casi al terminar su horario, y le ofreció al otro garzón hacerle gratis el turno del domingo si lo salvaba de ese enredo.

Logró mantenerse fuera de su vista y ya respiraba aliviado, disponiéndose a cambiar el uniforme, cuando Murphy hizo de las suyas y un gordito que calculó mal su centro de gravedad al sentarse, había volcado su vaso de sangría sobre el blanco vestido Zara, de su rubia, que chocó furiosa con él mientras se dirigía al baño sacándose un trozo de naranja del escote.

Todo mal. Lo había asustado la cara de su exrubia, de sorpresa primero, de rabia después y finalmente de desprecio y profunda indiferencia al darse cuenta que los «negocios gastronómicos» que había mencionado sin darle mayor importancia eran apenas eso, ser un común y corriente garzón de restaurant.

Salió corriendo, dejando botado el turno, su ropa de calle, la bicicleta y hasta la tarjeta VIP con que habría podido volver en Metro a su casa.

Mientras se colaba lo más disimuladamente posible por la entrada del Metro, pensaba que con todo el show de la sangría, su jefe seguramente lo tendría lavando platos una semana, si es que lograba conservar la pega. Y si perdía la bicicleta, que aún no terminaba de pagar, no podría hacerse de una nueva hasta el próximo año.

Pero todo eso quedó en el olvido cuando divisó una mochilera de bototos, short color caqui, un tatuaje étnico en el brazo y que buscaba el nombre de la estación en el plano del Metro. Ella seguramente no sabría que Portobello, el nombre bordado en la polera de piqué negra era el de un restaurant, o quizás le daría lo mismo, no como a las chilenas, tan clasistas que eran.

Se acercó, y amablemente le preguntó: «Can I help you?». Es cierto que no era rubia, rubia, rubia. Tenía un extraño mechón de pelo violeta en la chasquilla, pero la vida no siempre es perfecta, ¿verdad?

El crítico gastronómico y el comensal

Amy Castro de Reyes

En un restaurante, el *Restaurante de la Vida*, se encontraba un crítico gastronómico, ansioso de probar todos los platillos que la carta le podía ofrecer. No se sentía ni por mucho incomodo de pedir dulce, salado, ácido o amargo, combinado o solo, simplemente era un sibarita dispuesto a disfrutar todos los placeres que la carta le pudiera ofrecer...

En la mesa de al lado, se encontraba lista para ser degustada una deliciosa lasaña, un plato fuerte por excelencia, preparada con los mejores ingredientes: sus cebollas finamente picadas, los tomates más frescos, las mejores zanahorias, ajos, albahaca, carne y aceite de oliva, entre otros suculentos ingredientes, todos de la mejor calidad; una perfecta combinación que haría feliz a cualquier comensal. Allí, muy segura de sí misma, estaba dispuesta a ser apreciada por un hombre de negocios, aquel comensal que la había ordenado al camarero, aquel que la había deseado desde siempre. Como cada medio día, llegaba al *Restaurante de la Vida* a almorzar y nunca pedía entradas, nunca aperitivos, estaba dispuesto a disfrutar el sabor de aquella deliciosa lasaña hasta la última gota de salsa marinara. Justo en ese momento se había levantado para lavarse las manos.

Nuestro crítico gastronómico parecía un niño en una tienda de dulces, porque deseaba probar también la lasaña. Había estado a punto de probar una deliciosa preparación de frescas y tiernas fresas en su esplendor puro, sin azúcar, sin aliños, sin jaleas ni preparaciones mínimas, tan solo el plato de exquisitas fresas, puras y vírgenes. Pero nuestro crítico recordó en ese momento que era alérgico a las fresas, y tuvo miedo. No se atrevió a dar el mordisco, no se atrevió a arriesgarse degustando aquel manjar tan puro, tenía miedo de que se le inflamara la boca o se le hinchara la lengua, y optó por ser absolutamente sincero consigo mismo, y dirigiéndole una mirada de compasión a las tímidas pero decididas fresas, les dijo: «No amigas, en esta oportunidad no las comeré... quizá algún día cuando estén cocidas, un poco más cocinadas y que no puedan causarme tanta alergia, o bien otro día cuando me haya preparado mejor y haya consumido mi medicamento para la alergia, pero hoy no será».

Sus ojos se fijaron precisamente en ese instante en la lasaña, observaba todo con avidez, esperando a su amigo conocido, el hombre de negocios con quien siempre departían un momento sublime. Ella se preparaba absolutamente coqueta, se presentaba espléndida en aquel plato para ser sabrosamente devorada, se colocaba con mucha elegancia una hoja de albahaca justo a un lado de



su centro de queso mozzarella y se sentía feliz, se sentía exquisita, digna del paladar de aquel rey.

El crítico quería quizá quitarse el mal recuerdo de las malogradas fresas, quizá deseaba simplemente tener un platillo para limpiar el paladar. Tal vez creyó que sería muy sencillo pellizcar de vez en cuando el platillo de lasaña que tenía casi al alcance de su brazo, solo con alargarlo un poco, previendo que no le viera nadie. Pero claro, no era la primera vez que hacia aquella argucia, así que no le preocupaba demasiado el hecho de ser descubierto, quizá estaba dispuesto a todo con tal de probar aquel platillo y satisfacer sus deseos.

Mientras llegaba su verdadero plato fuerte...

La lasaña, muy ufana, muy segura de sí misma, avivaba aún más sus colores, sus quesos, sus aromas, su salsa, su jugo, en espera de que su auténtico comensal llegara, pero no pudo evitar observar las intrépidas miradas del crítico culinario; se sintió espléndida, ruborizada y al mismo tiempo deseada. Si hubiera sido pavo real, no habrían cabido sus plumas extendidas en todo el restaurante, pero era lasaña, su queso se fundía cada vez más y la tentación iba en aumento. El hombre de negocios se retrasaba, ella se enfriaba y allí estaba el crítico, allí estaba con sus ojos astutos, sus ojos cautivos esperando el momento más idóneo para ir y llevársela a la boca.

Pero en un momento de reflexión, mientras miraba a través de la copa de agua que se interponía entre el crítico y ella, observó aquel plato de fresas que se habían quedado «vestidas y alborotadas». Se percató de que precisamente lo que el crítico quería era quizá quitarse un mal sabor de boca, quería

simplemente olvidar aquellas fresitas que no pudo consumir, quizá solo esperaba probar un poco de su salsa, de su carne, de su queso derretido y aromático, de su jugo... Pero al final, jamás la colocaría en el centro de su mesa, como plato fuerte, ella siempre sería simplemente el entremés, el plato secundario que serviría para quitarse un mal sabor de boca, de vez en cuando, porque el crítico ya habría probado lasañas como ella, seguro ya sabía cómo era su sabor y ante la seguridad de que no le haría daño, estaba dispuesto a devorarla en cuanto tuviera la oportunidad.

La copa de agua, sublimándose de rocío por el hielo vertido, le enseñaba con claridad diáfana aquellos múltiples platillos que habían sido probados con anterioridad en la mesa del crítico. La tibia lasaña no quería terminar así. Ella tenía su puesto de plato fuerte para el hombre de negocios que se había quedado conversando un momento con los chefs del lugar, pero seguro pronto vendría y como cada medio día, la degustaría con sumo placer. Su puesto estaba seguro en aquella mesa, en la que ningún otro plato le hacía la «competencia»: el plato de pan con mantequilla, tenía su lugar, el postrecillo, dulce manjar, llegaría como siempre hasta el final, y su auténtico comensal la apreciaría con todo el gusto de su puro paladar.

Lasaña cerró sus ojos un momento, no quiso ver más el cementerio de platillos desperdiciados por el crítico de comida, no quiso ver más, no quiso ser una más de esas degustaciones que simplemente no llegaron a trascender.

Y el crítico la deseó aún más, pero finalmente comprendió que por más que lo intentara, no la podría probar jamás.

Y no pasó nada

Catherine Julia Fieldhouse Alarcón

... Fue tras estacionar el auto que tu manejabas, al llegar al trabajo, hablarte y mostrarte mi herida diciendo: «No lo puedo superar, trato, pero no puedo...». Tú me contestaste con un «¿Vamos?». Te bajaste, no me prestabas atención, insistí y dijiste sin mirarme y en tono monocrorde: «Sí. Yo también lo siento. Vamos». Te miré dudando, dije que yo ya iría, que no me esperaras, te marchaste, tomé la copia de la llave del auto que manejo en mi cartera, encendí el motor que ronroneaba como amigo y partí a la cordillera...

Esto, obviamente, no lo escribo para ti, ya lo he intentado y no existes como interlocutor. Esto es para mí, para entender en alguna medida cómo llegó este día.

... Y partí a la cordillera buscando la muerte, acariciándola, rumiándola, ansiándola, amigándome a toda velocidad, mientras la miraba con la forma que adoptaba en las curvas, cuestas y acantilados, expandiendo mi persona al paisaje al que pertenecería.

Sola en el auto.

No, sola no. La yo actual se miraba con la yo antigua y reconociéndose, se tomaban de la mano buscando comprenderse.

Y no, sola no, yo con la tierra en su juego de alturas y precipicios que me invitaba a darle un abrazo.

Y no, sola no, comenzaba a sonar en ese mismo momento el celular. Eras tú que por iniciativa propia me llamabas. Yo no contestaba. Ya te quería muy lejos.

No, por iniciativa tuya no comenzó a sonar mi celular. Ordenando los hechos, fue tras leer tu mensaje escueto de despedida. Mensaje con sabor a nada, que te mandé al partir, por respeto y consideración a ti, de dejar cerrado nuestro asunto, si yo creía que aún había algo nuestro.

Sí. Comenzó a sonar el celular. En medio del giro de una curva, escuchaba tu característica música de tormenta desprendiéndose del teléfono, la que antes te anunciaba provocando una emoción en cálidos tonos de seguridad y afecto y que ahora, en el serpenteante camino de subida en curvas estrechas, me causaba un pánico ceroso y lo miraba de reojo leyendo tu nombre en la pantalla de fondo azul, con tu rostro en medio, impávido, ante mi velocidad en medio de la cordillera. Verde bilioso, pánico, garganta apretada, respiración entrecortada...



Cómo llegó este día. Comenzó con una revista rota, un rompecabezas con piezas extras, los libros desparramados, tu vacío en mí o mi vacío en ti. Aprehendiendo ideas desperdigadas.

... Pánico, garganta apretada, respiración entrecortada para no contestar tus llamados. Ya lograba estar muy lejos de necesitar algo más, o mejor dicho, de querer necesitar algo más. Luego se sucedieron muchos mensajes en cascada, de los que yo algo leía entre la lenta agua salada y las curvas y los acantilados rápidos que se sucedían interminables. Las palabras y los trozos de frases de tus mensajes que lograban llegar a mí, sin abrirlos, eran pesos que querían atarse a mi cuello. Silencié el celular en el momento en que esquivé al punto un camión por reflejo, patiné con el pié en el freno, deteniéndome casi pegada a un muro de roca amarilla en una saliente fuera del camino, y siguió el silencio arrellanado en una nube de polvo que separaba el mundo. Latía mi pulso como un tambor y seguía el ronroneo amigo del auto verde que elegí hace tres años, cuando todo era bello entre tú y yo...

Aprehendiendo ideas desperdigadas que se atoran y atrapan en la sorpresa, la desilusión, la duda, no resolviendo nada entre nosotros, tras la llamada de teléfono de esa otra mujer de voz bella hablándome de ustedes, lo que no formaba parte del paisaje de siempre. ¿Dónde ubicar este hecho? Eran las piezas del rompecabezas que sobran.

... Todo era tan bello entre tú y yo. Construíamos desde nuestro amor el mundo entero y los pasos los dábamos seguros... y ahora esto no lo encuentro, es como recorrer las páginas de la revista, donde sabía que lo había visto, lo había leído, era nuestra historia y buscaba y buscaba entre las hojas de nuestra revista-vida y no encontraba la parte en que «todo era tan bello entre tú y yo», las páginas las miraba ávidamente, con esperanza, ansia, luego con angustia y furia, y se rasgaban desesperadas, haciéndose añicos y jirones y envolviéndose avergonzadas, ocultando una historia falsa... que debía releer...

Las piezas del rompecabezas que sobran rompan mi cabeza, y en este momento un hilo de sangre caía desde mi ceja y empañaba mi vista junto con las estúpidas lágrimas que debieron ser desterradas hacía tiempo.

Se mezclaba todo... Estúpidas lágrimas que sonaban y sabían a fierro y al pitido del celular que ya había silenciado y aún resonaba en mi mente. Lo tomé, lo miré, 20 llamadas, 30 mensajes. ¿O eran 30 llamadas y 20 mensajes? Volteaba la cabeza viendo el imponente paisaje de mi cordillera nido, respiraba más en pausa, sacaba el pié del freno retomando el camino en ascenso, recorriéndolo ya con calma. Más adelante daba la vuelta al retorno y descendía lento, sintiendo que todo lo que veía y escuchaba, era no mío, a hurtadillas, como un fisgón fantasma, algo extra, tiempo y hechos tras mi muerte, que no se había concretado pero al haberla deseado tanto, yo ya había perdido mi definición de ser de este mundo. Estaba ahora rodeada de hechos que presenciar no me correspondía. Era espectadora ajena. Todo lento y doble o doble y lento. No me tocaba seguir ahí...

... Una historia Falsa. Llegaba tarde al trabajo con una excusa tonta y me la aceptaban sin observarme. Ni siquiera reparaban en el corte de mi ceja que acababa de limpiar. Attendía el negocio en calma, doble y lento o lento y doble, percibiendo el contorno de las personas más demarcado y sus palabras como resonando dos veces, armándoles paquetes rectangulares arbitrarios, en doble papel de colores dobles y doble cinta y entregándolos en cadencia de cordillera, aquí y allá, yo en la cordillera en el fondo de un precipicio y yo en el negocio frente a la persona cosa, y la cordillera y sus cuestas en mí, siendo yo parte de esas cuestas y acantilados, y yo en el cliente que me entregaba una sonrisa tomando su paquete, dando la vuelta y perdiéndose en su vida... Y yo en cáscara, aún sin mí, en una posible alternativa de resultados recientes y paralelos. ¿Volví o no volví?

Del mundo, nada ha cambiado con mi muerte, sigue su rutina, nutriéndolo y moviéndolo...

No me corresponde e igual te llamo por el teléfono interno a la bodega donde trabajas, tu no me hablas, no me contestas, ni contienes, no estuviste, no estás, no estarás, solo me dices por teléfono «por qué me haces esto» y cuelgas, luego de horas, te llamo nuevamente y dices «estoy tan mal, después, después», y al llegar a casa sonámbula con pasos prestados, dejándote el auto, entras a la habitación y dices: «fue el día más espantoso de mi vida», sales cerrando la puerta y te vas.

... Sigue su rutina nutriéndolo y moviéndolo.

Hoy día me quité la vida y no pasó nada.

Todo sigue igual sin mí...

Cuando no lavas tus manos

Catherine Julia Fieldhouse Alarcón

Sabía que era absurdo. La locura no es mi problema. Pero mientras caían las conservas de damasco, alcayota y mora, reventando con estrépito los frascos, desparramándose su dulzura, y dibujando junto a los vidrios mapas políticos de América, recordaba con angustia y culpa que no me había lavado las manos antes de acostarme.

Terremoto.

Un terremoto grado ocho en la escala de Richter nos pillaba a las ocho de la mañana del domingo cuatro de mayo, en la cocina, desayunando, y nos catapultaba hacia el patio como podíamos, dificultados por la sorpresa, el movimiento en bruscas olas de todo y las ricas sopaipillas pasadas que quedaban abandonadas en la mesa.

Cuatro minutos de movimiento desaforado del suelo en un radio de cinco regiones, por no lavarme las manos cuatro por cinco veces, como lo pensé y deseché a las veinte horas de anoche.

El tratamiento con fármacos no impidió el pensamiento que me invadió el día entero y que ya rondaba en la semana, de cuatro por cinco o sería responsable de una catástrofe de grado mayor.

Ocho puntos escala Richter.

Ya imaginaba lo que diría la doctora Thomson, mi psiquiatra, tan fuera de angustiarse, tan fuera de la realidad, tan fuera de permeabilizarse... «Obviamente fue casualidad. ¿Dependen de usted los terremotos? ¿Qué mecanismos podría relacionarlos? Antes de usted y después de usted seguirá habiendo terremotos, temblores, tsunamis, guerras, asaltos, accidentes automovilísticos y malos matrimonios», y me mirará con una sonrisa condescendiente que no le llegará a los ojos, repitiéndome la receta, entregándomela en la mano e insistiendo en que vaya a las horas del psicólogo...

Y he tratado de seguir su línea de pensamientos, es muy lógica y relajante. Con ella puedo imaginar no ser el responsable de las situaciones desafortunadas que me rodean, las que ocurren tras avisos claros y concisos. Puedo imaginar que un mecanismo desafortunado de neurotransmisores en mí, me causa angustia y la necesidad de control. Angustia de pensar que ocurrirá algo malo, claro y detallado, y la certeza de poder calmar la angustia o evitar el hecho repitiendo un acto posible y concreto. Claro, apoyaba su punto de vista el hecho de que, a veces, ocurrían males sin yo saberlo de antemano, no pudiendo hacer nada para evitarlo,



como cuando atropellaron a mi tía Amalia saliendo de la feria con su carro lleno de lechugas y manzanas. No me invadió ningún pensamiento-aviso previo ni angustia o culpa posterior. Y se murió. Yo estaba fuera de esa ecuación. No me involucraba. O en otras ocasiones hacía todo lo que me dictaban los pensamientos, como la desaforada canción mexicana que chillé en la micro Peñalolen a las 12 de la noche el 12 del 12, e igual se reventaron las cañerías de mi calle, invadiéndonos la porquería. ¿Qué había hecho mal? ¿Qué injustos evaluadores que dictaban estas estrictas reglas, se involucraban, para señalar como errado mi ritual? Todo esto si es que tenía yo algo que ver realmente. Y nuevamente podía dudarlo.

A veces prefería pensar que sí, asegurándome y controlando todo lo que estuviese en mis manos.

A veces prefería pensar que no, liberándome.

Entre el trabajo de reparar los daños de mi casa y las noticias de muertos, derrumbes de cantidades ingentes de construcciones de adobe por múltiples poblados, recuperar vías de acceso, agua, luz

y suministros, comenzó a asomarse el pensamiento invasivo y alternado con la fuerte realidad, del negro absoluto, sin sonidos ni brisas, sin luz, sin temperaturas, sin risas. No lo entendí, pensé que era por la catástrofe que vivíamos, pensé que era un efecto secundario de los fármacos, hasta que, como una avalancha, se presentó en mi mente la orden de lavarme las manos mil por doscientas veces dentro de una hora con jabón Popeye, de lograr un coro en que canten la canción de la alegría todos los que viven en mi barrio y con el alcalde como director, dentro de tres horas, cuando no creo que haya terminado de lavarme las manos aún, de balancearme con un cordel de cáñamo grueso de una pulgada y media, con asiento de neumático colgado desde postes de la luz de la calle que da a la plaza, apuntando los pies descalzos hacia la estatua de O'Higgins dentro de media hora, al mismo tiempo que abrazo a mi vecina del frente que es la más estirada que he conocido y que ella me diga al oído, que nada importa ya...

Los buitres y las palomas

Verónica Garay Moffat

A Federico ya le parecía extraña la actitud que tenía su vecino de toda la vida, don Eustaquio Ramírez. Habían compartido muchas veces largas conversaciones, durante la espera en las filas para comprar entradas en el estadio del pueblo donde vivían. No supo cuándo se produjo el instante en que esa antigua amistad cambiaría para siempre. Solo su actual silencio le señalaba algo parecido a la presencia de un puñal, suspendido detrás de la espalda de su ingenuo habitante en ese barrio, donde los comentarios ya le anunciaban con indirectas y risitas que algo pasaba en su vida, de lo que aun parecía no enterarse. Para él no cabía la posibilidad de la traición del amigo, pues sabía igual que existía entre ellos una lealtad invisible dada por vivencias de un pasado jugoso, en la que no cabía la intriga.

Tampoco desconocía, por experiencia, aquella otra lealtad que visiblemente advertía en ocasiones, del proceder de los infames. No podía adivinar esta vez que aquellos, que creía de confianza, se transformaran en verdaderos buitres, que engordaban en silencio tras esos encuentros prohibidos. Sin duda ellos actuaban a sus espaldas, pero Federico no lo sabía, ni siquiera se asomaba la más mínima sospecha de lo que estaba a punto de develarse.

Se detuvo a dar de comer en la plazuela a unas palomas, lo que constituía un pasatiempo ya habitual en su día de regreso a casa. Esto le ofrecía la posibilidad de actuar con seres vivos que no le pedían nada más que esas migajas y no reaccionaban como su esposa Ester, que últimamente solo se dirigía a él para pedirle dinero o increparlo por algún detalle de poco peso.

Pero no faltó esa vecina copuchenta que mientras regaba el jardín, se enteraba con sorpresa que Ester bien se las arreglaba para no ser sorprendida y se juntaba con su mismísimo marido, un examor al que alguna vez dejó plantado para casarse con Federico. Eustaquio en venganza le había pedido matrimonio a Melania, que aun sin estar enamorada aceptó de buena gana para que no la dejara el tren. Sin embargo, por aquel viejo refrán de que donde hubo fuego, cenizas quedan, no faltó ocasión en que el antiguo amor reavivó la llama y, sin querer, doña Melania en sus quehaceres cotidianos asomándose por donde no debía, pudo contemplar a su pesar la trama que se tejía para poner en riesgo toda una vida de estar junto a Eustaquio Segura, que fue el único en proporcionarle la estabilidad económica de la que careció toda su vida.

Quiso ir a contarle de inmediato a su vecino para que se enterara, pero se contuvo, y pensó para sí que aquella vecina solo estaba dando sus últimos



coletazos, pues la veía solo como un simple buitre que engordaba día tras día, actuando a espaldas de ambos. Ahora entendía su zalamería y que cínicamente todas las mañanas se ofreciera para traerle el pan mientras Eustaquio gentilmente la encaminaba para acortarle la distancia a la panadería. Sabía perfectamente que frente a un amor así de años, no podía competir más que con oscuras triquiñuelas, y hacerse la loca no era mala idea, mientras ideaba un plan mejor. De algún modo su matrimonio ahora solo era un trofeo del año de la pera, y sabía que ya no valía nada. Tampoco creía que a Eustaquio verdaderamente le importara, y se acostumbró desde ese día a jugar todos los roles habidos y por haber, frente a su vecina tan multifacética y sedienta de un amor del pasado. Sin embargo, Melania —una habilosa capricorniana que, si bien no era agraciada, conocía muy bien las triquiñuelas para vencer en las contiendas de este tipo—, no se daría por vencida. Ella era la que de algún modo hacía cundir el presupuesto familiar con el poco dinero que Eustaquio le pasaba a fin de mes. Aun a le quedaban años de trabajo y sabía que a su esposo le esperaba una no muy suculenta suma de dinero al final, pese a que se iba a jubilar por el sistema antiguo, lo que de algún modo en su país era una situación ventajosa, frente

a otros que no lo harían. Eso ella lo publicitaba en el vecindario, y sentía, de algún modo, que su marido —por lo menos— le doblaría la mano al sistema, sintiéndose unida a él por estas lealtades que no podía ignorar. Fue solo un segundo de preocupación por este gesto de silencio de Eustaquio frente a él, pues sentía su amistad tras haber estrechado lazos, y sin saber que con esto daba conformidad a su amigo, tras su pérdida de Ester. Ya no faltaba la ocasión de que alguien en el barrio le gritara cornudo, y sin siquiera sospechar de su vecino.

Por otro lado, Melania se esmeraba cada día en esperarlo con una buena merienda, y sus quejidos por la plata fueron disminuyendo lentamente. Cuando ya no le quedó otra que enterarse, Federico simplemente miró a Ester ya tan profundamente, que esta supo que lo sabía, y no haría nada más, pues era un hombre demasiado conservador de su tradicional vida junto a Ester. Un silencio mortal inundó a ambos en ese instante, sin siquiera mediar palabra, solo lo interrumpió el sonido de un teléfono celular. Era su vecino Eustaquio, quien lo invitaba ahora, para que fueran juntos a la plaza del pueblo a conversar un rato, y de paso dar algunas migajas de pan a las palomas.

Pedro Pajarito

Arturo García Álvarez

El cadáver del general se encontró suspendido de una cuerda atada al cuello, apenas se balanceaba por la corriente de aire del jardín de su espaciosa casa de campo. A nadie, ni siquiera a su familia, se le ocurrió que la sombra del suicidio le pasara por la cabeza. Es más, durante la apertura a juicio por genocidio en la cual se le juzgaba se le vio lúcido y en completo uso de la razón, pero era evidente que había sucumbido a las ideas delirantes que a veces le recordaban los años del conflicto armado.

En su diario de guerra aparecían apuntes de aquellos soldados caídos en combate en lo que él llamaba «el sacrificio del deber cumplido». Aunque los masacrados resultaran ancianos o niños, eran enemigos que deberían ser liquidados en nombre de la Patria. Si fueran niños con mayor razón, pues algún día pasarían a engrosar las filas de la insurgencia; si fueran ancianos por aquello que estos siendo compasivos fueran tolerantes y simpatizaran con los movimientos revolucionarios. Si fuera madre en gestación, los disparos deberían ser en el vientre para asegurarse la muerte de ambos. Sus anotaciones aún tenían fechas recientes y el día de su deceso había anotado el nombre del sargento primero de artillería, Sebastián Domínguez, y el número de pobladores muertos en número de treinta.

El conflicto había terminado por los años ochenta y el general continuaba en ese recuento imaginario. Creía tener actualizadas las estadísticas del número de militares en activo aspirantes a otorgárseles la Cruz de Hierro por méritos en el desempeño del deber.

Hacía ya un mes que sus sueños se habían tornado en pesadillas, aparecían por las noche imágenes que lo trasladaban de nuevo al campo de batalla. Entonces se le veía surgir como un león feroz dando órdenes a cuales más crueles, creía participar en torturas que le producían satisfacción efímera, para luego ordenar fusilamientos de campesinos, madres gestantes, ancianos y niños, que caían lentamente al suelo y levantaban pequeñas nubes de polvo desapareciendo en forma vaporosa.

En ese sueño repetitivo aparecía la imagen de Pedro Pajarito, quien sobrevivía todos los días al fusilamiento y le reclamaba a voces los motivos de ese odio infernal que él creía ver en sus ojos. Nuevas cargas de artillería y nada, Pedro Pajarito en lugar de caer abatido se reía a carcajadas:



—Ya ves, ni la ejecución puede abatir mi deseo de libertad —le decía—. Creo que tú también deberías probar si posees el mismo espíritu inmortal y sobrevives a la muerte si es que tus convicciones se acompañan del valor suficiente para demostrarlo.

El general se sintió confundido, nadie se había atrevido a increparlo de forma tan insolente. Pedro Pajarito le había puesto el dedo en la llaga, y ahora se sentía cobarde, creía no tener el valor suficiente que requería el desafío. Tenía miedo de no dar la talla y ahora sentía que la tropa por él encabezada lo miraba con recelo, como esperando una acción valiente digna de su rango.

No le agradaba ser visto como un cobarde, la provocación había sido pública y no demostrar la entereza suficiente lo amedrentaba. Se despertaba todos los días abatido, acongojado, sin el coraje para una acción de tal naturaleza. Tenía miedo de que llegara la hora en que las brumas del sueño le presentaran de nuevo el conflicto. Pero la noche llegaba silenciosa, inexorable, y la pesadilla con ella.

Así que esa noche decidió demostrar a la tropa, a los insurgentes y a sí mismo la prueba de su valor.

Había escogido una cuerda gruesa que había colgado en las vigas del invernadero con un nudo corredizo. Mucho antes de dormirse se aseguró de tener una daga afilada en el bolsillo, para salir del apuro luego de suspenderse en el aire.

Puso a la tropa en formación, ordenó a la banda militar interpretar una marcha triunfal durante su acción heroica, una salva de veintiún cañonazos debería celebrar su triunfo ante la muerte. Montado en un lustroso corcel se dirigió al lugar de la ejecución, y al bajar de su montura perdió sin advertirlo la navaja que llevaba oculta en el bolsillo. Así, se encaminó al cadalso, seguro de que sobreviviría. Dio un salto al vacío y quedó suspendido, agitando las manos como si fuera un ave queriendo volar... La asfixia llegó pronto. La muerte se apiadó de él mientras Pedro Pajarito batía sus alas hacia el horizonte por encima del arco iris que había aparecido, mientras una lluvia fina y el sol radiante jugaban en el horizonte augurando un nuevo amanecer.

La visita del serafín

Arturo García Álvarez

Los párpados los sentía pesados. El torrente luminoso en la habitación le impedía abrirlos tanto como ella lo necesitaba. Hubiera querido abrirlos desmesuradamente y comprobar lo que ella creía estar viendo. Al fin, pudo despabilarse y se encontró que la luminosidad se había atenuado, pero aún permanecían destellos que la enceguecían.

Miró hacia el torrente de luz y no logró disipar sus dudas. Fue después de un largo rato que apareció con definición una silueta difuminada al principio, y luego, una imagen de un muchacho robusto con expresión inocente. Estaba asustada, sus manos temblaban, un sudor pegajoso le recorría el cuello y se deslizaba por todo el cuerpo, toda ella permanecía en actitud de alerta. Sus sentidos se habían excitado, y hasta le pareció escuchar el eco de los truenos que tronaban en la montaña.

Se incorporó de su lecho de un salto, sentía las palpitations que le subían desde el pecho hasta las sienas. Sentía miedo. Recordó que en la infancia, mientras se encontraba enclaustrada por voluntad de su madre, había tenido visiones, pero ninguna tan real como esta. Se incorporó y observó con detenimiento e interés el rostro del joven visitante. Había leído en el libro de Ezequiel las características angélicas de los enviados del Altísimo, y se reencontró con una imagen conocida.

Solo así y después de esculcarlo con la mirada, se tranquilizó. Finalmente, el joven, en un tono amistoso pero enérgico, le anunció el motivo de la visita. Le advirtió que resultaría encinta por gracia del Espíritu Santo y que debería considerarse dichosa por haber gozado de la gracia suficiente para ser elegida y llevar en el vientre al Redentor de los hombres.

María se había repuesto de su asombro y espetó: «¿Cuál es la razón por la que he sido yo la elegida, y por qué no he de ser yo, quien elija al padre de mi hijo?».

El joven mensajero se ruborizó y pareció desconcertado, era evidente que no esperaba que el anuncio fuera objeto de discusión, sino de obediencia. Se dio cuenta de su error, y que había equivocado la forma en que debió hacer el anuncio que le habían encomendado. Entonces sintió desazón por no haber concretado el encargo con la precisión que el mensaje requería.

El cielo de Galilea se había tornado gris, una lluvia acompañada de truenos hacía eco en las montañas y tornaba el ambiente denso. La hora había avanzado



y la conversación con María se había prolongado. Llegaron a un feliz acuerdo, y ambos se despidieron con la confianza de haber concretado la misión el uno, y ella de encontrar el valor suficiente para enfrentarse a la vida y a la sociedad de judíos que terminaban con lapidar a las mujeres adúlteras y aquellas que terminaban embarazadas sin marido.

En la segunda noche del mes de nisán, el joven mensajero se dirigió a la casa de José. Estaba seguro de hacer un mejor papel esta vez, pues no deseaba encontrarse en una situación tan incómoda como la última noche cuando visitó a la joven María de Nazaret. Lo observó largo rato mientras permanecía dormido, y pensando que quizá un tono enérgico convendría a su objetivo, empezó de esta manera: «José, hijo de Jacob, descendiente de Eleazar, de David y de Abraham, se cuentan cuarenta y dos generaciones desde Isaac hasta tu descendencia, despierta y obedece la voluntad de tu Padre que está en el Cielo, no tengas miedo de tomar a María, hija de Joaquín, descendiente de la casa de David por esposa. Ella espera un hijo por gracia del Espíritu Santo, y le pondrás por nombre Jesús».

José seguía durmiendo plácido, una y otra vez sin resultados. Finalmente le habló enérgico al oído y con voz estruendosa. José abrió los ojos desorbitados temiendo algún ataque, intuyó una celada, sus sentidos se encendieron y la efervescencia de la sangre fluyó por todo el cuerpo, y se encontró iracundo. Pero no estaba seguro de haber escuchado con precisión el mensaje que le habían comunicado.

Con todo, se dio por aludido y replicó: «Nunca podré tomar por esposa a alguien que no conozco, escúchalo bien. Además, ¿de qué manera podré conocer que es voluntad de mi Padre que está en el Cielo? ¿A ver, dime por qué motivo Él ha decidido por mí, y además envía a un desconocido como tú como mensajero para darme la noticia? ¿Quién eres y de dónde has salido con el cuento de que yo seré un padre putativo?». A todo esto José lo que menos tenía era desconcierto, hablaba con holgura y con tono desconfiado y eufórico.

José nunca imaginó que su casa fuera vulnerable, él pensaba que la puerta fabricada por sus propias manos la hacía inexpugnable, sobre todo con ese cerraje traído de Egipto que la hacía parecer inviolable. Y ahora se preguntaba: «¿De qué manera este individuo había logrado penetrar hasta su habitación?».

El visitante resultaba pertinaz, obstinado, a pesar de haberse ordenado alejarse en retirada, aún permanecía allí con mordaz atrevimiento. Se sentó en esa silla recién barnizada por José y se sirvió de una jarra que contenía agua fresca, la que bebió con fruición. «Hubiera sido mejor vino» —le dijo a José—, «de las uvas que se cultivan en las márgenes del Jordán», añadió. Con palabras afectuosas, nuevamente se dirigió al interpelado, había abandonado el aire autoritario con que se presentó inicialmente, parecía más un invitado que un desconocido.

José estaba indignado, pero a la vez sorprendido de la belleza angelical de ese extraño ser que lo visitaba. Sus ojos castaños, el pelo rizado y su tez muy clara lo hacían diferente a aquellos habitantes naturales de las provincias de Judea. Lo observó con detenimiento y vio que permanecía sentado incómodamente, separado del respaldo de la silla de forma inusual y esto lo inquietó. Se desconcertó al ver que era un ser alado, se restregó los ojos incrédulo y recordó la descripción que sobre los seres angelicales se le había revelado por sus ancestros.

Ahora ya no estaba indignado, solo se sentía molesto por el anuncio y volvió a pedirle a esa especie de querubín o lo que fuera, que se marchara de la misma manera que había entrado. El ángel del Señor lo vio detenidamente y se compadeció de José, y le dijo: «Sabes, si yo fuera humano hubiera pensado igual que tú, es más, hubiera tomado un garrote de esos que abundan en tu carpintería y te hubiera molido a palos antes de ordenarme que me retirara. Veo en ti al corazón más limpio de Galilea, pero también al hombre más necio que haya conocido. Ahora ya no te ordeno nada, solo te pido que lo pienses: tendrás la oportunidad de conocer y amar desde la infancia al hijo único del Altísimo». Y se marchó.

Los pi-ratas del caribe

Arturo García Álvarez

Una ola enorme barrió a los hábiles marineros que se encontraban sujetos con vergas al castillo de proa. Aquellos que estaban colgados de las velas sujetas al palo de trinquete, hacía ya varias horas que habían sido arrastrados por un mar bravío que se había declarado en tempestad.

Uno a uno los piratas fueron arrastrados a las profundidades del mar, a pesar de estar dirigidos por uno de los más valerosos navegantes ingleses convertido en bucanero, Sir Bartolomew Roberts, conocido como Black Bart, quien había intentado salvar con sus hábiles conocimientos de experimentado navegante a sus despiadados marineros.

El capitán había mandado recoger todo el velamen del palo mayor desde la gavia, la vela mayor y el estay de sobrejuanete, dejando únicamente las del palo de mesana. Ninguna maniobra resultó eficaz para salvar a la tripulación del azote de un mar fiero que trataba de esta manera de reparar las faltas de estos malhechores que merodeaban el mar del Caribe.

La fragata desarbolada viajaba a la deriva en un mar calmo luego de la tormenta. No quedaron sobrevivientes que dieran fe de la valentía y de las acciones intrépidas de quienes navegaron en dicha nave como miembros de la tripulación. Muchas horas pasaron y el buque en forma siniestra vagaba en un horizonte perdido de sombras y penumbra, como un barco fantasma.

Crispín, Benito y Ratanás habían sobrevivido a la tormenta refugiándose en el fondo de la nave, y con el lastre resistieron la embestida de las olas. La verdad, no estaban solos. Había sobrevivido toda la colonia de ratas que habitaba en el navío desde hacía varios años, quienes luego de un conciliábulo se decidieron nombrarlos capitán, contraмаestre y navegante de la nave rebautizada como *Rat Boat*.

Una bandera negra mostrando una rata con una pañoleta sobre la cabeza fue izada y la tripulación presidida por Crispín le hizo honores. Una salva de cinco cañonazos completó la ceremonia que los convertía en los nuevos Pi-ratas del Caribe.

Crispín deseaba transmitir un aspecto siniestro y se hizo crecer mechales que colgaban desde la cabeza, a las que prendía fuego para que su cara quedara envuelta en humo, lo que además de espantar a los zancudos alejaba a cualquiera que intentara contradecir sus órdenes. El contraмаestre, por su parte, lucía un chaleco suntuoso, calzones, sombrero oscuro, una cadena de oro y cuatro pistolas



además de una espada en el cinto. Ratanás convertido en navegante enseñaba a los demás ratones el arte del combate con la cubierta en movimiento, el uso del sable corto y el alfanje.

Entre ellos escogieron ser toneleros, individuos indispensables para guardar agua dulce, licor o aceite para las necesidades de la navegación. También el oficio de costureros fue bien acogido, ellos elaboraban botas, velas, ropa y las banderas. *Rat Boat* tenía dos banderas. Una de ellas era necesaria para acercarse a las naves sin que estas se dieran cuenta de sus intenciones. Sobre un fondo blanco, presentaba todos los colores del arco iris y con esto daba la apariencia de ser solo un barco mercante; una vez estaban a la distancia de un tiro de cañón, izaban la bandera negra con la imagen de la rata. Con esta maniobra los barcos sorprendidos entraban en pánico y se rendían ante la inminencia del asalto. Todo un grupo de ratas entraban al abordaje y limpiaban las riquezas de los galeones que transitaban por esas aguas.

Se convirtieron en hábiles artilleros en el manejo de los cañones, las culebrinas, los mosquetes y las pistolas para cuando el enfrentamiento exigía el cuerpo a cuerpo. Eran sumamente hábiles para desplazarse a través del navío durante la marcha colgados por sus colas de los cables colocados entre las velas, desde la proa hasta la popa, o de babor a estribor. Los vientos de barlovento o sotavento no les sorprendían y podían maniobrar con facilidad hasta en las condiciones más difíciles.

Azotaron las islas desde las Bahamas hasta Guadalupe, los puertos del Caribe resultaron ser para ellos un refugio y más de una vez libraron batallas en pleamar en las que siempre salieron victoriosos.

Su campaña tan exitosa les permitió acumular una inmensa fortuna que, por cierto, de nada les servía, pues en alta mar era imposible hacer uso del dinero o las joyas despojadas a los bergantines españoles, su principal objetivo.

Sus hazañas no tendrían fin jamás a no ser por unos ojos. Fue durante el asedio a la ciudad de Cartagena en que Crispín, luego de una lucha cruenta con el capitán del regimiento del Castillo de San Felipe de Barajas, se sintió anonadado. Detrás de un balcón balaustrado en madera le pareció encontrar a los ojos más inquietantes que había contemplado jamás. Colocados sobre dos cordilleras negras ricamente pobladas, destacaban dos enormes pupilas de color azul celeste que lo observaron de manera penetrante. Imposible sostenerle la mirada. Era la ratoncita más hermosa, como aquellas que había soñado mientras se batía en el Mar de los Sargazos, luchando con gigantescas quimeras que osaban enfrentarlo.

Detrás de esos fanales estuvo la salvación de Cartagena y del Caribe mismo. Ellos fueron responsables de la capitulación de Crispín, Benito y Ratanás, quienes allí encontraron paz y una razón para emprender una nueva vida.

Prurito delator

Valerio Germán González Rodríguez

Aunque sufriendo la relegación impuesta por la dictadura del gobierno militar y, gracias a las diligencias de la que era mi novia al dejar la cárcel y que ahora es mi esposa, llevaba yo algún tiempo trabajando en el gran hospital de la capital de la provincia, cuando se me acercó Solange, una joven y atractiva nutricionista con la que había hecho una buena amistad, y con los ojos bajos, me dijo:

—Perdona, pero tú eres el médico con el que tengo más confianza y necesito que me examines.

—Encantado —le contesté— de qué estás enferma.

—Es algo embarazoso, así que es necesario me prometas que no lo comentarás con nadie.

—Por supuesto —la tranquilicé—, dime de qué se trata.

Mientras aseguraba la puerta del box de atención y ella se tendía en la camilla, me informo:

—Tengo una intensa picazón en la parte baja de la guatita. Es más fuerte en la noche, pero también en el día, sobre todo si me da calor.

—¿Solamente ahí? Quiero decir, ¿no te pica ninguna otra parte del cuerpo?

—Solamente ahí —confirmó—. Me da vergüenza, pero es solo en los pelitos del pubis.

La examiné. Efectivamente no tenía lesiones en su piel, salvo en la región afectada, donde se advertían señales de un enérgico rascado y, mirando con atención, un pequeño punto negro que desprendí con una pinza y coloqué en un papel blanco. La observación con una lupa mostró claramente un diminuto monstruo rechoncho de ocho patas, las que movía como enojado. Tragué saliva. La situación era difícil porque yo sabía que mi hermosa amiga se había casado seis meses antes, muy enamorada, con un joven empresario de la zona.

—Perdona —le dije—, pero, ¿no has usado en el último tiempo ropa interior de otra persona?

—¿Ropa interior? ¿Qué ropa interior?

—Específicamente calzones.

—No —me contestó—, cómo se te ocurre. ¿Por qué lo preguntas?

—No te enojes. Pero, ¿tampoco has tenido relaciones sexuales con otra persona que no sea tu marido?

—Por supuesto que no, y dime de una vez de qué se trata.



Yo no tenía dudas de lo que ella me decía, pero se me planteaba un problema ético y de una mal entendida solidaridad de género. Era indudable que Ramón, su marido al que conocía superficialmente, la había contagiado, pero si ahora se trataba de un ectoparásito por una conducta sexual promiscua, más tarde podría ser algo muy serio. Si ahora le indicaba un tratamiento y le decía que lo hiciera también su esposo, inventándole que a lo mejor había adquirido la enfermedad en un baño público u otra chiva parecida, la dejaría sin protección para eventos futuros. Me decidí, la hice mirar con la lupa al pequeño invertebrado y le dije:

—Mira, esto es un *Phthirius Pubis*, más conocido como ladilla. Se contagia exclusivamente por contacto sexual. Como tú no has tenido relaciones sospechosas, tiene que habértela transmitido tu marido.

Observó con asco al bichito y me dijo:

—Imposible. Mi marido sería incapaz de engañarme. ¿Estás seguro que no hay otra forma?

—La única, que yo sepa, sería usando por varias horas la ropa interior de una persona muy infectada, y no creo que Ramón se haya puesto los calzoncillos de otro varón.

—Tiene que haberla, nunca me ha dado motivos para dudar de su fidelidad.

—Bueno, pregúntale, fíjate si se rasca y, de todas maneras, los dos tienen que hacer tratamiento.

Me di cuenta de que no me creía. Le indiqué el tratamiento, insistiéndole que tenían que hacerlo ambos y después seguí con mi trabajo habitual.

Al día siguiente, apenas llegué al servicio, me detuvo el residente que había estado de turno y me dijo:

—¿Sabes quien ingresó anoche y quedó en la UCI? —ante mi mirada de ignorancia, continuó—: el marido de la Solange. Lo peor es que parece que fue ella misma la que le disparó una bala en el pulmón.

«Bueno...» —pensé, no sabiendo si sentirme o no culpable—: «a fin de cuentas, me creyó».

Amor entre soledades v

Oscar Antonio Martínez Molina

Desperté medio sobrio un buen día de verano, la boca con sabor a centavos.

El pueblo, soleado y caluroso, y la noticia de que el Germán había muerto. Me lo dijo mi madre mientras calentaba en una olla de peltre el puchero que había sobrado de la comida del día anterior. Yo aún estaba nublado por las copas de la madrugada.

—¿Y de qué murió? —Alcancé a preguntarle, mientras ella me servía la comida en un platón hondo.

—Infarto —respondió mi madre, derramando un poco del caldo sobre el mantel, al rebozarse el cucharón—. ¡Ah, si seré pendeja! —exclamó mientras veía la mancha en la mesa.

—¿Y cómo está Matilde? —dije, mientras sorbía ruidosamente el caldo caliente.

—Pues sola, ¿cómo quieres que esté?

—Me refería a triste —dije yo, como dejando caer las palabras sin esperar respuesta.

—Pues estará triste, lo supongo —dijo mi madre.

—¿Irás al velorio, a darle los pésames?

—Iré, pues —contesté, mientras le entraba con ganas al plátano, al macal y a la carne.

—Le quedó bueno el puchero —dije a mi madre.

—O será que se te alegró el ojo con esa muerte —alcanzó a contestarme, mientras se perdía rumbo a la cocina.

Quince años del matrimonio de Matilde con Germán. Quince también de estarle entrando al trago y al alcohol todos los días. Quince años de tenerla metida en el alma, y en cada uno de mis pensamientos. Quince años de toparme con su mirada, y quedarme apendejado sin saber cómo interpretar las señales que salen de sus ojos.

Llegué puntual a las siete de la tarde. Los jodidos solemos tener pocas visitas en los momentos de la muerte. Matilde estaba sola acompañando a su difunto. Me vio diferente. Bañado, rasurado y limpio de ropas. Sobrio. Ninguna gota de alcohol en la sangre.

—Dejé el trago desde esta mañana —dije, mientras la abrazaba dándole el pésame—. Dejé también tus pensamientos, para poder caminar como Dios manda.



—Pendejo este —fueron sus primeras palabras—. Quince años esperando a que te animaras. A que me tomaras de nuevo desde donde me dejaste —agregó.

—Es que me dolió tu matrimonio, de allí el alcohol —le reviré y seguí abrazándola.

—Es que nunca me pediste que fuera tu mujer, y así, yo no podía. Germán se resolvió sin chistar.

—Pero ahora es cuando —dije soltándola del abrazo y viéndola a los ojos.

Esa misma tarde en el silencio del crepúsculo, y junto al difunto, nos refocilamos como Dios lo había mandado.

—Pendejo este —dijo Matilde mientras iba vistiéndose—, así es como debía haber sido desde hace quince años.

Amor entre soledades VIII

Oscar Antonio Martínez Molina

Macho viejo busca siempre niña. Esa era la dialéctica del abuelo. Y se refería entonces a los compadres fulano y zutano, o al primo mengano, o al hermano perengano. Era una delicia escucharle decir aquello, hilando de manera ordenada: fulano, zutano, mengano, perengano, y desde luego sus tiernos amores, en tratándose claro está de amores de viejos rabo verde y jóvenes mujeres.

Las idas a la iglesia las tardes de sábado a la misa de siete, eran una mezcla de católica reverencia y sacrílega procesión. El sacerdote, amigo entrañable del abuelo, se congratulaba con su presencia en aquellas misas, pues esta lograba que toda una retahíla de incrédulos se viesen tentados a confesarse y comulgarse exculpando sus penas, pero, sobre todo, dejaban buenos diezmos, acordes con el tamaño de sus pecados.

Al término del ritual eclesiástico, los cafés interminables y las sopas del dominó, se engarzaban las eternas pláticas. Yajalón se iba durmiendo y tan solo el chasquido aislado de las fichas de dominó y las risas explosivas llenaban el silencio. También los viejos amigos iban marchando, cansados de la larga jornada iniciada a las cinco de la mañana. Los cuidados de cafetales y ranchos exigían nuevos bríos para el día siguiente. Solo quedaban entonces el abuelo y el sacerdote, arropados en el frío y húmedo sereno del pueblo. Caminaban con paso lento y silencioso con rumbo a la sacristía.

—¡Qué pláticas las tuyas Hernán! Esos amores inquietos y tiernos, esas pausas que la vida te regala —dijo al abuelo el sacerdote, mientras caminaban.

Yo, arropado en un abrazo del abuelo, los acompañaba en esas solitarias caminatas.

—Es la vida del hombre, Gonzalo —respondió mi abuelo—. Son las cosas que no entiendo y al mismo tiempo admiro de tu ministerio —agregó enseguida—. ¡Qué tenaz compromiso el de ustedes para aquietar las ansiedades de hombre!

—Sí, eso he estado escuchando cuidadosamente —contestó el sacerdote.

Gonzalo hizo una pausa en el paso, acompañando el silencio con su voz.

—Pero tenemos historias, Hernán. Historias de hombre. Angustias encerradas en el alma. Pecados que no sabes, y que ni siquiera imaginas. Historias que solamente son capaces de liberarse en estas noches de humedad y frío, en estas solitarias caminatas del pueblo. En estas manos de dominó, en esta mirada interrogante de tu nieto, y en ese pasmo que asoma por tu cara.



—¿Aún estruja tu corazón el desliz de aquella niña? —preguntó el abuelo.

Yo, como lince, paré las orejas.

—Hernán, amigo. Aquella mujer se clavó en el alma, y a pesar de haber pasado más de treinta años, día a día pone a prueba mi amor por Cristo.

—Está cabrón entonces, mi amigo.

—Sí, está muy cabrón.

—Macho viejo busca siempre niña —dijo el abuelo, mientras daba unas palmadas sobre la espalda del sacerdote.

—Hernán, lo que está debajo de la sotana es un hombre.

—Por eso mismo digo que esta cabrón —repetió mi abuelo.

—Sí, y por eso repito, si tan solo los demás supieran como duele el alma —dijo el sacerdote.

—¿Y Cristo? —preguntó mi abuelo.

—Hernán, él fue hombre, y seguro que también conoció estas ansiedades.

Seguimos caminando hasta llegar a la sacristía. «El frío estaba cabrón, pero aquella revelación estaba más cabrona todavía», pensaba entre mí.

—Abue —dije al día siguiente a la mamá de mi padre—, ¿es cierto que Cristo fue hombre, y tuvo novia?

—¿Dónde escuchaste tal mentira? —reviró mi abuela.

—Es que anoche, el sacerdote...

—Ya lo suponía, me cortó mi abue.

—Las calenturas de Gonzalo queriendo justificarse, y tu abuelo siguiéndole la corriente. Ese par de pájaros de cuenta y sangre caliente.

Y con ello la abuela dio por concluida nuestra plática. Bueno, con eso y con la taza de chocolate caliente. ¡Ah, y la rosquilla de sal!

Amor entre soledades IX

Oscar Antonio Martínez Molina

El gallo cantó a las cuatro de la mañana. Doce minutos después abrió los ojos, vio que la mujer dormía a su lado y que estaba completamente desnuda. La luna llena daba plena claridad a la habitación. Distinguió el tupido y renegrido pelambre dibujándose entre las piernas. Hundió en aquel triángulo, a guisa de despedida, nariz y boca, aspirando con fruición aquel salitroso aroma. Ella apenas alcanzó a acomodarse cerrando las piernas. Asomó la cabeza por la ventana, y asustado exclamó:

—¡Hijo de las setenta putas! ¿Cómo fui a quedarme dormido?

Saltó después a través de la ventana. Escuchó el martillar del revólver y enseñada el tronido seco de la 38, a corta distancia. Ya no escuchó el coro despavorido e inquieto de los perros del rancho que fue hilvanándose con los ladridos de otros perros de ranchos vecinos. Eso ya no lo oyó. Ella despertó a las cuatro con cuarenta minutos. La algarabía de perros seguía viva, así como el quiquiriquí de los gallos. En la mesa se topó con la mirada hosca del hombrón corpulento. El rostro moreno, curtido de arrugas y el ceño fruncido, la cicatriz surcando de oreja a labio la media cara derecha. La voz ronca y opaca. Un murmullo bronco.

—Hice café —dijo a la mujer, mientras sorbía ruidoso de su pote de despeltrado peltre.

Hacía frío. Ella se arropaba con un chal negro. Traía puesto un vestido corto que dejaba ver al aire unas piernas firmes, igual que muslos y glúteos transluciéndose por la delgada tela. Debajo seguía sin pantaletas. Se sirvió café y en lugar de la silla se acomodó en las piernas de su marido. Sin más, él jugueteó deslizando la callosa mano, por ambos muslos, hasta cobijarse cálida en aquel sexo.

Acarició el cuerpo joven de su mujer. Besó sus manos y sus pechos, ella se prendió de aquellos gruesos labios cubiertos por el espeso y desaliñado bigote. Lo adoraba, pensó entonces ella, viendo los ojos negros y los rasgos criollos de hombre feo. Seguro comenzaría ahora a acariciarla hasta humedecerla. Olería su sexo. Sentiría en aquella cálida cueva el olor del otro macho. La poseería como a ella le gustaba que lo hiciera. La llevaría al clímax como jamás otro podía hacerlo. Hasta explotar en aquel universo de lujuria, violencia y sexo.

«Amor a nuestro modo», pensaría cerrando los ojos. Y al término se acomodaría a su lado, desnuda, para que él pudiese tenerla a su disposición cuantas veces quisiera hacerlo, porque al regreso a casa, ella sabía que el resto del día él haría suyos los favores de la hembra hasta el olvido. Ni él reclamaría la



presencia del hombre, escapando por la ventana esta madrugada; ni ella preguntaría por el destino y el fin de aquel individuo. Ambos, en este sentido, lo tenían muy claro. Si el amante casual se despertaba con el canto del gallo, y escapaba, tenía una oportunidad para seguir contándola. Si por el contrario, dormitaba después que el gallo cantara, y permanecía en aquel lecho, cada segundo lo aproximaba un pasito más a la muerte. Ese era su juego. Esa era la manera de decirse cuánto se querían.

!Hasta la tolerancia de un desenfreno;

!Hasta la insensatez del secreto;

Mañana domingo bajarían a la misa desde la soledad de su rancho, hasta el bullicio del pueblo. El sacerdote pediría por el perdón de los pecados, la comunión del hombre con su Dios, y la reconciliación del hombre con su hermano. Volverían al rancho y hablarían en el camino, del sermón y de la lectura de los Santos Evangelios. Sentirían el corazón contrito y correría por sus venas la sangre del arrepentimiento.

Hasta que de nuevo comenzaran otro juego.

El tercer sueño

Ana Evelyn Mazariegos Carrascosa

Nos acomodamos en la nueva casa con forma de U. Mis padres tomaron la habitación mayor al lado de la sala y del comedor. Grandes ventanas e iluminación envidiable. Mis hermanos, a un costado. Por doquier colocamos cajas de nuestras cosas, emocionados. Yo me acomodé en la del fondo, donde se apreciaba el hermoso y gran jardín. Cuando lo vi me pareció tan inmenso que solo me fundí con el verdor, sus árboles centenarios, sus flores y aromas matutinos. La cocina estaba separada de la casa donde había un pollo grande que ardía con leña. Algo estaban cocinando. Yo estaba feliz con la vista de ese gran jardín. De repente, advierto la existencia de una casa sencilla en el fondo de la propiedad, y pregunté a mi madre de quién era.

—De la gente que ha cuidado la casa desde antaño —me dijo circunspecta.

Me dio escalofrío al saber que no estábamos solos, pero tranquilidad porque estaban muy lejos.

Salí un momento a refrescarme cuando, de repente, se me acercó una niña pequeñita, delgada, pelo largo, morena, muy sonriente. Me pidió el favor de revisar una «carne» que estaba en el horno y era preparada para nuestra bienvenida. Le sugerí que su madre debía hacerlo —era su comida—, pero me insistió en que era ella quien lo pedía. Advertí en ella una mirada intensa, y percibí sobre su cabello unas luces lejanas, como de su casa, que la iluminaban de cerca. Me distraje por la insistencia de la niña. Verifiqué la comida. Era una enorme pieza blanquecina traspasada por un gran pincho en su centro, cubierta de una grasa amarilla, sin nada parecido a carne. La niña me insistió que comparara la receta con su comida, y veo una pantalla de televisor donde daban los ingredientes de la receta: la masa enorme estaba hecha de cabezas de ajo atadas, rociadas con grasa y caldo de caballo que se horneaban por tantos minutos y luego... Volví a verla y pregunté: «¿Y esto qué es? ¿Y la carne?». Ella riendo me dice: «la carne viene después».

«Queremos que pruebe esto, ahora», dijo con firmeza, y su voz ya no era la de una niña. La veo y es una joven, tiene una mirada oscura y siento a mi espalda como si una multitud de gente estuviera detrás. Me sentí mareada y tuve otro escalofrío.

Me giré lentamente y el ambiente que observé desde la cocina se tornó gris. Noté que la casa estaba más cerca, que ya podía distinguir por las ventanas la gente que estaba dentro y otras fuera de su puerta. El jardín ya no tenía esa



inmensidad. Empecé a temer. Sospeché algo terrible. Me dirigí a la casa para encontrar a mi madre y crucé el corredor repleto de cajas, me tropecé con muchas otras en las entradas de la sala y el comedor donde ya no se miraban los muebles. Al ir a la habitación de mis padres, me topé con grupos de viejos, adultos, varios niños que lloraban, gritaban, tiraban juguetes e invadían todo espacio, perros ladrando... ¡Una invasión!

Al fin la encontré, angustiada y temerosa. Con un susurro en mi oído me preguntó:

—¿Lo probaste?

—¡No! Mama, es un potaje extraño.

Ella me tomó del brazo con fuerza y con un suspiro largo, me dijo: «*qué bien*, de lo contrario ya no estaríamos acá». «¿Qué dices? ¿Qué sabes?», le dije yo.

La cabeza me dio vueltas y topé de espaldas con una pared. Escuché, entre la bulla, un suspiro largo. De reojo vi que esa casa estaba muy cerca, que ya no había jardín, no estaba ya mi cuarto.

Miré a mi madre y al buscar sus ojos, ya no volví a ver.

Tible y Ojo de la Mañana

Ana Evelyn Mazariegos Carrascosa

Recibe el mensaje: Anne... cerramos trato. Hari. Finalmente noticias. «Medianoche, salón Azul de la biblioteca».

Sé que he sido un seductor y conflictivo amante. Mis esposas han soportado mis querencias. Aurora ha sido un manantial en esta vida escabrosa. Consuelo fue una gran mujer estando en París. Gracias a Hipólito Irigoyen, que me confirmó como cónsul en esta ciudad siendo ciudadano argentino (cuando Estrada Cabrera me destituyó) pude conocer a tantos escritores de gran fama. Darío me había insistido que allí era mi estancia para aprovechar mis talentos. Desde que lo conocí en Guatemala, entre 1891 y 1910, cuando leí algunas de sus obras en el periódico fundado y dirigido por él, *El Correo de La Tarde*, financiado por el presidente Manuel Lisandro Barillas, me emocioné. Fue importante para que escritores neófitos tuviéramos un espacio de expresión. Una tarde de agosto estaba en *El Portalito*, ese bar del centro de la ciudad de Guatemala, donde los «intelectuales» nos reuníamos a discutir de política, de problemas sociales, de literatura o a bromear para disuadir nuestras preocupaciones.

Cuando me presenté con él, dije: «soy el periodista Enrique Gómez Tible». Se rio a carcajadas, pero luego seriamente me dijo: «Comes-tible, su apellido demerita su profesión». Le sugiero que lo cambie. Al día siguiente me presenté como «Gómez Carrillo». Así fue como empezó mi amistad, y decidió incluirme como escritor del diario *La Tarde*. Éramos como hermanos, nos entendíamos en las letras poéticas, me consiguió una beca en España para estudiar literatura. Fue increíble. Europa. Dejé casa, familia y amigos. ¡Europa! Un mundo de literatura...

La bohemia me permitía incluirme en muchos ambientes. De artistas, de políticos, y en 1917... de militares en guerra. Fui afortunado de tener influencia y riqueza. Mis casas de París y de Niza eran sedes de reuniones para críticas, opiniones y saldar cuentas. Una noche de fiesta oficial de amigos franco-germanos conocí a Margaretha. Sublime maravilla que al bailar era casi un ave, vaporosa, seductora, javanesa. No quité los ojos de ella con sus movimientos, sus danzas celestiales. No dudé. Consuelo estaba en Niza tres días más. Debía conocer a esta mujer. Un amigo muy cercano solo me aconsejó: «Ten cuidado. Te atrapa hasta tu voluntad. Es una diosa. Es Hari». ¡No cederé! (Soy leal a mis principios, pero, ¿cuán débil en la carne y los placeres?).



¡Maldición! Qué noche de baile exótico, de bohemia, de liberación extrema. La seducción de Hari me embrujó a tal punto que confesé mis secretos más íntimos y ella me atisbó uno propio. Y así, entre sombras, esas noches fueron únicas. Pero aquella madrugada, supe que no debí conocerla. Mi vida estaba en peligro. Mi trabajo y mi vida podían fenecer. Decidí hablar

con Anne, y confesarle su ubicación. Esta noche en la biblioteca azul. La convencí con intercambiar una noticia, y allí la atraparon. Hari. Me conmovió. Pero la lealtad es mayor. Supe que el 15 de octubre de 1917, después de un juicio irregular, fue condenada a muerte por espionaje. Yo negué conocerla. Consuelo siempre está conmigo.

Los colores de la vida

Isoris Jacqueline Mesa Walwyn

Inspirado en niños con enfermedad de Duchenne.

Alejandro era un niño de nueve años que padecía de una triste enfermedad. Vivía en una casa de campo, con su mamá y su abuela, pero pasó casi toda su infancia en un lejano hospital.

Hace cuatro años Ale caminaba, saltaba y corría como cualquier otro niño, pero hoy solo se puede trasladar en una silla de ruedas. Todas las tardes el niño se acercaba a llorar junto a un viejo naranjo que apenas daba frutos. Un día le preguntó:

—Abuelo árbol, ¿tú estás enfermo como yo?

—¿Por qué me lo preguntas? —cuestionó asombrado el árbol.

—Porque antes yo corría, perseguía a los lagartos, a las arañas, jugaba con los ciempiés, recogía naranjas a tus pies, pero ahora yo no camino y tú tienes las hojas secas y no brindas tus jugosas frutas.

—¿No será que ahora vemos la vida diferente? —preguntó el árbol.

—¿Diferente cómo?

—Es que ya no vemos los colores de la vida...

—Yo sí veo los colores, porque me los sé —afirmó el niño—: el rojo, el negro, el azul, el carmelita, el verde, el amarillo...

—No es suficiente —dijo el veterano árbol—. Que los conozcas no quiere decir que los veas; cuando estamos tristes casi todo lo vemos gris, y justamente estamos tristes por no saber apreciar el resto de los colores.

—Entonces, estás triste como yo, ya entiendo. ¿Y qué puede entristecer a un árbol?

—Bueno, hace algún tiempo estaba rodeado de mis allegados, eran robustos, vigorosos, florecientes, pero la sequía ha sido tan intensa que los he ido perdiendo poco a poco. Primero se secaron sus hojas, perdieron sus frutos, se fueron empobreciendo, tanto, hasta desaparecer, y eso es justo lo que me está pasando a mí. Hasta los pájaros migraron y fueron a encantar con su música y alegría a otras partes; ya no servimos para nidos, sombras ni alimentos, conté angustiado.

—¿Tú crees que a mí también me enfermó la sequía? —preguntó Ale, pero no consiguió respuesta.

—Mi abuela me regalo esta silla de ruedas, al menos en ella puedo descansar, porque mis pies ya no quieren caminar, ves como la manejo, si quieres te la puedo prestar un rato, dijo, tratando en vano de incorporarse.



—! Nooo, que va! Ni lo intentes que te puedes caer, esa silla es para ti y tienes que ser muy disciplinado con todo lo que te indiquen, prométemelo.

—Claro, mi mamá dice que me he portado bien, y eso que a veces me canso de vivir en el hospital, es que me gusta más estar en casa.

—Si, pero si tu mamá te lleva es porque es necesario.

—¡Tengo una idea! —exclamó el niño—, la próxima vez le digo que te lleve a ti también, así nos curamos juntos.

El árbol, sonriente, afirmó:

—Eres un niño muy bueno, pero todo lo que yo necesito es un poco de lluvia, también necesitaba un buen amigo y ya lo he conseguido, ahora nos tenemos el uno al otro. ¿Verdad que somos amigos? Así que nada de tristezas, mejor hagamos un juego.

—¡Un juego! ¿De qué se trata? —preguntó Ale, mientras los ojos le brillaban como perlas.

—Por ejemplo, mira hacia el cielo, ves que azul es más bello, miremos un rato hacia arriba —apuntó el árbol—, ¿no te gusta?

—Claro, me gusta. ¡Mira! —exclamó el niño—, allá lejos en las montañas, todo es verde, ¡Qué lindo!

—Ves, ya estás viendo la vida diferente —manifestó el árbol, sonriendo.

—Tienes razón, no lo había notado. Escucha, mi mamá me está llamando, creo que ya me tengo que marchar, se hace tarde.

—Espera, solo quiero que veas allá —dice el árbol señalando hacia el oeste, el sol se quiere esconder.

—¡Es estupendo, ese amarillo-naranja está bello! —expresó el niño admirado.

—Lo ves, lo llaman ocaso, y si vieras el amanecer, es hermoso, deja que lo veas, te va a encantar, primero verás un gran resplandor, se llama aurora, luego la salida del sol...

—Sabes, abuelo árbol, he pasado un excelente día, pero ya me tengo que ir, mañana te visitaré nuevamente. Chao.

Ale regresó muy contento a casa, hacía mucho que su mamá y su abuela no notaban el brillo que llevaba en sus ojos. Luego del baño y la comida, pidió, como hacía mucho tiempo atrás, que le abrieran las ventanas del cuarto y pudo ver los colores de la noche. Y qué sorpresa se llevó, esa era una noche llena de estrellas, y la luna redonda, grande y blanca, qué maravilla.

—Mamá, mira, creo que allá arriba en el cielo están haciendo una fiesta —comentó Ale.

—¿Te parece?, ¿por qué lo dices? —indagó la madre.

—Bueno, porque han encendido velas y hasta los árboles de navidad, incluso puedo sentir la música, es fenomenal —apuntó el niño.

Esa noche se durmió feliz, toda la noche soñando con una linda fiesta de colores.

Así pasaban los días y Ale con su amigo árbol conversaban largas horas, se hacían historias, se reían y sobre todo disfrutaban del azul del cielo, de la suave brisa que los acariciaba, del verde de las montañas, de la paloma blanca que los saludaba al pasar, del olor a tierra.

Al llegar la primavera era lindo ver como se abrían las flores del jardín de la casa de campo. Para ese entonces la salud de Ale no le permitía siquiera empujar solo su silla de ruedas para llegar hasta el viejo árbol, además todas las tardes llovía y no podía más que observar la lluvia como cortina de hilos relucientes a través de la ventana. Una mañana, después de recrear la salida del sol, pidió a ruegos a su mamá que lo llevara donde su amigo el árbol, y fue tanta la insistencia, que lo consiguió. Allí, quedaron a solas y compartieron lágrimas de alegría por aquel reencontró. El árbol, al sentirse otra vez acompañado de su pequeño amigo de corazón gigante; el niño, de ver cómo lucía tan frondoso su abuelo árbol.

—Te he extrañado mucho —dijo el niño—, aunque no podía salir, estaba feliz de saber que te estabas curando con la lluvia, pero no imaginaba verte tan bien, es sorprendente de verdad.

Así, el árbol le preguntó:

—¿Y tú cómo te sientes?

—Bueno, he estado muy cansado, pero mi mamá no me lleva a mojarme en la lluvia para curarme como tú, y ya no tengo fuerzas ni para llegar al portal, he escuchado que pronto tendré que regresar al hospital —respondió.

—Amiguito Ale, mojarte en la lluvia no te hará bien, pero sí verla, sentir su olor y sentir cómo repica contra el suelo, cómo juega con el viento y ambas con las hojas. Tu mami solo quiere evitar que te enfermes de catarro, los árboles no enfermamos de catarro, pero las personas sí.

—Eso dice mi abuela —afirmó el niño—, mientras escuchaba atento.

—Mira lo que tengo aquí —dijo el árbol descubriendo sus apetitosas frutas—, son ricas naranjas que te harán sentir mejor. Pruébalas, las he guardado para ti.

Y Ale las probó y las saboreó tanto, como hacía muchos días que no sentía gusto por ningún alimento.

—¿Te gusta? —preguntó el árbol.

—Claro, están deliciosas. Gracias —respondió el infante.

Arropándolo entre sus ramas el viejo árbol le señaló a Ale.

—¿Ves hacia allá? Quería compartirlo contigo. ¿Ves esa imagen de siete colores? Se llama arco iris, ¿lo ves?

Ale asiente con la cabeza.

—Ahora escucha, es la brisa y el bello cantar de los pájaros. ¡Mira allá, son ruiseñores!

—Sí, es hermoso. ¡Cuántos colores tiene la vida, gracias a ti pude verlos, escucharlos, hasta tocarlos!

Es lindo disfrutar del sol, la lluvia, las estrellas, la luna, los pájaros, los árboles, me enseñaste a ver todo lo bello que me rodea, hasta conocí el arco iris, ja, ja, qué bárbaro, mi mamá y mi abuela dicen que he cambiado, que me he vuelto un niño radiante, y qué iba a entender yo, pero ahora sé que me iluminan los colores de la vida. «Gracias, eres un gran amigo, disfrutar todo esto junto a ti es fenomenal», murmuraba el niño ya agotado y jadeante.

Y allí estuvieron largo rato en silencio, hasta que, entre las frondosas ramas y ante la mirada tierna y húmeda de su querido abuelo árbol, los ojos de Ale se fueron cerrando y quedó dormido, felizmente dormido entre cantos y colores.

Cantar

Angélica Monreal Urrutia

Llevaban varios días encerrados en la celda común, oscura y mal oliente, hacinados, con espacio apenas para tirarse pegados unos a otros, cuando lo vinieron buscar.

A gritos lo sacan, como solían hacerlo con cualquiera.

Lo vendan y lo conducen al cuartucho del ablandamiento. Obligado a estar de pie, asaltado por ruidos ensordecedores que bruscamente se interrumpen y dejan en el más completo silencio, sin agua ni alimento todo el día. Una rutina que ya se conoce y que al cabo de varios días se hace difícil de aguantar.

«Le toca al Flaco», oyó una voz.

Lo sacan del cubículo y lo llevan a la sala de interrogatorios, a empujones. «Flaco le decíamos a mi compañero de banco en el colegio. Bien Mateo el cumpa. Después estudió para profesor de historia, por ahí se fue haciendo militante».

—Ustedes saben cómo hay que hacerlo ¡Ya habrán aprendido los huevones! —dice el Flaco, con voz aguardentosa.

Estaba a todas vistas disminuido, asustado, respirando entrecortado, doblegado sobre sí mismo, con las manos esposadas a la espalda. «Ya vamos a empezar otra vez», se dijo. Se apreciaba tembloroso, demudado.

—¡Siéntate huevón! —dice el Flaco—. ¡Párate huevón! Tú, Francés, a ti te toca. ¡Pero no seas tan blando como ayer! ¡Ya pu' siéntate! —dice al momento que lo empuja—. ¡No, párate! Tú, Francés, no lo dejés sentarse. ¡Siéntate te digo! Tú, no lo dejés. ¡Has que te obedezca, carajo!

El preso se sienta, se para, se sienta, se para, se sienta, ya no puede pararse, respira corto, el rostro verde, sudoroso, y se desvanece...

—Ustedes, qué están haciendo. ¡Llévenlo a la parrilla, mierda!

Dos de los captores jóvenes se apuran solícitos a tomar al hombre y lo conducen a un catre de metal, arrastrándolo, sin hacer cuentas que el preso desfallece. El Flaco los empuja.

—¡Ya, apúrense los novatos! —dice, soltando una carcajada sardónica—. ¡Este huevón tiene que cantar hoy, ya ha aguantado mucho! ¡No me impresionan tus desmayos, huevón!

Todo se oye como si viniera de otra parte, como si fuera una película que uno está viendo. Fueron al tribunal, presentaron recurso de amparo, han venido



al cuartel. Ahí están las cartas de ella que le pasó ese gendarme joven. «Nos estamos moviendo todos por ti, mi amor», le escribía.

—¡Ustedes tienen que aprender, hay que darles duro a estos, no darles tregua! Mientras piensa, este huevón ya está en el límite. ¡Les aseguro que va a cantar! Tú, sujétale las piernas. Tú, los brazos. ¡Nada de achicarse aquí! A estos hay que darles duro. ¡Están preparados los cabrones! Trae los cables.

Todos se mueven con diligente obediencia.

Se agita respirando cada vez más corto, los músculos tensos. ¡Sabe lo que viene! Después del primer golpe de corriente, se desmaya, se recupera. Vienen como flashes, como fotos deslavadas de cuando era niño, de joven, fotos de la familia reunida en el sur.

«Se desmayó este pájaro. La sabe hacer», piensa el Flaco, sin decirlo.

—Ya. Francés, ¡ponle de nuevo la corriente!

El joven se corva, da unos saltos y se desmaya a cada golpe de corriente. Despierta amodorrado, ya en su pieza de niño, ya retozando en la cama compartida del amor. No sabe cuánto tiempo ha pasado.

«Otra vez no va a aguantar, el muy chucha de su madre», piensa el Flaco, ya dando por terminada la sesión, mascullando para sus adentros, «este no va a cantar. Sabe hacerse el pájaro muerto. Otra sesión perdida ¡Y mi Comandante me tiene en la mira! Yo, el Flaco, que me hice fama de hacer cantar hasta

los mudos. Me está cagando este huevón. No, mi Comandante, si, algo cantó, voy a tener que inventar. ¡Qué mierda le voy a decir!».

—¡Ya paren, no más! Tú, Francés, llévalo a la celda. Mañana seguimos. ¡No se me va a escapar! Y piensa para sus adentros: «A este paso me voy a quedar sin paga y no sé hacer nada más. No me está resultando. Los huevones se la saben también».

Ahora va arrastrado, por este que llaman Francés, hacia la celda.

—Tenis que cantar algo mañana, cualquier cosa, si no el jefe te va a rematar cabrón —le va diciendo al oído, con un dejo conmiserativo, el Francés.

Con la poca fuerza que tengo, me hago el tieso, así le cuesta más al huevón. Se viene haciendo el bueno conmigo. Se creen que las tienen todas. No saben de nuestro refugio. A ese que no pueden entrar ni con palos ni con cables.

El carcelero abre la puerta de la celda y el Francés lo tira hecho un guiñapo sobre los otros presos, que lo han esperado todo el día, ansiosos y preocupados.

Sin decir palabra, los compañeros se aprestan a recogerme, me revisan, me mojan los labios con agua fresca y me arrullan como a un niño. Demolido, escucho el cantar de una suave voz de mujer al oído: «Duerme, duerme negriito, que tu mamá está en el campo, negrito...», mientras voy entrando en un sueño pastoso.

El libro con tapas de cuero ajadas

Angélica Monreal Urrutia

Le había llevado el libro. El que ella le había pedido. El que estaba sobre el escritorio, ese con tapas de cuero ajadas. Era un libro de fotos periodísticas que había heredado de su padre, de manos de su abuela. «Consévalo, fue un buen y costoso esfuerzo que hizo tu padre para mostrar lo que ocurría en este país en esos años».

Nunca lo ojeó. Le parecía desleal con el atribulado silencio de su madre.

Estaba ilusionado con ella. Tan joven, pero tan decidida. Opinante, contestataria. No como él, que no se atrevía a hablar en las reuniones ni menos en las asambleas. A pesar de que le habría gustado hacerlo, podría contar su historia... había escuchado a otros hacerlo. Irían más tarde a la manifestación de los estudiantes. Primera vez que iba, con temor, pero con unas ganas intensas de hacerlo.

A la espera de ella, sentado en la vereda, ojeo el libro por primera vez, con calma.

En blanco y negro personas arrancando en medio del humo, militares disparando, fogatas en medio de la calle, grupos de gentes con los brazos en alto, edificios en llamas, algunos enfrentando a la fuerza pública... Y en las páginas centrales, a todo color, muchas personas, como un desfile, cantidades de gentes, jóvenes, viejos, hombres y mujeres. Una marcha, con grandes lienzos, en actitud combativa, con los brazos en alto, gritando consignas que hacían retumbar las voces entre los altos edificios. Con los oídos resonando, miraba pasar la gente extasiado. Por primera vez veía de cerca tanta gente con tanta fuerza y algarabía.

Parecía de otro mundo, de otra época. Súbitamente, la avistó. Adentrándose presuroso en la marcha, la siguió, pero la perdió entre el gentío. Con desesperación avanzó empujado por el tumulto, tratando de encontrarla, se detuvo en la orilla pensando que ella vendría retrasada, luego volvió a caminar con el ritmo de la muchedumbre, nervioso, expectante. Cuando de pronto la vio de nuevo venir entre los manifestantes, sin temor en la mirada, llevando el libro con tapas de cuero ajadas en las manos, blandiéndolo abierto, señalando la foto a color e invitándolo. Y entonces la reconoció en las páginas centrales, entre la gente, excitada y alegre. Con rapidez cerró el libro y la perdió nuevamente entre la muchedumbre, quedándose en la vereda, con el libro de tapas de cuero ajadas entre las manos y con una desazón sin nombre en el cuerpo.



—¡Te vi observando la marcha ayer! —dijo ella con complicidad—. No importa, va a haber otras... ya verás. Te traje el libro de fotos... ¡bien jugado el fotógrafo!

La escuchó decir y sintió amoldarse en sus espaldas algo así como el peso de un abrazo paternal.

—¡No faltaré, tenlo por seguro! —le respondió al tiempo que le hacía un guiño.

El regalo

Angélica Monreal Urrutia

Mi mamá se fue llorosa al hospital. La llamaron, que vaya rápido.

Él vino a verme esa tarde, cuando estaba jugando al Memory con unas cartas que hice con fotos. Me trajo de regalo unos soldaditos de plomo. Yo no tengo soldaditos de plomo. Mi mamá nunca quiso comprarme. Tampoco pistolas ni metralletas, ni siquiera de agua. Yo me dibujaba unas y las recortaba con las tijeras para matar a los ejércitos de hormigas.

Sentía su mirada cariñosa y eso me hacía feliz. Siempre quise estar así con mi papá, como ahora. Jugamos un rato con los soldaditos de plomo, los dos. Hicimos unos cerros y unas trincheras donde los pusimos en fila y enfrentados, como una batalla. Y yo traje la bomba de bomberos y mis otros muñecos que eran doctores, que venían a salvar a los soldados heridos de muerte. Y él seguía mirándome con cariño, sonriente, y yo me reí también porque estaba tan contento de jugar de verdad con él. Yo solo tenía fotos en mi pieza y en el Memory, pero me lo imaginaba cuando mi mamá me contaba de él. Ella me dice que después yo voy a poder ir al hospital.

Le dije que este sería nuestro secreto, que mi mamá no podía saberlo. Él asintió, me hizo cariño suavemente en el pelo y dijo que se tenía que ir, que yo tenía que ser buen hijo con mi mamá.

Ella dice que mi papá está durmiendo siempre, que los doctores dicen que está como una planta o como un vegetal, pero ella dice que él le responde cuando le hace cariño en las manos.

Me dormí en la alfombra esperándola. Me desperté al llegar y me asusté. Va a encontrar los soldaditos, pensé. Venía con cara de pena.

Con cariño, me dijo en voz baja: «Ahora vamos a guardar tus juguetes para que te vayas a dormir».

Yo me apuré a guardar los juguetes, me metí los muñecos en los bolsillos y no encontré los soldaditos. Pensé que mi mamá los había encontrado, pero no me atreví a preguntarle. Yo sé que a ella no le gustan y, ¡estaba tan triste este día cuando volvió del hospital!

Esa noche mi mamá se quedó mirando fijo. Yo le di las buenas noches y me fui a acostar.

A la mañana, cuando me levanté, me contó que encontró debajo del sillón un batallón completo de soldaditos de plomo. Muy seria, aunque sin enojo, me dijo: es el único batallón que entrará en esta casa. A tu papá también le gustaban. Estoy segura que si tu padre hubiese podido, te los habría regalado.



Gatofus

Angélica Monreal Urrutia

El gato entró por la ventana y se quedó agarrado, colgando con las cuatro patas de la cortina.

—Miauuu, miaaaaauu — maulló asustado.

Matías corrió, y al verlo, supo que lo adoptaría. Era un gatito nuevo, chiquito, blanco y negro. Sabía que a su papá no le gustaban los gatos y a que su mamá le producían muchos estornudos.

Hacía como un año, todos habían ido a dejar un gatito que recogió Fernanda «a un internado de gatos», dijo esa vez su papá, porque ellos no lo podían tener en casa.

Su mamá no dijo nada, pero en la noche, le dijo que no estuviera triste, que al internado iban otros niños a adoptarlo.

Entonces, con sigilo lo tomó y lo adoptó. Gatofus, le puso. Lo llevó a su cajón, le llevó leche y galletas y lo dejó escondido.

Mantuvo esa semana su cajón de juguetes muy ordenado, para que su mamá no fuera a guardar algo y viera adentro.

Volvía del colegio corriendo, le traía un pedazo de su colación y leche del refrigerador. Limpiaba con esmero los papeles que el gato ensuciaba. Encendía la radio fuerte, para que nadie escuchara los maullidos, esperaba con ansias la noche para llevarlo a su cama. Gatofus dormía hecho una bolita calentita a sus pies.

Pero se estaba haciendo difícil mantener al gato encerrado y guardar el secreto, así que decidió contarle a Fernanda. Eran ahora un equipo, se turnaban para llevarle comida, para sacarlo al patio mientras el otro entretenía a mamá, se lo peleaban para dormir.

Era un gato obediente y aprendía todo lo que le enseñaban, salir solo cuando uno de ellos lo llevaba al patio, andar silencioso, no dejarse ver. Gatofus parecía entender y cumplir todo a la perfección.

Matías y Fernanda mantenían con excitación su secreto, aunque se sentían un poco malos de tener engañados a papá y mamá. En sus conversaciones nocturnas estaban seguros que sus padres no debían saber mucho de gatos. Matías decía a Fernanda:

—Si supieran más de gatos, si conocieran a Gatofus, de seguro les gustaría tenerlo en casa.



Llegó el tiempo de salir a vacaciones y si bien estaban felices, también tenían que ver cómo iban a dejar a Gatofus: llenaron el closet de comida, dejaron un cajón con arena y la ventana del baño apenas abierta... todo para dos semanas.

Apurados hicieron a última hora sus mochilas y se miraron con complicidad, temor y tristeza al momento de subir al auto que llevaría a la familia a la playa... Cuando, con gran sorpresa escuchan a su mamá decir, mirando divertida al papá:

—Y el gato... ¿Quién lo va a subir al auto?

Un día más entre los mortales

Angélica Margarita Monterrosa Blanco

Día 899 (Última hoja del octavo cuaderno)

XII-X-MMXV

Cuatro y media de la madrugada y esta gente no deja dormir. Si no es uno, es el otro, y después no quieren que uno se queje. En menos de tres horas ya ha venido a chuzarme cuatro veces esa mujer robusta con actitud demandante y tono amenazante. ¡Claro, como a ella no es a quién le duele! No hay noche en la que el compañero de al lado no grite, y si no es él, es el de enfrente. Seguramente está es mi prueba de fuego para lograr la inmortalidad y poder refugiarme del enemigo, porque si no fuera así, no tendría sentido estar en este sitio.

Como si la noche de perros fuese poco, la cosa empeora cuando sale el sol: «Rápido, mijo, párese. Colabore que tiene terapia». ¿Terapia? ¿Terapia de qué? ¿Para qué la necesito? Más bien, ¿dónde quedaron los buenos días, el saludo amable y cordial y todo aquello que se enseña en casa desde pequeños? Además, el trato debería ser especial para mí por ser el enviado divino, la sanación para todos los compañeros, que, a decir verdad, sí están un poco locos. Bayron habla y pelea solo, Yesid siempre está colgado de la ventana aullando como un lobo y Dayana no se para de la cama, pasa triste todo el día. Y en medio de ellos estoy yo, aguardando por mis poderes sobrenaturales y con la esperanza de no ser encontrado por aquellos que me quieren hacer daño.

Hoy ya es lunes nuevamente, lo que significa que viene el doctor con su ejército de estudiantes a hacer las mismas seis preguntas, y yo contestaré las mismas respuestas de siempre: no dormí, sí comí, sí fui al baño, sí me siento bien, no veo cosas y no oigo voces. ¡Ahora, déjenme tranquilo! «Póngale 2 mg más para tumbarlo», gritó el doc por allá, como si ya me hubiese visto hoy. Quizás si preguntara un poco más, sabría que no es precisamente a mí a quién deberían ponerle eso, y que mi falta de sueño es por ese tipo que grita. ¿Será que me quiere dar ese montón de pepas para volverme loco y evitar que reciba mis dones sobrenaturales? Seguramente, eso es pura envidia.

«El paciente de la cama 20», grita un guardia cuatro veces. Enojado entra a la habitación, me toma fuertemente del brazo y me reprende: «¿Acaso no escucha que lo estamos llamando? Salga que tiene visita». ¡Vaya! Lo que me faltaba, también perdí mi identidad y el derecho a que me llamen por mi nombre. ¿Cuál es la diferencia entre este lugar y una cárcel? No pido mucho, solo que si se dirigen a mí, lo hagan con respeto. ¿Qué tal?, como si no supieran quién soy yo. Qué irónica que es la vida. Aquí nadie sabe mi nombre, nadie me recuerda ni conservan en sus memorias todo lo que algún día hice por la ciudad. Cuando era alcalde,



los ciudadanos aclamaban mi nombre en una melodiosa sinfonía, mis escritos en el dominical eran los más leídos, pero ahora ya nada queda de aquel tiempo pasado. Con el paso de los días, hasta me he ido acostumbrando a este cuarto de paredes, piso y cobijas blancas; a verme físicamente igual a todos los compañeros, con este traje de dos piezas color azul desteñido, y a ver cómo el día en ocasiones es soleado, pero instantáneamente puede dejar de brillar y dar paso a la peor de las tormentas.

Ya han pasado años desde que me trajeron aquí y sigo en las mismas, esperando por la recompensa divina que me corresponde y teniendo que soportar día a día el maltrato que se vive bajo este techo, tanto de autoridades como de compañeros. Pasar la reja de entrada significa ser señalado como el enfermo, incrementa la vulnerabilidad de nosotros y el abuso

de poder de los superiores. Quienes nos señalan desde afuera, se dirigen despectivamente hacia nosotros; lo que ellos no saben es que nos damos cuenta. En ocasiones, preferimos no decir nada para evitar peleas, pero a veces dichos comentarios, miradas o acciones logran indisponernos física, mental y orgánicamente.

El diario vivir aquí adentro sería más tolerado y agradable si la convivencia y el trato fueran mejores, pero como nadie pone de su parte, es posible que todos estos me hayan estado engañando y en realidad sean infiltrados del grupo terrorista que anda tras de mí. Sin embargo, ninguno de ellos se imagina lo poderoso que llegaré a ser, ni que todos sus esfuerzos por capturarme serán en vano. Una vez sea inmortal y me conviertan en deidad, tendrán que rendirme tributo.

Angélica Segunda y la jaula de oro

Álvaro Monterrosa Castro

*Nada habla tan bien de nuestro dolor
como nuestros silencios*

Richard Crashaw

La lluvia llegó de pronto. Sin avisar. Sin anunciarse si quiera, sin que hubiese truenos, ni centellas ni relámpagos, sin que nubes negras cubrieran el azul profundo del cielo del Caribe, sin que el sol, el solecito hermoso de penachos dorados propiedad de Angélica Segunda, se hubiese visto obligado a ocultarse.

Cuando empezaron los fuertes goterones a golpear sobre el cristal de la ventana, Angélica Segunda llevaba para esos instantes cuatro gruesos días con sus largas noches llorando. Lloraba la tragedia más grande de sus quince años. Estaba tendida boca arriba, mirando el techo blanco y las molduras de yeso de su habitación, extasiada con las lágrimas de cristal de las lámparas de aplique que la miraban con desconsuelo desde las cuatro paredes del dormitorio. Tenía desordenada la cabellera negra y larga. Aún tenía puesta la pijama de la noche anterior, la mirada serena, las pupilas contraídas, los labios tensos, las manos encrespadas y cada vez tenía más la certeza de que no había punto de retorno en los hechos por los cuales había llorado a mares en esos días, hechos por los que había agotado prácticamente todas las lágrimas que tenía en su interior. Había dejado esos mismos cuatro días la ventana abierta, por donde ansiaba verlo volver. Inconscientemente pensó que esa ventana abierta de par en par podía ser un faro en la oscuridad de la vida, faro que debía lanzar luces multicolores a lo infinito para marcarle e indicarle el camino de regreso. Deseó en lo más recóndito de su ser que esa amplia ventana abierta por completo fuese un espejo que reflejase sus ojos llorosos hasta la profundidad de los cielos, que su imagen se metiera a través de las nubes, que sorteara la enramada de las copas de los arboles más lejanos, y que él pudiera verla y de seguro intentar regresar. Anheló que esa ventana cantara, que fuese un cántico que se transmitiera de cerca y de lejos, que fuera el canto más tierno del mundo, que llegara a calar los huesos, un canto que compitiera con las notas bellas de las sirenas que duermen de noche sobre los malecones donde se estrella vencido y sin remedio el mar Caribe a los pies de Cartagena de Indias. Un grito de angustia convertido en una canción de amor que llegado a sus oídos le indicase la ruta para volver. Hasta deseó salir descalza, despeinada, sin arreglarse en lo más mínimo y correr por las calles, hasta llegar donde los Pegasos del muelle, subirse en cualquiera de los tres y pedirle que la llevara sin rumbo y sin carta de navegación en su búsqueda. Estaba dispuesta a buscarlo sin descanso hasta el final de los tiempos. Estuvo a punto de hacerlo, porque Angélica Segunda sabe que los tres caballos alados que de día están petrificados



y mirando hacia lo infinito del mar en la Bahía de las Ánimas, en las noches sin luna de los agostos solitarios y calurosos, vuelan.

—¿Y es que no piensas cerrar la ventana?, mira que se está metiendo la lluvia —le anunciaron sin más intenciones que eso, desde otra estancia del apartamento.

Se sentó de un golpe sobre el borde de la cama y al instante comprendió que cerrar la ventana era como apagar el faro, cubrir el espejo y callar al juglar. Se acercó al borde del ventanal, dejando que las gotas gruesas y frías le golpearan inmisericordes el rostro. Muchas gotas cayeron sobre sus ojos, se mezclaron indolentes con las últimas lágrimas que le quedaban en su ser. Vio a través de la lluvia y bajo el resplandor atónito del sol que los tres pedestales de los Pegasos estaban solos. También vuelan de día se dijo, también huyen cuando llega la lluvia. Eran la única oportunidad que tenía para ir en su búsqueda. Todo estaba consumado y recordó las clases de religión y a la monjita. Ya no había caballos alados para llevarla, el agua entraba a cantaros y mojaría todo por dentro. Tenía ya que cerrar la ventana para siempre y con ellos desconectar perpetuamente el faro, romper en mil pedazos el espejo sin importar los siete años de mala suerte y silenciar de una vez por todas las notas y los acordes de los cantos de auxilio. Abrió los brazos en cruz, se acercó lo más que pudo cerca al ventanal abierto de par en par. Se le antojo que las mangas largas de la bata ancha de dormir le podían servir de alas, y tuvo la certeza que también podía volar. Sintió en su rostro la bocanada provocativa de la brisa fresca que soplaba y se deslizaba eufórica por el piso doce del edificio donde estaba. Escudriñó el horizonte con sus ojos intensamente negros, hasta ver el otro borde del océano, mientras su cabellera azabache de mulata se mecía feliz y a su antojo. Buscó con la mirada un mueble para subirse y ponerse de pie en el borde mismo de la ventana. Sintió que lo había conseguido con facilidad. Se le ocurrió que sería bueno envolverse en la cortina para tener más y más plumas, para poder volar y volar bien lejos, de ser preciso. Agudizo la vista, y creyó meterse entre los chorros de agua que caían del aguacero más grande y súbito del año. Sintió la ingravidez del aire, su peso se redujo a ceros, se deslizó ya inconsciente por el vacío, no obstante flotó a sus anchas y con satisfacción, y sintió la dicha de ser como él. Sintió la felicidad de ser quién era, y entonces fue que lo vio. Lo vio clarito a la distancia, entre la adversidad en la que se había embarcado. No supo, ni pudo imaginarse si estaba arrepentido de haber

hecho lo que hizo. Lo vio empapado en agua lluvia, intentando buscar lo que decía que le había hecho falta. Lo vio volar y volar y volar, porque había dicho que algún día iba a volar. Mas ahora volaba sordo y ciego. Ajeno y sin norte, y sin escuchar los cánticos aunque le llegasen, y sin ver la luz del faro aunque lo deslumbrasen. Y volaba y volaba y volaba. Era lo único que quería: volar y volar. Volar y volar, sin escuchar y sin mirar, sin notar que las aves rapaces ya sin sus disfraces, las mismas que le habían dicho: «salta, escápate, vuélate, vuélate», giraban danzantes sobre su pequeña y emplumada cabeza y lanzando graznidos obscenos y vituperaciones perversas se alistaban para darle con emoción un zarpazo final.

—Mira, niña, que se mete la lluvia. Y no te mojes que te vas a refriar.

Angélica Segunda escuchó a la empleada doméstica trajinando en la habitación. Estaba de verdad pegada a la ventana, los brazos abiertos en cruz tomando los bordes de las dos hojas abiertas de par en par. Dio un paso atrás y la cerró con suavidad, para sentir los estertores del fin del mundo. Vio el último atisbo de luz en el horizonte y sintió clarita la última campanada de su existencia. Apoyó desconsolada la frente sobre el cristal y se rompió para siempre el lazo de unión que ella quiso eterno. Lo vio por última vez, cerró los ojos para no imaginarse cómo le iría en su vuelo, le deseo lo mejor aunque las aves rapaces, con la trampa funcionando, giraban y se lanzaban en picada sobre su cabeza. Angélica Segunda no tuvo una gota de valentía en su sangre, más bien estaba llena de debilidad y cobardía, cerró los ojos para no saber si él volando se había escapado del peligro, o si había sido devorado y convertido en banquete de los predadores. Apretó aún más los ojos y se juró amarlo y seguir llorándolo por siempre y a diario, aunque no tuviese ya lágrimas. Lo había tomado entre sus manos en un lejano enero cuando apenas era un pichoncito, inocente, tierno, con pocas plumas, sin saber volar, cuando apenas caminaba dando tumbos. Lo cuidó con esmero, lo cubrió en las noches de frío, lo abanicó en las horas de calor, le dio agua pura, lo bañó, lo olvidó cuando padeció la varicela, y no obstante siempre le dijo: «mío, mío, mío», y por estar convencida le hizo con sus propias manos y como trabajo de manualidades del colegio una jaula de oro, utilizando los dijes, los botones, los topitos, los collares y hasta las medallas de mejor estudiante. El ave creció con los años hasta ser un hermoso canario de alas largas, plumaje amarillo intenso y canto precioso. Cantaba en las mañanas anunciando el nacimiento del sol, y

un día cantó tan hermoso que atrajo a un par de aves rapaces vestidas de mansas palomas que le invitaron a salir y volar, y le dijeron que era mejor volar, ir hasta las tierras de una diosa distante y buscar nuevos horizontes que estar en esa jaulita de oro. Lo convencieron y hace cuatro días nadie sabe quién abrió la jaula, y el canario voló y voló y voló.

Ya la ventana estaba cerrada. El vidrio se moja por fuera por la lluvia implacable convertida en torrencial aguacero. Y por dentro se moja con las últimas lágrimas de dolor que le quedan a Angélica Segunda. Ha perdido su canario para siempre y ahora está sola, sin el preciado tesoro de sus quince años. Se separó de la ventana. Cerró la cortina. Dio la espalda y fue al

fondo de la habitación. Tomó la jaula, la acarició con suavidad y nostalgia, le colocó una nodriza en el aro superior, la empuñó en su mano izquierda y la sintió palpar, e incluso sintió el latir del corazón amoroso del canario. La habitación se envolvió en una inusitada luminosidad azul mientras ella tomaba la jaula y la ponía en el lugar donde se quedaría por siempre. Desde ese día, Angélica Segunda lleva y llevará en su blusa a manera de prendedor una jaula de oro por delante del corazón. Además, cada mañana llorará en seco un instante, justo cuando el reloj despertador anuncie la salida del sol y le recuerde al canario que se fue volando y volando y volando.

Historia campesina

Luis Leonel Oliveros Rosales

La niña vino al mundo el último día del año a las 23 horas con 59 minutos y 59 segundos. En otros lados, fueron recibidos con alegría, regalos, fotografías, médicos sonrientes y enfermeras entusiasmadas el nacimiento del niño del nuevo año. El primer grito dado por un niño o una niña que respiró el aire de aquél subdesarrollado país, fue premiado con muchos regalos de los grandes comerciantes que patrocinaban ese tradicional festejo. Pero a ella no.

Su madre, de apenas 14 años, que vivía entre las montañas y las planicies arrasadas por los potreros de pasto para vacas o metódicamente sembradas con palma africana, la había parido en la oscuridad del rancho de tablas y techo de guano, en un petate cubierto por una sábana de color indeterminado y múltiples trapos de distintos colores que habían sido preparados por la comadrona para esa oportunidad.

El padre, campesino viejo y mañoso de casi 40 años, y quien había tenido hijos con distintas mujeres, se jactaba de haber encontrado por primera vez a una mujer virgen. «Me la gané a pulso», repetía constantemente.

Efectivamente fue así. El papá de la joven la había rifado en un juego de cartas, una tarde de borrachera, en un pueblo abandonado por la civilización en el que se encontraba tratando de vender el producto de un año entero de trabajo.

Vaya que era difícil el cultivo de maíz. Después de luchar desde la limpia hasta la quema, desde el sembrado hasta la doblada, de la cosecha a la desgranada, y luego empacarlo en costales, pesarlo de acuerdo con los requerimientos de los compradores que, al final de cuentas, pagaban lo que se les daba la gana por cada quintal de maíz.

Este año no les había ido bien. Los cambios del clima, el exceso de lluvia, luego la sequía, las plagas, la falta de mano de obra que le ayudara a la cosecha hicieron que apenas unos sesenta quintales fueran negociables en el mercado municipal. Luego vendrían los descuentos por la carga, el transporte, el almacenamiento y algunos otros cargos dispuestos por los compradores. Al final, el dinero que quedaba de todo el esfuerzo era casi nada y debía alcanzar para todo el año.

Por eso la jugó a las cartas. Cuando la mesa era de tres mil, la tentación del dinero le trastornó los pensamientos. Eran ocho hijos y Laura —así se llamaba—, que estaba por cumplir 14. El contrincante lanzó el reto y él lo aceptó.



La posibilidad de ganar siempre existe en el juego de cartas. Cuando el hombre mostró su jugada, se dio cuenta de que la había perdido.

No hubo mucha ganancia en el maíz, pero sí una boca menos que alimentar. El ganador la observó de pies a cabeza. Menudita, con pocos pechos, apenas se notaban los cambios que venían con la adolescencia, pero no le importó. Era su trofeo, su estreno. Esa noche, entre alcohol y gritos convirtió a una niña en una mujer.

Los dolores de parto principiaron desde medio día. Poco a poco, su intensidad y frecuencia fueron aumentando hasta tornarse insoportables. Laura, a sus 14 años, no se imaginaba lo que estaba por venir. Al verse las manos hinchadas, las piernas hinchadas y el enorme abdomen que le impedía hasta respirar, tenía la esperanza de que todo terminara pronto. Pero no fue así. Las horas transcurrieron inexorablemente, las sombras pronto fueron extendiéndose a todos los rincones y silenciosamente todo se tornó oscuro.

—Doña Felipa, ya no aguanto.

—Espérate niña, todavía no es la hora.

La comadrona, alumbrada por unas cuantas candelas, examinaba minuciosamente a la paciente. Ambas sudaban por el intenso calor del cuarto. El olor de la sangre, los líquidos del parto mezclados con orina y heces de la parturienta saturaban el ambiente. Los gritos cada vez más intensos habían perdido el timbre infantil de la niña-mujer para convertirse en un ronco estertor que llegaba hasta el corazón de la selva.

—Calma niña, puja cuando te diga.

—Ya no puedo, ya no puedo, me voy a morir...

—Don Anselmo —dijo la comadrona—. La Laura está muy mal. El niño no quiere salir, ya tenemos más de 12 horas de estar aquí, casi es la media noche y yo no se que más hacer. Quisiera tomarle la presión pero el aparato del puesto de salud está arruinado y hace mucho que no funciona. No hay ni siquiera un suero. Creo que sería bueno llevarla al hospital, quizás necesite operación.

—Y usted que cree. Mire lo poco que falta para el año nuevo. Ir al hospital son como tres horas, y hoy que es fin de año, tengo que celebrarlo. Mire como lo saca y punto. Aquí el que manda soy yo. Si se muere ya verá que hago.

El sudor intenso perlaba su cuerpo, temblaba de pies a cabeza mientras intentaba expulsar al niño; el

llanto intenso se asociaba a una mirada de angustia y desesperación por la falta de aire. Las candelas apenas alumbraban cuando la comadrona decidió efectuar maniobras para que expulsara al bebé. Sacando fuerza de flaqueza rodeó con sus arrugados brazos el abdomen de la parturienta y presionó con todas sus fuerzas. Un torrente de líquido caliente seguido de la figura húmeda, pálida y sin movimiento de un bebé anunció el nacimiento. Había llegado con el año nuevo.

«Nació, Laura, nació», exclamaba con excitación la comadrona, pero la niña-mujer no respondió ya más. Su débil cuerpo no soportó la lucha. En silencio, agotada, sin fuerzas para volver a gritar, dejó de respirar.

Con rapidez Felipa cortó el cordón y trató de reanimar a la bebé, pero también todo fue en vano. Ambas habían muerto.

—Don Anselmo... don Anselmo... Le quiero contar.

—Qué pasó mujer, no ves que estoy celebrando.

Con lágrimas en los ojos, Felipa le dijo:

—Perdimos a las dos, Laura y la niña se murieron.

Apurándose el trago de cerveza, se levantó tambaleante de la mesa y fueron al rancho.

—Y entonces la que nació era niña...

—Sí, don Anselmo, respondió la cansada comadrona.

Limpiándose la boca con el dorso de la mano, después de lanzar un escupitajo al suelo, el hombre dijo:

—Bueno, me dolería si hubiera sido niño, y dando un fuerte manotazo a la puerta del cuarto regresó con sus amigos a la cantina.

Desde la oscuridad de la vereda, gritó:

—Mañana le decís al Gregorio que las entierre en la parcela. Ahora dejame en paz...

El amanecer del nuevo año llegó a aquellas tierras de la campiña en donde el canto del gallo, el ladrido del perro y el parlotear de los pericos anunciaban que la vida seguía su curso. Mientras en todos lados las personas se abrazaban y deseaban lo mejor para el nuevo año, dos pequeños cuerpos eran sepultados en la tierra seca de la sabana.

En la cocina del rancho, en el aparato de radio a batería se escuchaba la propaganda electoral: «Y si ustedes votan por mí, les prometo impulsar mejores programas de salud, más centros de atención, más personal...».

Me voy a comer las trufas

Boris Julián Pinto Bustamante

—Tercer piso patrón. Dobla a la izquierda, se va derecho por el lado de los baños, pregunta por Jineth —el celador me tendió la tarjeta de visitante y seguí hacia arriba, derecho, por el lado de los baños.

—Buenos días —me incliné sobre el cubículo de la recepción—, disculpe, estoy buscando a Jineth, asistente de la profesora Olmos.

—Holas, ¿en qué te puedo ayudar? —me preguntó mientras desprendía la mirada de la pantalla.

—Jineth, mucho gusto, tengo una cita con la doctora Olmos; a la 1:30.

—Ay, la doctora no está. Salió a almorzar y no me dejó nada dicho. ¿Quién la busca? Yo le doy la razón.

—Humberto Meléndez. Se suponía que íbamos a almorzar —respondí con la fatiga de los tres pisos y las acrobacias para llegar a tiempo a nuestra cita de amigos lejanos, con ganas de vernos y reírnos de los buenos años mientras comíamos algo en la Romana. Me aflojé la corbata y estiré el cuello—. Tampoco me contesta el celular.

—Ayyy, la doctora no me dijo nada. «¡Jineth, salgo a almorzar! ¡Vuelvo por ahí a las cuatro!». No dijo más. Yo no sé si el señor la quiera esperar un ratito.

—Nooo, hasta las cuatro no puedo. Dígale que Humberto Meléndez la vino a buscar. Que yo le escribo esta noche. Gracias.

—Ayyy, bueno. Chaos. Yo le comunico a la doctora.

¿Qué se habrá creído la doctora Liliana? ¿Que tengo todo el tiempo para invitarle a unas pastas? ¿Que no tengo nada más que hacer? ¿Que llegar hasta aquí es fácil? Las trufas que le traía me las voy a comer en el carro, todas. Me las voy a tragar en dos manotadas, olvídese. ¿Se imagina el trancón en la quinta para llegar acá?, es un embudo. Pasando la Jiménez se varó la furgoneta de adelante. Yo que venía bien pegado, y atrás, la buseta ejecutiva, verde, mugrienta, sonando la corneta:

—¡Muévalo, muévalo!

El bus de Transmilenio bramando en mi puerta derecha. ¡Ahora resulta que el culpable del trancón soy yo! La multitud de *floggers* universitarios pasando entre mi carro y la buseta, entre mi carro y la furgoneta, uno me hace un *tan tan* en el capó:

—¡Arreglen por las buenas, viejo!

—¿Arregle qué, hermano?

—¡El que pega por detrás paga!



— ¡Si yo no le pegué!, ¿no ve que está varado el de adelante?

— ¡Fresco parece, no se ponga salsa, a lo bien!

Y se pierde con su sabiduría entre la masa de colores, el sol de los mil tormentos a la una de la tarde. Me bajo.

— Hermano, no tengo cómo moverme y estoy armando trancón.

— ¿Qué quiere *parcero?*, me varé. Si quiere ayúdeme a empujar.

— ¿Que le ayude a empujar en subida?, ni modo, no se puede, tengo una hernia discal.

— Entonces se espera, parece, ni modo.

Por fin la buseta me da un milímetro, saco la trompa y llego al *parking* de la esquina. No friegue, llegué a tiempo: ¿para que ahora me digan que salió a almorzar? Me voy a comer todas las trufas, yo solo.

— ¿Encontró a la doctora patrón?

— No señor, está almorzando, habrase visto.

— ¿Este es su documento patrón?

— Sí señor, gracias.

— Permítame le abro.

— Gracias, gracias.

— ¡Uyyy, se puso negra la tarde!

— Va a llover, sí señor.

— ¿Dónde tiene el carro?

— En el parqueadero, al otro lado de la plaza.

— Córrale patrón que se desgajó, los que corren, adiós.

Salí a la plaza y en un segundo se desperdigó el cielo; qué aguacero tan bravo. Bogotá y sus aguaceros repentinos. La sombrilla la dejé entre el carro. Los que corren.

Toda la gente de la plazoleta, estudiantes, vendedores, pensionados, habitantes de calle, corrieron a guarecerse bajo los techados, como una compañía de danzarines japoneses que se retira del tablado arrastrando los pies, dejando el teatro preparado para el número mayor, el clímax de la demencia, el colmo de la catarsis, el protagonista sin parangón.

Emprendí la carrera rumbo al parqueadero, al otro lado de la glorieta. Me voy a comer todas las trufas yo solo, carajo. Y en el segundo paso de la corrida, me tropiezo conmigo mismo, con el bastón de mi torpeza, con el bestiario de mis zapatos. Imagínense: calzo 47 después del *pedicure*. Si me dejo crecer las uñas, puedo llegar fácil, fácil, hasta 49. Siempre me ha sido difícil conseguir zapatos y caminar sin golpetear el cuero más de dos metros en línea recta. Sentí el latigazo del tratabillo que me inclinó con violencia. No me puedo caer, pensé al primer tambaleo. No, no aquí, mastiqué al

segundo envión. No, no a mí, mascullé al tercer cabeceo. Al cuarto bandazo, mi punto de equilibrio creyó recuperarse. Sentí la furia del ave fénix quemándome las vértebras lumbares y la hernia discal. Mi espalda se arqueó hacia atrás en el desespero por seguir a flote. Extendí la proa de mi pecho como una quilla triunfante. Abrí los brazos como estrechando el aguacero. La boca entreabierta, los ojos exultantes. Un mocasín enorme, con forma de chalana, se quedó atrás en la corrida. No me voy a caer. No aquí. No a mí. No bajo este aguacero. Solo fue un traspíe. Y me voy a comer las trufas. Todas. Yo solito. Al quinto latigazo, sentí el frío de los naufragios entre mis muslos, no puede ser, el agua que invadía sin piedad las cubiertas de este viejo galeón hundido en tierra, no a mí, los calzoncillos mojados, tendido, derrotado, no aquí, ave fénix empapada, hecho una sopa humana, de traje y corbata.

Los danzarines japoneses en sus tendidos, que ahora eran una turba de baja estofa, no soportaron el espectáculo que yo les brindaba desde la arena del circo. Se reían a carcajadas, doblados sobre el hígado de las malas leches, incluido el vigilante abrazado en su risotada a la puerta del claustro. Lo reconozco: yo también habría desternillado. Me rompí el pantalón y los botones de la manga del saco. Me incorporé sobándome la pierna, porque me dolía, y por si alguien me ofreciera por lo menos una sombrilla para llegar renegando hasta el carro.

En medio de la turba fragorosa que seguía su jolgorio, una mujer joven se deprendió de los tendidos de la ramplonería y la insensibilidad. La vi acercarse con su impermeable azul y un peto naranja, envuelta en una capota que solo dejaba ver un rostro benévolo, redondo como la esperanza, diáfano como la franqueza, delgada, menuda, bajo esa sombrillita rosada. Caminó lentamente bajo el diluvio universal, como la paloma del arca trayendo en su pico la rama de olivo. Carajo, todavía queda gente buena en el mundo. Aún quedan personas compasivas. Seguí sobándome la pierna mientras el aguacero arreciaba sobre el pobre desgraciado de Meléndez. Ya no me dolía tanto, pero debía ser una víctima digna de tanta caridad. Se acercó con la compasión de los espíritus nobles, con el primor de una virgen samaritana. Puedo jurar que sus pasos no hacían ruido sobre los charcos de la plazoleta. Me miró sin mirarme y me dijo:

— ¿Minutos Tigo, minutos Tigo? ¿Minutos a celular? ¿Minutos a todos los operadores?

Regresé por mi mocasín. Lo escurrí. Caminé cojeando hasta el carro. Hecho una sopa. Me voy a comer las trufas. Todas. Yo solo.

Y la confirmación llegó

Amparo Aurora Ramírez Tamayo

El tan esperado día llegó. No le ocurrió lo mismo que al Coronel. Una carta anunciaba que ya podía disfrutar de su pensión de vejez después de haber completado las dichas semanas de trabajo, la edad y las cotizaciones pertinentes para lograrla.

Hizo los trámites pertinentes para que le hicieran la consignación de su bien ganado dinero y preparó una gran fiesta para celebrar con su familia y allegados. Un delicioso sancocho trifásico en la mitad de la finca de la empresa que lo vio crecer, envejecer y caducar como trabajador; sillas, mesas, bebidas y toda la gallada que lo acompañó durante más de 20 años en su arduo trabajo. Desde el gerente hasta los empleados de servicios generales estaban allí. Ninguno quiso perderse tamaño agasajo. Solo faltó el contador.

Todo estuvo a pedir de boca, pero como el lunar no puede faltar, allí se presentó, personificado en una revoltosa avispa obrera con su pechera amarilla en busca del alimento para la colonia. El dulce de las bebidas la atrajo hasta el vaso de los invitados que finalizaban el succulento almuerzo con la consabida gaseosa. Aunque también había bebidas alcohólicas.

Como dice la ranchera, Toribio «no tuvo tiempo de montar en su caballo», pues al libar el dulce sorbo quedaron gotas en sus labios que la obrera se apresuró a chupar, sin ninguna mala intención, solo hacía su trabajo, con tan mala suerte que su agujón se clavó en el sensible labio del agasajado. Nada pudo hacer, pues a lo hecho pecho. Asustada, revoloteaba mientras Toribio alzaba los brazos, sus ojos se desorbitaban, los cachetes se tornaron rojos y abultados, los labios parecían dos duraznos acomodados entre la nariz y el mentón; todos lo rodearon, lo abanicaron, gritaron, dieron órdenes, hasta respiración boca a boca le hicieron. Al fin alguien gritó: «¡Una ambulanciaaaa!».

Toribio fue subido en andas, atado a la camilla y entubado. Su esposa se sentó a su lado, la puerta de la ambulancia se cerró y la sirena anunció la necesidad de despejar la vía para llegar con prontitud a la sala de urgencias.

Generalmente, las reacciones aparecen entre 24 y 48 horas posteriores a la picadura. Se presentan con una inflamación alrededor del sitio de la picadura de un diámetro menor de 10 cm, dolor más o menos fuerte dependiendo del sitio donde se haya producido. Las reacciones pueden ser locales, sistémicas, leves. El tratamiento es sintomático con medidas tales como compresas



frías, antihistamínicos y antiinflamatorios. ¿Quién sabía? ¿Quién previene? Nadie reaccionó. Todos se aturdieron.

Una vez llegaron a urgencias, los médicos preguntaron, estudiaron el caso, argumentaron y procedieron. Toribio presentaba anafilaxia, estaba en peligro de muerte. Los primeros síntomas cutáneos: urticaria, hinchazón, disnea, presión en el pecho y tos. Ya empezaban los demás: vómito, diarrea, calambres, incontinenencia —no solo urinaria, sino también fecal—. Finalmente, arritmia y colapso circulatorio.

El tratamiento de la inmunoterapia a base de antihistamínicos y antiinflamatorios debía hacerse después de un estudio que mostraría la intensidad de la sensibilización.

Todas las esperanzas se iban perdiendo. Su sueño de ir a Europa, de levantarse tarde cuando le diera la gana, de leer con tranquilidad el periódico, de ver sus programas de televisión y hasta disfrutar de sus nietos y bisnietos, se desvanecían. Sus ojos desorbitados pedían clemencia. Ansiaba vivir y disfrutar de la plática ahorrada por más de 20 años.

Todos los esfuerzos médicos fueron inútiles. Toribio se iba, y en medio de su dolor pidió a María que disfrutara lo que él no pudo, pero le advirtió, en el momento lúcido que la muerte le depara al moribundo:

—Cuando salgas con los nietos, por favor: No dejes que se acerquen a los panales, cuando lo hagan retírense con movimientos lentos. No intenten matar las avispas si se posan en alguna parte del cuerpo. Si beben líquido azucarado, comprueben que no haya abejas o avispas en los bordes del recipiente. Si dejan ropa en el suelo, sacúdanla antes de ponérsela, pues puede haber alguna avispa entre sus pliegues. Eviten caminar por huertos en floración, campos de trébol o cualquier área con abundantes flores. Entre mayo y septiembre usen ropa de colores poco llamativos. No usen perfumes ni espray. Adviertan a los niños que no es conveniente tirar piedras o ramas a los nidos de los insectos.

Toribio sabía exactamente la prevención y el procedimiento a seguir en caso de ser picado por avispas. Los demás, no. Después del gran esfuerzo para dejar la lección a su familia, expiró con cara de satisfacción. Los médicos dijeron: «Lo sentimos, hicimos todos los esfuerzos posibles. No supimos cuál avispa lo picó: Balrogia, Beornia, Bofuria, Bomburia, Balinia, Oinia, Gollumiella, Smeagolia, Legolasia o Nazgulia».

En medio de todo, Toribio cumplió su deseo de reunir a los suyos, tanto en la satisfacción de la pensión por vejez, como para su último adiós en el que todos estuvieron, hasta el contador.

Emelina y su acupunturista

Amparo Aurora Ramírez Tamayo

Se fue como llegó. En silencio. Era un santandereano ochentón, vestido de médico tradicional, con algunas diferencias: en la cabeza usaba una diadema que sostenía un foco en su frente, era otorrinolaringólogo, y Emelina suponía que el foco le ayudaba a ver internamente en los orificios del oído, la nariz y la garganta.

El índice de la mano derecha tenía su uña muy larga, y daba mal aspecto pero durante el tiempo que Emelina fue a su consultorio, pudo darse cuenta de que la acupuntura no solamente la hacía con las agujas. La uña también era un instrumento de trabajo.

Cantaba todo el tiempo una canción santandereana, decía algo de una niña bonita. Emelina solo recuerda esto de la canción; refería chistes, leía diagnósticos en un viejo libro de hojas amarillas y mientras auscultaba al paciente le iba refiriendo el porqué de las enfermedades, las conexiones internas relacionadas unas con otras, pero que cada suceso, tenía su contrario o polo opuesto.

Un gran cartel se encargaba de relacionar cada pieza dental con su órgano respectivo. De manera que antes de proceder, el médico le indicaba al paciente por qué su hígado, su riñón o su corazón estaban enfermos. Tras una larga conversación explicativa, los pacientes accedían a extraerse el diente, la muela o el colmillo causante de sus dolencias. Escuchaba Emelina en el medio popular que un paciente del médico en mención mostraba sus encías carentes de dentadura, pero que aún se quejaba de dolores en las piernas. «Será hipocondríaco», pensaba ella.

Emelina nunca recuerda cómo llegó a su consultorio. Solo que se doblada del dolor. Médicos alópatas habían intentado quitar con analgésicos, sin escudriñar el porqué, la dolencia que permaneció por días en su cuerpo sin permitirle movimiento alguno, pues en cada intento el sufrimiento era espantoso.

¿Quién le recomendó este maravilloso médico? Tampoco lo recuerda. Tomó un taxi. Con dificultad se acomodó en la silla y con la misma dificultad se bajó para ingresar al consultorio. Al tocar el timbre, la puerta se abrió automáticamente, nadie se asomó. Entró a una salita con cuatro sillas, se sentó y esperó.

Una enfermera sesentona salió, tomó datos en su libreta y volvió a ingresar. Emelina ojeaba una revista cuando escuchó su nombre en la voz de la señora. Entró. Una camilla con sábana ajada daba la sensación de suciedad. Una silla para odontología. Muchos cables, un radio de tubos con música de antaño. Un



estante en la pared con libros de pasta oscura y lomo amarillo. El escritorio del médico con una silla, a la que invitó a Emelina a sentarse. Escribió datos en la libreta estilo agenda, era su memoria. Cuando el paciente llegaba, él abría en la fecha de la última visita a su consultorio. Enfrente quedó el doctor con su ojo visor sobre la nariz, parecía un minero buscando tesoro, pero también un cíclope.

Una vez que Emelina le relató al médico la razón por la que se encontraba allí, la puso en pie, le pidió que alzara los brazos, que tratara de tocarse los pies con la punta de los dedos de las manos; obvio, no pudo. Tomo su cuello y de pronto lo hizo traquear. Emelina no sintió dolor, pero sí mucho susto. Recordó que su abuela degollaba los pollos de esa manera. Desde ese día le prohibió a cada médico que la atendía que le tocara el cuello, y mucho menos que se lo estrujara.

Finalmente, la invitó a sentarse en la silla odontológica e inició su acupuntura de la cabeza a los pies. Prmero, solo con corriente. Luego, con agujas. La enfermera parecía que estuviera leyendo: «Punto uno doctor, punto siete», etc. Varias agujas en las orejas la hacían sentirse como una marciana. El doctor parecía rezar: «este es el de la risa, este el de la felicidad...». El líquido era extraído de unos frasquitos semejantes a los que usan los odontólogos para dormir las encías antes de extraer una pieza. Emelina decía que era silocaína. Unos años después, la lectura la sacó del error: no era silocaína sino lidocaína aquel líquido milagroso que adormecía; inmediatamente después de ser aplicado surtía efecto. Actuaba como analgésico natural en los tejidos más profundos afectados por la acupuntura.

Nunca recordó si la hizo recostarse en la camilla, solo que cuando salió del consultorio, aunque tenía la sensación de dolor, ya por la costumbre, este no se sentía.

Emelina llevó a sus nietos, a sus hijos, a sus yernos y hasta a sus amigos a que les aplicara la acupuntura para aliviar sus dolencias ya convertidas en crónicas, sin resultados efectivos por parte de médicos de las empresas prestadoras de salud.

Cada paciente tiene su anécdota. Aquel, que llegó con una tremenda alergia imposible de controlar con medicina comercial, salió del consultorio diciendo: «alergia, alergia, alergia...», porque el médico buscaba en su libro amarillo, hoja por hoja, repitiendo el objeto de su búsqueda para recordar el tratamiento que debía realizar para esa clase de alergia: «No podía levantar el brazo derecho debido al dolor, el médico me hizo acupuntura y estoy como nuevo».

«Cómo les parece que el médico es investigador, allá fue a la universidad a solicitar permiso para trabajar en el laboratorio, con un mico». Algunos pensaban que la enfermera repetía los nombres de los puntos porque a él se le olvidaba cuál había aplicado.

Cualquier día, Emelina necesitó de los servicios de su acupunturista. Precisamente, una alergia cutánea. En la EPS le aplicaron una inyección que la trabó; hablaba como si estuviera ebria, dormía y dormía mientras el brote se lo permitiera. Ella se sentía como una perra sarnosa brotada de pies a cabeza, teniendo que rascarse hasta sangrar del desespero, y no se atrevía a volver a emergencia o a una cita médica por temor a la traba.

Decidió ir a donde su acupunturista. Encontró la gran puerta de hierro cerrada. Preguntó en el local vecino y le respondieron: «Uhhhhh, hace rato que el médico se murió». Emelina regresó a su casa, buscó el teléfono de la enfermera, esta no contestó. También se silenció. Emelina no sabe nada de ella. Nadie anunció la muerte del médico acupunturista y hasta hoy no ha encontrado uno que le satisfaga para mejorar su salud. Las EPS siguen recetando calmantes para sus dolencias, no medicinas curativas. Pero ella, muy juiciosa, asiste a los especialistas de talla internacional porque opina: «si voy a seguir viviendo que sea con calidad de vida, no achacosa».

Bocaccio boîte

Carla Rojas

Sólo ahora que lo escribo caigo en la cuenta que nunca supe cómo se llamaba en realidad, porque en Barcelona sólo lo conocíamos con su nombre profesional: Saturno el mago.

Gabriel García Márquez. *Sólo vine a hablar por teléfono*

Saturno volvía de la última presentación de la noche en un café de Las Ramblas. Desde mediodía deseaba tomar un trago y conversar relajadamente con algún conocido para olvidar la soledad de la noche del sábado enfrentando sus nulas habilidades sociales, aumentadas desde que su mujer desapareció.

Sin dudarle se dirigió al *Bocaccio*, seguro de encontrar alguna esposa de escritor aburrida de los discursos pijoprogres de la *Gauche Divine*, dispuesta a regalarle una sonrisa y conversar coquetamente con él frente a un par de copas.

Se acercó a la larga barra art decó con sus asientos de bar forrados en terciopelo rojo y pidió unos tragos.

—Dos martini y uno con dos aceitunas. Gracias.

Retiró las copas, era temprano y aún había poca gente. Se dirigió al fondo del local, a uno de los sillones en forma de U, también de terciopelo rojo, con una mesa central donde una mujer de cabellos cobrizos miraba absorta unos manuscritos que leía una y otra vez.

Saturno se sentó del lado de la mesa que estaba libre de documentos y apoyó los tragos.

—¡Hola Rosa! Buenas noches —dijo, mientras deslizaba el martini a un costado de la mujer.

Ella levantó levemente la mirada, sin despegar un ojo de los manuscritos, tomó el martini y devolvió el saludo.

—¡Hola! Como veras, estoy ocupada.

Ella tuvo que hacer un esfuerzo para recordarlo, pero al sentir su olor se acordó. Era el mago, compañero de una simpática maja a quién invitó a navegar en su velero en Cadaqués. Después del paseo por la costa se juntaron en el *Marítim* a conversar unos tragos y jugar cartas. Ya pasados de copas decidieron intercambiar parejas al azar, y a Rosa le tocó el mago. Este tenía buena facha, pero no llamaba su atención, hasta cuando se desvistieron y al verlo desnudo se acordó de una novela erótica que leyó en su juventud: *18 centímetros de felicidad*, ese era el título, y el mago podría haber sido el protagonista sin desmerecer. Lo pasó bien, pero ese fue el detalle que quedó en su memoria y el sentimiento de haber visto su mejor truco.

Rosa Regàs, quien había dejado la editorial Seix Barral para trabajar en la propia, La Gaya Ciencia, siempre estaba muy atareada revisando escritos y se venía temprano al *Bocaccio* a trabajar. Ahora preparaba unos ensayos sobre



el Boom Latinoamericano y aún le faltaba la corrección final del texto de Gabo, darle una última pincelada al prólogo y decidir el orden final de los índices. Generalmente se sentaba en el fondo del local apenas las mujeres de la limpieza ponían en orden los sillones, antes de la aparición de los bármanes con caras pálidas de traspaso infinito. Esperaba a su hermano Oriol, dueño del bar, porque quería su opinión sobre los ensayos de Vargas Llosa y Cortázar, que había dejado una semana atrás en la oficina de la administración y ahora tenía sobre la mesa, mientras leía los apuntes al margen que Oriol había anotado. También tenía que presentarle un artículo para la revista de difusión del bar y hablar con Juan Marsé, el editor de *Boccaccio Magazine*.

Una voz masculina interrumpió sus pensamientos editoriales, era el mago sentado junto a ella.

—Como te cuento, desde las últimas lluvias no he sabido nada de María de la Luz. ¿Tú las has visto de casualidad?

Rosa, riéndose burlona, contesta:

—Quién sola se va, sola vuelve. No desesperes que todo termina sabiéndose siempre. —Y de repente

una idea cruza veloz por su mente—. ¿Todavía tenés el piso en el Barrio la Horta?

—Claro, vivo solo con mi gato...

En medio de la conversación, aparece Oriol, quien se dirige directo a su oficina.

—Saturno, le entregó mi artículo a Oriol, le dejó unas notas a Marsé y nos vamos a tu piso o nos dejamos caer en el de los Gabo, en el camino lo vemos.

Rosa regresa de conversar con su hermano, levanta los documentos de la mesa, separa los que entregará a Gabo y sigue al mago a su auto. Mientras el mago conduce, Rosa escribe por detrás de las hojas del ensayo que desea que revise Gabo una sátira sobre un mago celoso y su esposa escapista, mientras piensa que si no encuentra al escritor y a su familia, bien le vendría un polvo para relajarse ante de la intensa semana de redacción que le espera.

Tres años más tarde, cuando Gabriel García Márquez limpiaba su escritorio, se encontró con la historia del mago y decidió usarla como trama de un cuento que había empezado la noche anterior:

Una tarde de lluvias primaverales, cuando viajaba...

El Cisne Negro

Carla Rojas

Pero Zeus a su vez se transformó en cisne y se unió con ella.

Apolodoro. *Biblioteca. Libro III, 127*

Leda luchaba contra su demonio, alejando el alcoholismo con dificultad de su vida. Por ahora ganaba la batalla. Se había resistido al llamado seductor del *Cisne Negro*, el bar frente a su edificio, con su cartel de neón encendido las 24 horas al día, que veía todas las mañanas al levantarse y evitaba recordar todas las noches al acostarse.

Mientras vivió con ella Miguel, fue más fácil evitar la atracción fatal de visitarlo. Miguel con su conversación y cariño la mantenía alejada del destino étlico que la perseguía. Pero ahora él estaba en comisión de trabajo, a miles de kilómetros de distancia, en mitad del altiplano, en una mina de bismuto-litio y ella se enfrentaba sola a la angustia, el insomnio y la sed.

Logró retrasar su destino por 20 días, pero el primer lunes de otoño tomó la decisión de entrar al bar y tomarse solo un trago, solo uno y así demostrarse que tenía el problema controlado.

Se paró frente al cisne de neón que custodiaba la pequeña entrada, que conducía a una corta y oscura escalera y terminaba en un piso bajo nivel que, al primer golpe de vista, antes de que los ojos se acostumbraran a la falta de luz, no permitía dimensionar su verdadero tamaño.

Tomó aire, cerró los ojos unos segundos y se dirigió con pie firme hacia una de las barras, la que tenía los barriles de cerveza. Solo quería un trago y algo suave, para no entusiasmarse.

En el mesón pidió una cerveza.

—¿Amaderada, frutosa, oscura, light? —respondió mecánicamente el barman, quien solo se perfilaba a contra luz.

—Light —contestó, tratando de acomodar su vista para ver al barman con detalle. Tenía una voz atractiva, quizás el resto de él también lo era.

El barman se acercó. Edad madura, bien conservado, alto, un hermoso color tostado, unos ojos despiertos y una sonrisa amplia, características de los caribeños que ella conocía, como su vecino de Panamá.

Se tomó la cerveza lentamente, mientras el barman le hablaba animadamente de los tragos exóticos que sabía preparar y que no debía perderse por nada del mundo, tragos maravillosos que le devolvían la alegría de vivir a cualquiera. Ella se sintió rejuvenecida, no sabía si por el efecto del alcohol en su circulación o la melódica voz de Juan. Fue así como de a poco, mientras iba probando uno



a uno los exóticos destilados, se dejó llevar por algo mejor y más peligroso que el alcohol: el alcohol y el sexo en un solo coctel.

Durante unas semanas Leda y Juan fueron uno en la barra y en la cama. Compartían el mismo placer y la misma esclavitud. Y con la misma rapidez que apareció en su vida, desapareció. Un día fue a buscarlo al bar y encontró un nuevo, joven e inexperto barman que nada sabía de su antecesor. Lo último que recordó de él, era la pintura que tenía tatuada en la espalda: *Leda Atómica*, de Dalí.

Al día siguiente llegó Miguel del altiplano, y la vida continuó donde la habían dejado. Olvidó la aventura y se alejó del alcohol. Nueve meses más tarde tuvo unos saludables mellizos. Miguel nunca comprendió cómo sus hijos, a pesar de ser criados con tanto amor y esmero, desbarataron sus vidas, no en el alcohol, sino en las carreras de caballos y las luchas ilegales que más temprano que tarde les pasaron la cuenta.

Un tal Simón

Juan Francisco Serrano

El país estaba convulsionado y aunque mi familia y yo vivíamos en una aldea lejos de Jerusalén, las noticias nos llegaban como reguero de pólvora; así supimos que un galileo llamado Jesús sería crucificado junto a dos ladrones más.

Soy un hombre tranquilo y me gusta la paz y la armonía. Todos esos acontecimientos que se escuchaba sucedían en Jerusalén y poblados cercanos, me ponían muy nervioso, no quería verme envuelto de nuevo en otro problema, como cuando se alzaron la primera vez los zelotes en contra del Imperio. Yo estaba más joven y me enlisté con ellos. Fue una guerra cruenta, murió mucha gente de nuestro pueblo y no se ganó nada.

La reputación que tenía este Jesús era la del Mesías que vendría para liberarnos de la opresión bajo la que nos mantenía Roma, y a estas alturas, ya todos estábamos cansados, pero con el tiempo, la gente empezó a notar que el tal Jesús no era el líder guerrero que la gente esperaba para organizarnos y luchar de nuevo por nuestra libertad. Cuentan que más bien era un tipo pacífico, que caminaba de pueblo en pueblo llevando mensajes de paz, sin nada más que su túnica y sus sandalias, pero aun así, siempre le seguían multitudes a quienes les gustaba escucharlo. Pero no todos estaban conformes y ese era el caso de los fariseos, a quienes no les parecía en lo absoluto su forma de ser y, sobre todo, el fondo de su mensaje; ahora lo veían como a un enemigo. Por esa razón, una noche, en vísperas de la Pascua y quebrantando la ley de nuestro pueblo, le habían aprehendido y juzgado de noche para luego llevarlo a las autoridades romanas, de modo que ellos se encargaran de cumplir con la sentencia.

Un día, cuando nos llegó la noticia de que Jesús pasaría por una aldea cercana a la nuestra, algunos de nuestros vecinos caminaron varias horas para ir a escucharlo. Cuando volvieron venían como transformados, no eran los mismos que partieron, se notaba en ellos una felicidad que no vi en nadie jamás. Pese a todo lo que nos contaron, yo no quise ir a su encuentro.

El día de la crucifixión de Jesús y los ladrones, yo me encontraba en Jerusalén. La ciudad estaba colmada de gente, pues la fiesta de la Pascua se acercaba. Había ido acompañado de Rufo, mi hijo menor, a comprar una de las partes de mi carretón de labranza que estaba rota. Sería un poco antes de la hora sexta, hacía mucho calor y mi hijo ya tenía hambre, entonces decidimos ir a un comedor, pero cuando íbamos a atravesar la calle, ya no pudimos hacerlo porque una multitud de gente nos lo impidió.



Tomé a mi hijo y lo puse detrás de mí, una nube de polvo inundó el ambiente, el gentío se encontraba parado a ambos lados de la calle y gritaban, algunos insultaban, pero otros lloraban calladamente. En medio de la polvareda vi la sombra de una cruz que avanzaba lento y a veces se detenía. Conforme se acercaba noté que era un hombre el que la traía cargada sobre su hombro izquierdo... unos pasos más y estaba casi frente a nosotros. Pude escuchar que jadeaba, de su frente salían gruesas gotas de sudor y sangre que brotaban de una verde corona de gruesas espinas, que la traía sembrada en su cabeza (eso me provocó un escalofrío). De pronto, aquel pobre hombre cayó sobre sus rodillas y la pesada cruz se desplomó junto con él, cayendo casi sobre mis pies; por instinto, los que nos encontrábamos cerca, dimos un salto para atrás y sentí cuando mi hijo se aferró a mí con todas sus fuerzas y, llorando, escondió su carita en el borde de mi túnica. Yo miraba atónito lo que sucedía frente a mis ojos, cuando sentí un fuerte empujón en la espalda que me dejó casi a la par del hombre que yacía en el suelo, miré quien me había empujado y me topé con la cruel mirada de un tribuno que me gritó casi en mi cara:

—¡Tú! ¡Levanta esa cruz y cárgatela!

Una mezcla de cólera y miedo me invadió en ese momento... ¿Por qué yo? Rufó había quedado detrás del tribuno y ya no lo podía ver, los gritos de la multitud eran ensordecedores, miré entonces al Hombre que había cargado la cruz... lucía agotado, sudoroso y ensangrentado, pero no gemía ni se quejaba. Me miró, su rostro estaba manchado de sangre y polvo. A pesar del martirio sus ojos irradiaban una mezcla de paz y de amor que me alcanzó en lo más profundo de mi ser. No dijo nada, pero sentí que me agradecía que le ayudara en ese momento, eso me impulsó a tomar aquella cruz aunque yo no la mereciera. La levanté ayudado de dos soldados romanos y unos hombres que se acercaron, entre todos la colocaron en mi hombro derecho. La cruz estaba manchada de su sangre y lastimaba, cuando sentí el peso no me expliqué como había hecho aquel hombre para soportarla todo ese trayecto.

En medio de insultos y gritos empecé a caminar, mi hijo corrió y se aferró a mi pierna, lo que me dificultó aún más llevar la pesada cruz. Habría caminado tal vez la distancia de un estadio cuando me tuve que detener, mis piernas temblaban y el roce del madero laceraba mi piel, empecé a sentir los labios muy secos, entonces pedí agua a gritos pero nadie me escuchó. Volví la vista y unos pasos atrás caminaba el Hombre con sus manos atadas adelante, con paso lento pero firme, sus pies también sangraban. Cruzamos la mirada una vez más... el amor y la serenidad no habían desaparecido de Él.

Un latigazo en la espalda me anunció que debía caminar, alcé de nuevo la cruz y volví a tomar el rumbo. Cuando terminé de subir la cuesta, el calor, el polvo, los gritos y los latigazos hicieron que sintiera mi cabeza pesada, como de hierro. Todo pasaba girando a mi alrededor, mis oídos zumbaban y ya no pude ver ni escuchar nada, creo que me volví a caer, solamente sentí cuando me tomaron de las axilas y me colocaron acostado sobre la cruz; luego el dolor de los clavos que traspasaban mis muñecas me hizo gritar y volví en mí. Con dificultad levanté la cara y vi como un soldado traspasaba mis pies con un enorme clavo, sentí como se quebraban los pequeños huesos y no pude más, volví a perder el sentido.

Un pedazo de tela empapada en vinagre atada a la punta de un palo que acercaron a mi boca me despertó de nuevo: me encontraba crucificado. Debajo de la cruz ya no quedaba casi nadie, solamente un pequeño grupo de hombres y mujeres que yo había visto y que momentos antes lloraban y caminaban a la par del Hombre al que yo había ayudado. Casi no podía respirar, sentía dolor en el pecho y pensé que la hora de mi muerte estaba muy cerca. Sentí un dolor punzante en mi costado derecho cuando un soldado romano me atravesó con su lanza. Mi corazón latía muy rápido y empecé a dolerme. De pronto, el cielo se oscureció por completo, truenos y relámpagos cayeron sobre el monte, alcé la mirada y en medio de la oscuridad, una pequeña parte de cielo azul se dejó ver. Entonces, pude escuchar una voz que venía de lo alto: *Hoy estarás conmigo en el Paraíso.*

Mi nombre es Simón, soy de Cirene y esta es mi historia.

Amistad

Alba Testar Tobar

Tengo un nuevo amigo. Es raro. Es muy raro. No lo entiendo. Pero de verdad es mi amigo (y lo quiero). Tener amigos simpáticos y entretenidos es fácil, resulta sin mucho esfuerzo, pero esto ha sido complejo porque realmente no es un personaje gracioso ni divertido. Por eso se los cuento. Quizás necesito desahogarme o convencerme. De partida, a pesar de ser adulto como yo, no sabe bien cuándo hace frío o hace calor, como que se confunde o quiere caprichosamente la temperatura que no corresponde. Al principio creí que bromeaba, no le hacía caso. Pero un día de verano en que me insistió que tenía la nieve hasta los tobillos, observé que efectivamente sus extremidades inferiores estaban completamente albas y gélidas, como muertas, hasta ligeramente por encima del resalte que separa los pies de las piernas. «Tal vez tiene mucha imaginación», pensé, «o se convence tanto de lo que piensa que logra hacerlo realidad». Aunque me asusté un poco, luego de un rato estaba tan como si nada, que simplemente lo olvidé. Cuando gesticula, sus dedos parecen salirse de las manos.

Habitualmente es saltarín y juguetón, pero de un segundo a otro se cansa y literalmente «no puede más», quedando paralizado, sentado o recostado en cualquier lugar y momento, por lo general muy inapropiados. Al comienzo me incomodaba andar cerca de alguien tan estafalario, pero luego ni me importaba, hasta me hacía reír a veces, e incluso, sin querer, andaba yo esperando que surgiera alguna de sus extravagancias. Nuestra amistad fue creciendo aunque debo reconocer que lo rechazaba cuando aparecía sorpresivamente, traté de evitarlo durante un buen tiempo, pero parece que conocía mejor que yo mismo mis itinerarios, mis actividades y hasta mis necesidades. Así fue como no lo pude despegar más. Un amigo está contigo en las buenas y en las malas, y él me demostró con creces que era mi amigo. Tanto así es lo que intento retratar en este relato, que les digo era capaz de ir de noche a socorrerme en cualquier circunstancia, a cualquier hora, en días hábiles o festivos. Por eso me fui convenciendo de que era un verdadero amigo. Por un período él tuvo insomnio y me llamaba en la madrugada, dejándome atónito y desvelado, preocupado y sin saber cómo ayudarlo. Parece que le bastaba que lo escuchara un rato y ya se dormía tranquilo, porque dejaba de importunar. De eso ha pasado bastante tiempo. No creerán, pero ahora he conocido lo que es no poder conciliar el sueño o despertar sin razón a las horas más inusitadas (¡vaya mal de males este!, que apenas si comprenden los que lo han sufrido), y tener a quien acudir en esas circunstancias es de las



mayores bendiciones que se pueden pedir. Pues yo la tuve. Era capaz de acompañarme en horas de desesperación, cuidarme, hacerme reír, servirme comida o lo que fuese necesario para reconfortarme.

Nunca me pareció que actuase así por interés o compasión, como tampoco fue lo que me motivó cuando el turno fue mío. Entre sus rarezas también se le ocurría pintar a cualquier hora, fotografiar la luna o la puesta de sol, escribir en la arena, subir dunas, escuchar los pájaros, inventar cuentos, cantar, bailar, mirar a través de las copas de los árboles, columpiarse en las plazas, salir corriendo de un *mall* como si lo persiguieran, creer que las nubes algodonosas eran animalitos traviesos y un sinfín de otras cosas que difícilmente creerán. A veces me pareció pueril, curioso, llegando a creer que buscaba llamar la atención, pero definitivamente no era su finalidad hacerse notar. Me convencí de su simple necesidad de ser como era: tenía una especie de surtidor interior que requería de ciertas horas de actividad para dejar fluir el agua que lo repletaba o ahogaba. Y cuando se encendía la danza de su fuente iluminaba su ser, permitiendo a otros disfrutar de los destellos. Mi amigo es inteligente, responsable y trabajador... aunque acepto que sea difícil admitirlo dada la descripción que he hecho de él. Es tremendamente fuerte y valeroso, pero tiene corazón de canario. No soporta las reuniones o conferencias largas. Trabaja conmigo, y desde que se ha establecido nuestra amistad me va mejor, estoy bien organizado, logro más con menos esfuerzo, los clientes se manifiestan satisfechos, el balance es positivo y no me siento luchando contra molinos de viento. Debo reconocer que antes tendía a acumular sinsabores del día a día, me hacía enojoso o insípido, no logrando exteriorizar lo que sentía mientras esbozaba la mejor sonrisa para todos a mi alrededor. Él me ha permitido una suerte de liberación: evidencia sin disimulo lo que yo no logro manifestar. Si lo ven con escalofríos no crean que tiene fiebre, simplemente es singular. Si lo oyen gritar déjenlo, es una de sus pequeñas excentricidades (imítelo, ya lo he hecho... resulta sanador y agradable de vez en cuando... de preferencia en lugares abiertos y poco concurridos, o sencillamente solos en el auto).

Si encuentran a una persona de aspecto bastante habitual (o normal) realizando cualquier labor normal (o habitual) en forma absolutamente original... Por ejemplo, hacer la fila del banco en cuclillas, reír a carcajadas hasta casi ahogarse por un chiste zozco del que nadie reiría, responder apaciblemente cuando lo están increpando o desplazarse lentamente mientras todos están apurados empujándose por entrar al ascensor, conducir hábilmente en retroceso por la

pista contraria de modo que solo parece ser un vehículo al revés, tomar agua de lluvia con la boca abierta hacia el cielo, conversar con los perros del barrio ladrando en cuatro patas, tener frío en la mitad derecha de su cuerpo usando una gruesa chaqueta a medio poner y calor en su lado izquierdo luciendo manga corta o aspirando el chorro de aire fresco de algún aparato, lo más probable es que se trate de mi amigo. Tengo que confesar lo más difícil con respecto a él.

Me es cercano desde hace como cuatro años, pero luego de algunos meses de soportarlo estuve casi seguro que solo me quedaba una forma de zafarme de él: matarlo. Sé que suena horrible, no tengo perfil de asesino, nunca antes había pasado por mi mente algo similar, pero créanme que llegué a eso. Deseaba verlo muerto, inerte, definitivamente pálido para siempre, callado y en paz, incapaz de perturbarme. Me cuesta admitirlo, pero fantaseaba formas de lograrlo. De noche o de día, según el grado de sus absurdas e inconvenientes peticiones elucubraba modos de hacerlo desaparecer sutilmente, como un experto e invisible aniquilador. Intenté enfermarlo, dejarlo dormir eternamente, convencerlo de no respirar más, sugestionarlo para que se sintiera paralizado, pero nada resultó.

No llegué a administrararle veneno, aunque sé que hubo algunos que lo intentaron antes que yo. Ni él ni yo sabremos jamás cómo fue el curso exacto de los hechos, pero hasta sus familiares cercanos le eran hostiles, tenían de algún modo la esperanza de que estuviera realmente muy enfermo, ya que a veces lo asemejaba, deseando subrepticamente despedirlo en forma definitiva y hermosa. Asimismo muchos facultativos lo sepultaron antes de tiempo al no encontrar respuesta satisfactoria en sus conocimientos. Uno de los galeños que atisbó el hilo conductor de sus males, al verse sobrepasado por tantas preguntas, prefirió lanzarle los dardos del desequilibrio por enajenación. Y él también creyó por momentos que la sentencia de muerte era lo mejor, que era una salida incluso digna y grandiosa. Llegó a imaginar su féretro, una emotiva y representativa ceremonia, con místicos cantos y la gente extrañamente feliz y sobretodo él, pleno, perfecto. Cuando empecé a intuir esa faceta en él lo tomé por el brazo y lo hice decisivamente mi amigo. Y ahí todo cambió. Todo, absolutamente todo, para mí y para él. Los aires de muerte estallaron en vida, en gozosa existencia, en alegre servicio, en despliegues de creatividad. Es una amistad extraña. Es muy extraña. Somos inseparables, complementarios, somos uno y a la vez dos, tan distintos, pero homologables.

Mi nuevo amigo es mi cuerpo.

Cata de vinos

Carmen Gloria Testar Tobar

La invitaron a una cata de vinos, en la vinoteca de 8 Norte con Libertad.

Nunca había aceptado estas invitaciones que llegaban a su correo. Pero esta vez, decidió ir. No estaba acostumbrada a tomar, así es que a la quinta copa encontraba a todas las personas agradables. Siguió tomando. Sabía que ya no podría conducir ni conducirse.

Despertó en el departamento de un compañero tallerista de su curso de literatura.

Feo, cuatro ojos, tartamudo, pero amoroso.

Él, mientras ella dormía su cata, en su cama, escribió tres finales para ella:

Primer final: esposa común, burguesa, con hijos, cumple roles y rutinas habituales. Le gusta leer, escuchar música, familia grande. Siempre ocupada en algún quehacer. Muere de muerte natural, anciana (no tanto, a los 77), aburrida, piadosa, vida aparentemente suave, sin contratiempos, sin pasión. Su matrimonio verdadero o formal duró diez años, lo demás puro acomodo y conveniencia.

Segundo final: mujer conversadora; lee y escribe. Casada (cazada) con un papanatas. La rutina la mata. No fuma. Casa grande, mucho trabajo, creativa, divertida. Le gusta el sexo normal, sin cochinadas. Tradicional creyente. Tiene dos perros y una gata. Muchos hermanos. Muere a los 77 años de aburrimiento.

Tercer final: mujer atractiva, inteligente. Usa perfume París. Escritora consagrada. Transgresora. Para ella, sus hijos son sagrados. Marido desconocido, olvidado. Liberada. Anticuada, no usa WhatsApp. Se divierte, lo pasa bien. Aparentemente, tiene el mundo a sus pies. Solitaria. A veces pesimista y deprimida. Otras veces llena de vida, ideas y energía. Feliz. Va conmigo a Puerto Ideas. Ahora duerme en mi cama, mientras velo su sueño. No es su deseo, pero no morirá jamás en mi corazón.

Le escribiré mil finales, para que elija uno.

Juan Cristóbal.



Controlador aéreo de corazones

Carmen Gloria Testar Tobar

Viaje al vacío de la vida de nadie. Torre de control, aterrizaje forzoso en mi corazón destrozado. No entiendes, no entiendes nada. Háblame, háblame por favor. Ya sé que estás con ella en Casablanca. Todo el fin de semana. Cocinándole y cocinándola. ¿Qué chocolate te gustó más? No respondes.

Te hablo en dos bandas. Una de la literatura y la otra de eso oculto, que insistes en ocultar más.

ALFA, espérame detrás de tus ojos. Deje mi corazón a la intemperie, pero ya lo recuperaré y lo pongo a buen resguardo. Recuerda mi amor, queda poco tiempo. Poco tiempo.

Llegué de súbito al vacío. El avión aterrizó en el desierto y llegamos a «ninguna parte». El desierto florido, solo por pocos días. Mi corazón florecido, como en la primavera.

BRAVO ya vienes de vuelta CHARLIE, en tus alas DELTA, escucho el ECO, entre los cerros, tu voz repite, te deseo, te deseo, te deseo...

Bailo FOXTROT, para aturdirme y no pensar que haces con ella, ahora, en este momento. Juego GOLF, en ese HOTEL, donde hicimos el amor ayer. Y ahora vamos a ver la puesta de sol, en la Talasoterapia. ROMEO y JULIETA, muertos por error de comunicación.

No soy totalmente inocente y espero haber enturbiado algo tu vida, con mis besos y susurros.

Al tomar tus manos, puedo sentir los latidos de tu corazón. Mi querido MIKE, iré contigo a la INDIA y a LIMA en NOVIEMBRE, para que me ames como tú sabes. Bailaremos TANGO, tomaremos WHISKEY. Y te diré adiós para siempre, YANKEE, casado con ZULÜ, y yo de premio de consuelo, me quedo con VÍCTOR, Víctor Hugo, o cualquier otro, pero Víctor igual, perdida en la SIERRA argentina.

Y quedaré desolada, como siempre. Pero con el recuerdo de tus besos y tu lengua penetrando con fuerza mi boca. Esos besos que no olvidaré. Y cuando acariciaste mis pezones, debajo del corpiño, hasta que se pusieron duros, erguidos, excitados. Y dijiste quedo... te deseo... y yo deseaba que me desearas, pero de verdad, como para sentirte entero dentro de mi cuerpo.

Pero no, vino el controlador de corazones, y en clave dijo, Pato, aléjate ya, déjala... es peligrosa, es escritora, cuidado... Recuerda, no olvides, KILO, UNIFORM, PAPA, X-RAY y algo más, controlador aéreo de corazones y amores perdidos. Me voy a QUEBEC a pasar las desventuras de amor.



Voy con OSCAR o gano el Óscar, por mis ocurrencias desmesuradas. Hago una baraja con las palabras y las pongo a mi favor o en contra, porque las palabras son poderosas y decretan. Entonces, en esta creencia y la física cuántica, te diré que te amo, que te amo, que te amo, y tú vendrás hacia mí.

Dedicado a Rosita

Alfredo Thumala

Te duchaste con calma, como a ti te gusta y gozaste el chorro de agua que acarició tu cuerpo.

Desde muy joven has buscado los placeres mundanos y la ducha caliente y larga; por su simpleza y accesibilidad, es uno de los que disfrutas con mayor frecuencia. Frotaste el jabón con ambas manos y al esparcir el líquido espumoso por tus genitales, la autoestima y el orgullo, propios de tu género, aumentaron al ver y sentir la rápida e involuntaria respuesta de tu virilidad. A tu edad es un privilegio, un regalo del cielo.

Admiras y estás agradecido de las mujeres. Amaste y fuiste amado y, con escasas excepciones, recibiste cariño y lealtad de las que conociste. Hoy, con muchos años sobre tus hombros, vives la dura soledad de la viudez en la vejez.

Mientras eliges un pijama de verano en tu amplio y bien surtido closet, tus pensamientos se concentran en el rostro y en el cuerpo que te esperan en tu cama. No te engañas respecto a ella. Está lejos de ser la amante ideal, pero calma un deseo que se ha mantenido invariablemente intenso, a pesar de tus años.

En esta etapa de la vida, una década después de la muerte de tu esposa, te relacionaste con mujeres de tu generación y ninguna pudo satisfacer tu libido. Ellas, como era esperable, daban y pedían más ternura que pasión, más comunicación que silencios, más poesía que placer físico. Ofrecían y exigían una relación de pareja estable y no aceptaban encuentros furtivos y ocasionales.

Rosita es distinta. No es exigente y tiene la agilidad de una mujer de veinte años. Nunca te ha rechazado inventando cansancio, jaquecas ni otros dolores inexistentes. Además, tiene una cualidad muy apreciada por ti: no dice estupideces mientras hacen el amor.

Te hubiera gustado que Rosita fuese capaz de tener una conversación inteligente, pero en tu larga vida has aprendido que ninguna relación de pareja es perfecta y estás conforme y contento con su compañía.

Antes de ponerte el pantalón del pijama elegido tienes una erección propia de un veinteañero que apuró tu entrada al dormitorio donde te espera, desnuda y sonriente. Le susurraste palabras tiernas, y luego apasionadas; besaste la boca y el hermoso cuello, bebiste de sus pechos un largo rato y entraste en ella. El placer llegó intenso y fugaz.

*

**



Dormitó unos minutos. Después le habló amorosamente y recorrió con ambas manos el cuerpo de Rosita hasta encontrar el pequeño interruptor. Sin dejar de acariciarla, besó su rostro, lo puso en off y la desinfló.

José Pedro continuó acostado otro rato; luego se levantó, la dobló con delicadeza siguiendo las instrucciones del manual, la guardó en su caja original y se durmió feliz abrazado a una almohada.

Hetero-hallazgo

Oriana Valenzuela Castro

«El embrión se ve bien», dijo por fin el doctor Terrazas en la semioscuridad de la sala al finalizar la primera ecografía del segundo embarazo de Agustina. «Última paciente de la consulta», pensó con alivio. «Límpiate bien el gel y ven a sentarte para que conversemos los tres». «Bueno», dice y carraspea, mientras escribe de espaldas al ventanal, «es conveniente que comiences a tomar ácido fólico desde ahora, una tableta diaria a la hora que tú quieras...», firma la receta, y levantando la mirada para entregarles el papel, se percata a plena luz de la extrañeza de sus ojos. El derecho, de un azul parejo, y el izquierdo manchado de marrón oscuro... «¡Vaya! heterocromía del iris», se dice para sí, mientras queda por breves segundos hipnotizado en esa rara asimetría.

—¿El próximo control dentro de un mes? —pregunta Agustina mientras se levanta de la silla junto a su marido...

—¡Sí, claro! —responde el doctor—, los espero.

Pleno verano y la suma de noches mal dormidas junto a cansadoras jornadas de trabajo han comenzado a tallar grietas en su humor cotidiano. Apaga el aire acondicionado, cuelga el delantal en el perchero y se pone en marcha. El peso de la rutina asoma a su semblante enojoso. El bullicio de hijos adolescentes en una casa invadida —además, de adolescentes ajenos—, pinchan constantemente su tapiz de contención anímica. Tal vez me quede solo el fin de semana. Intenta consolarse. Su natural hábito ermitaño lo inclina hacia una lectura silenciosa y solitaria. Las interacciones familiares las soporta estoicamente, pero felizmente su extenso horario de trabajo le ha librado de muchas de ellas.

Esa noche, Eduardo tampoco pudo dormir bien; sensaciones confusas despiertan su madrugada. Se desliza de la cama con sigilo para no despertar a su mujer y baja al primer piso. Sentado frente al computador, con el cursor posado en el cuadro de búsqueda en Internet, teclea «heterocromía iris»: «en la modalidad completa se presenta cada ojo de un color, característica que puede ser congénita (de aparición aislada o asociada a enfermedades hereditarias) o adquirida (por trauma o enfermedades del ojo)». Eduardo Terrazas recordaba que, en la anamnesis, ambos padres habían dicho que eran sanos y sin antecedentes familiares de taras hereditarias, por lo que rápidamente concluyó que sus ojos se trataban solo de una rareza, como una muestra más de lo fascinante del cuerpo humano. De todas formas, en la próxima ecografía voy a buscar con detalle máximo cualquier sospecha de malformación, se dijo. A sus 15 años de



ejercicio profesional sabía que ya no se convertiría en un *top ten*, de aquellos que publican trabajos y son referencia bibliográfica, pero era un médico acucioso y, como era de esperar, a su carácter obsesivo no toleraba que se le escapara alguna alteración por más mínima que fuera.

Ese hallazgo intrascendente no habría revestido importancia si no hubiera sido por ese súbito escalofrío que sintió el doctor Terrazas al mes siguiente, cuando un reflejo bicolor que se pasea sin prisa por las paredes de su consulta, se frota lento y atrevido sobre cada certificado colgado allí. Un reflejo que retrocede y se detiene, acariciándolo, desnudándolo con solo posarse sobre las letras de su nombre.

«Tu embarazo avanza sin problemas, Agustina», dice Terrazas sobreponiéndose y luchando contra esa fuerza de gravedad que lo succiona desde un costado. «En un mes más haremos una nueva ecografía», dice, y enfoca la mirada. En esa mínima pausa de contacto visual, se despeña, sin quererlo, por el bosque de pestañas que lo encaran, explorando en rápido nerviosismo el pliegue de los párpados, el marco castaño de las cejas, la blancura de la piel, «a ver si podemos ver el sexo», añade desconcentrado, cayendo ya prisionero de esas dos naves en altamar que no cesan de mirarlo fijo.

La naturaleza asoma su perfil oscuro e ineludible.

La semana veintidós llega en la penumbra de la sala de examen, donde cuatro corazones se alinean sin saberlo. «¡Es una niña!», exclama de pronto el padre. «Así es», responde el galeno mirando atento la imagen 3D. Y luego, ya relajados, sentados los tres en los mismos puestos, una sensación de felicidad lo invade por completo, esa exaltación del ánimo que

antecede a la posibilidad pronta de hechos venturosos... «La anatomía se ve normal», redondea el doctor Terrazas con una sonrisa que no logra evitar, mientras su mirada náufraga se desliza desde el tobogán recto de su nariz para caer en la blandura de sus labios cerrados.

Desde esa última tarde su rutina ya no volvió a ser la misma. Cada amanecer es asaltado por una maraña de sueños confusos en que unos labios resbalando desde las paredes de su habitación caen ávidos sobre su pelo, sobre su cuello, encaminándose en línea recta por los botones de su pijama para morir en sus muslos tensos.

Cada amanecer atacado por salaces noches de insomnio. Cada amanecer en lucha con su materia. No pudo evitar la mudanza de sus sueños.

Y asoma la naturaleza su perfil oscuro e ineludible,
empuñando su látigo contra el corazón inocente
fragmentos en órbita de promesas rotas
arrastrando su pesada estela de dolores
Nace la niña, llega cantando a un mundo de cristal
en añicos

naturaleza que no pudo contener
su aullido lúgubre
ni el grito de su carne

Un año después, en el dormitorio del departamento nuevo, recién comprado, sobre la cama reposan abrazados, su cabeza en el hueco del hombro, la respiración vuelta a la calma. «¿Ya se lo dijiste?», pregunta por fin Eduardo mientras le peina el cabello con una mano. Lo haré sin falta mañana, después del control con el pediatra, le responde Antonio, mirándolo seductor con sus dos pozas mellizas.

El brujo

Nedy Cristina Varela

Su oficio era ser un brujo fracasado. Andaba tirando del caldero negruzco y maloliente por los caminos alejados del pueblo.

Llevaba los conjuros escritos en páginas miserables y sin renglones, por eso se le caían las letras o a veces toda una palabra, pero él las miraba con ojos lagñosos y abúlicos y las dejaba chillando en el camino.

Esos escritos lúgubres y con faltas de ortografía otras veces eran llevados por ráfagas de viento como hojas amarillentas de otoño, y terminaban perdiéndose en la distancia.

Su anillo no tenía brillo. La escoba, que otros brujos altos y buenos mozos usaban como naves aerodinámicas para introducirse velozmente en las alcobas de las doncellas desesperadas, era un palo viejo y apollado que tenía al final aspecto de peluca desteñida y tosía mientras volaba.

Su atuendo de brujo, el que su augusto padre, el brujo mayor, decano de todos los brujos le había entregado siendo él un tímido muchacho flacuchento y desgarrado, le había cambiado de inmediato el aspecto.

Ahora era jorobado, picado de viruela y pati-chueco.

Su padre, ante esa señal maligna, predijo su destino y le señaló la puerta de la calle.

Luego de esa señal, una luz extraña lo elevó y como brujo mayor que era, lo envolvieron todos los colores del arco iris y desapareció sin decir palabra.

Su madre, que había colocado tiernamente sobre su cabeza el gorro negro y lustroso con punta bien afilada, ala firme y graciosa heredado del padre de su padre, mago y señor del bosque de la fantasía, vio como el cabello ensortijado de su hijo se convertía en ese mismo instante en duras fibras tiesas y grasientas que dejaban ver descampados de cuero cabelludo sin cubrir. Ante esa señal también su madre le señaló la puerta y, hecho esto, se transformó en una enorme mariposa blanca que voló a través de la ventana hacia el cielo azul.

Con la puerta abierta y las señales inequívocas de que tendría que irse, decidió hacer caso a su destino y emprender el duro camino de rodar por las calles desempleado.

De pronto, vino a su mente de brujo la imagen de su querida abuelita y decidió ir hacia su casa. Tocó la puerta con el corazón en la garganta. Su abuela lo recibió con cariño y hasta lo abrazó riendo y palmeándolo efusivamente mientras le decía: «Mire muchacho, yo no sé quién es usted, no lo conozco, pero el disfraz que tiene puesto, ¡es el peor disfraz de Halloween que he visto en mi vida! Mejor que lo cambie, dijo riendo a más no poder, porque no se parece en nada a un brujo».



Un viaje inesperado

Nedy Cristina Varela

Hace días que lo encontraba inquieto, distinto, no sabría exactamente qué era pero algo le pasaba.

De noche se daba mil vueltas en la cama, prendía y apagaba la luz hasta que yo resoplaba con rabia porque no me dejaba dormir; entonces, se quedaba quieto, pero yo sabía que no dormía.

«Las polillas están terribles», le dije esa mañana. «¿Viste cómo me dejaron el tapado? Lo único que me queda es hacer tiras con lo que se salvó para ver si puedo hacerme un saco con algunas partes de piel y el resto de lana».

No sé qué le pasó, pero me miró raro y luego observó largamente los pedazos de piel que iban quedando arriba de la cama, mientras que otros pedazos carcomidos quedaban en el piso esperando su fin.

Esa tarde lo sentí que silbaba y de reojo me pareció que se reía, pero no le hice caso. Creo que está entrando en la edad difícil, los hombres dicen que no la tienen, pero está demostrado que sí, y que es más severa que la de las mujeres.

Esa noche se acostó más temprano. Cuando llegué a la cama, roncaba plácidamente. Me dieron ganas de despertarlo, como tantas veces él había hecho conmigo, pero no lo hice, y me metí en la cama sin hacer ruido.

Realmente estaba cansada, así que me quedé profundamente dormida.

De pronto sentí una voz que me llamaba.

Medio dormida intenté prender la lámpara de la mesita de luz y la misma voz me dijo que era suficiente la luz de la luna que entraba por la ventana, que no era necesario encender la lámpara.

Me costó reconocer que era la voz de mi marido porque tenía un tono más bien ronco, casi salvaje. Me fregué los ojos con los dedos e intenté ver lo que sucedía.

Había una figura parada contra la ventana que sostenía la cortina, mientras la luz de la luna se colaba por la persiana que estaba semi abierta.

Pensé que estaba soñando, pero no; no lo estaba, porque al correr la mano, que ya estaba próxima a la lámpara, se cayó el portafotos con la foto de los neños que me hacían adiós desde Manhattan, donde se habían radicado hacía diez años y también la foto de nuestros nietos que estaban entrando a la escuela metidos en la nieve.

Así que confirmé que estaba despierta.



—Soy yo —dijo la voz del hombre en la penumbra—. Soy tu Tarzán que te vengo a buscar para que hagamos un viaje por la selva.

Creo que mi boca asombrada fue un hueco enorme y negro.

—¿Pero qué querés? —le dije, mientras trataba de incorporarme para sentarme en la cama.

—Eso... que viajemos juntos por la selva. Mirá, acá tengo la liana, si te agarras a mí muy fuerte te puedo llevar a conocer lugares increíbles.

—¿Pero te volviste loco? ¡Prendé la luz y dejate de pavadas, que el único viaje seguro que vamos a hacer es al cementerio!

—Por eso... Antes, quiero que vengas conmigo, eres mi compañera como lo fue Jane de Tarzán y así recorreremos...

—Pará un poquito, creo que tanta serial del Discovery te dejó trastornado. Tarzán ya murió y su amor era ficticio. Me parece que te estás haciendo la película.

—Lo sé, pero me gusta revivirlo a mi manera... Mirá acá tengo la liana —dijo, tomando la cortina y enrollándola alrededor de su brazo—. Ya siento los pájaros en la selva que nos llaman para iniciar nuestro viaje ¿No sentís el perfume de los árboles y la vegetación?

Cuando iba a contestarle unas cuantas palabras, que no deseo dejar registradas en la historia, mis narinas se agrandaron, sintieron inexplicablemente un olor fresco, vegetal, como a pasto recién cortado.

El hombre, o sea mi marido, flacucho, desgarrado y alto, ahora parecía más esbelto a contraluz y hasta me pareció verle una musculatura muy sugestiva en los brazos y el tórax.

Si estaba loco, no me costaba nada seguirle la corriente, total, ¿qué podía perder? A lo sumo lograría que se acostara y se tranquilizara. Mi madre siempre me dijo que a los locos hay que seguirles la corriente.

Traté de mover lentamente mi cadera, que dolió por la artrosis, estiré mis piernas hasta llegar al borde de la cama y luego traté de ir arrimando el resto del cuerpo para ver si lograba incorporarme.

Ahora ya estaba casi completamente sentada en el borde de la cama. Tarzán mostraba sus brazos firmes y me estiraba sus grandes manos para que lo acompañara.

De pronto noté algo raro en mi camisón, pero también vi el taparrabo de piel de Tarzán. Se juntaron las dos sensaciones y me pareció reconocer, entre tanto cambio inesperado, esa piel parecida a la de mi saco de nutria, cubriendo sus partes más íntimas.

Miré de nuevo la piel que se movía insinuante sobre unas piernas masculinas y fuertes. Luego traté de reconocer en la semi penumbra qué le había ocurrido a mi camisón de franela con botones, pero solo quedaban pedazos, casi mínimos recortes de lo que había sido. Me costó adaptarme a esa nueva creación que me cubría apenas.

Entonces reaccioné. ¡Era demasiado! ¡No aguantaba más!

Quizás me había drogado sin darme cuenta con las últimas píldoras que me había dado el médico. Hora no recuerdo cuántas tomo. ¡Es que tomo tantas! Unas para la depresión, otras para la presión, otras para el colesterol malo, otras para no sentirme mal, etcétera, etcétera. A lo mejor, todo ese cóctel me hizo este efecto.

—¡No va más! —dije en voz alta— ¡No puedo!

Entonces, mi marido, o sea Tarzán, tomó mi breve cintura (que recién me doy cuenta ahora luego de mis embarazos y de los años, que la tengo tan breve) y me atrajo suavemente hacia él.

—Es solo un rato —dijo— no te pongas nerviosa, dejate llevar...

No les contaré el viaje por la selva. No sea cosa que nuestras pieles se conviertan de nuevo en un tapado de nutria.

Una madre

Nedy Cristina Varela

Corrí escaleras abajo. El cinturón de mi gabardina quedó atrapado en la puerta del edificio y tuve que dar un tirón para lograr que se soltara.

El tiempo amenazaba lluvia. El piso estaba húmedo y el calor era sofocante y pesado. Tenía que recorrer varias cuadras hasta mi oficina y mis pies se apresuraban tanto que se tropezaban entre ellos como estúpidos.

De pronto, sin que me diera cuenta comenzó a seguirme.

—¡Sh! ¡Fuera! ¡Andate! —le dije, levantando mi mano amenazante.

Pero sus ojos estaban fijos en mí como quien mira una tabla en medio de un naufragio.

Doblé rápido en una esquina para perder a ese bicho inmundito de vista. Igual reapareció de la nada, como si sus partículas se volvieran a reunir detrás de mí, juntando todos esos huesos en punta saliéndose casi del cuero.

No quería mirarlo, pero todos me miraban a mí y a él como si fuéramos uno solo, y yo hubiera dejado un pedazo mío caminando detrás, sin documentos.

Pasé por la parada sin mirar, pero todos los que estaban aguardando el ómnibus se volvieron hacia mí como interrogándome sobre lo que venía después de mí, como una sombra.

¡Cuánto falta! Si hasta parece que la oficina está más lejos o las calles son más largas o yo qué sé.

Me sigue, de pronto se para y se muerde como desesperado, se arranca los pedazos. Se agita desesperadamente y se revuelca. Las pulgas lo deben estar comiendo vivo...

Entonces las veo, penden, son muchas, parecen campanas muertas, sin su música. Ahora que se rasca y se muerde las puso en evidencia, se mueven alocadamente siguiendo su mordida, desplazándose sobre su vientre mientras ella se muerde y sangra. Es una perra. No me da pena, se lo merece. ¿Quién la mandó tener cría? ¿Por qué no se quedó con su dueño?

Ese collar viejo que lleva en el cuello dice que alguna vez lo tuvo.

Ahora comenzó a gotear. ¡Lo que me faltaba! ¡Empaparme!

Debo llegar en hora y prolija. El gerente no quiere que estemos desaliñadas y mucho menos con el pelo mojado.

¡Puf! ¿Qué hago si llueve?

Ya bastante tengo con que el uniforme que hicieron para todas a mí no me entró, y él con voz socarrona me dijo: «Te conviene cerrar la boca, ¿sabés?», y



mirándome con cara de desprecio, agregó: «Menos pasteles, menos harinas...».

Me sigue.

Tiene muy poco pelo y se le nota la piel rugosa y desagradable.

El pelo es casi blanco y raleado, tiene costras de color amarillento pegadas en el lomo. Se parece a los leprosos que una vez vi en un libro, miserables y llenos de huecos en la piel como carcomidos por extraños seres invisibles.

Creo que también tiene sarna. En la punta de las orejas y en el hocico la piel es rosada y ardiente; allí se acabó todo el pelo que quedaba y parece que un fuego mudo le quemara la piel. Aunque demore, voy a girar en esta rotonda de la plaza para marearla y dejarla sin aliento. ¡No quiero que me siga más!

La lengua es larga y seca y yo ya no llego a la oficina; lo sé aunque no mire el reloj. Creo que es tan áspera que debe ser como el rallador de mi abuela, y aún no sé por qué me sigue.

Ya falta menos, pero está oscureciendo porque se acerca una tormenta. La calle que viene es empedrada y solitaria. Varias veces han asaltado a muchachas por aquí. Disminuyo el paso con temor y miro entonces hacia atrás buscándola. Viene. Sigue viniendo. Escuálida, con el cuero pegado a los

huesos, las patas marcando un paso dudoso, desajustado; casi sin paso. La boca abierta; la lengua y sus tetas pendiendo al unísono. ¿Acaso mordería al que me ataque? Más bien pienso que le daría risa mirar su aspecto miserable. Los ojos vidriosos continúan mirándome como pidiendo auxilio o preguntando, o quizás rogando, no sé.

No me interesa.

En el próximo semáforo cruzo con la luz roja para dejarla atrás definitivamente, a lo mejor un auto me hace el favor de sacarme de encima este bicho...

La roja.

Aprieto la gabardina contra mi cuerpo y no dudo; cruzo en un salto, sin respirar siquiera mientras un foco me ilumina.

Lo logré, pero no veo nada.

Trato de mirar si me sigue y todo está oscuro.

Camino, pero las piernas no me responden y un dolor terrible me avanza desde la cadera hacia arriba, como un balazo y un líquido caliente y viscoso corre por mi cara. Siento voces, ruidos, todo lejano y confuso.

Alguien tira del cinturón de mi gabardina y no me deja ir, mientras me besa con un beso de madre, con una lengua áspera, escuálida y seca.

Le faltaron cuatro reales

Katia Alexandra Velásquez Martínez

*La pericon se ha muerto no pudo ver a la meica
Le faltaron cuatro reales por eso se cayó muerta...*

Violeta Parra

Fue la abuela Josefa, la que ya usaba bastón cuando por primera vez pisó nuestra isla.

Todo su lado izquierdo era un porfiado — y gracias a Dios el izquierdo—, porque si hubiera sido el derecho nunca habríamos conocido todos esos cuentos de los *Ojos de Marco León que son de hembra y no de varón*, *Las tres naranjas*, *Los siete cuervos*, y otros.

La misma abuela que de chica en su primer día de clases, marcado con la fatalidad, le castigaron nunca supimos por qué. Tal vez por desafiar la disciplina, por hablar un poco más fuerte, o tan solo por ser mujer y además inteligente. El castigo consistió nada menos que en quedarse quieta, arrodillada a la vista de todos los que pasaban, sosteniendo un ladrillo en cada mano y un palo de escoba atravesado en la espalda.

Luego de cuatro horas y levantado el castigo, la Josefa de siete años corrió de vuelta a su casa sin detenerse ni para respirar. Ni siquiera con ruegos consiguieron que volviera a la escuela.

No hubo forma de convencerla; sin embargo, aprendió a leer y a escribir sola. Y aprendió de historias y de cuentos. Con su memoria privilegiada mantuvo a todos los nietos interesados en los cuentos, y a su propio hijo Antonio interesado siempre en las letras.

Con los años le costaba leer, por eso acostumbraba reunir a la familia en las tardes y hacer lectura común. Cada uno de los nietos debía leer al menos media página. Así fue como el repertorio de cuentos y de historias de los niños se ampliaba cada vez más.

Los niños querían a la abuela y respetaban el bastón. Pero eso no impedía que hicieran travesuras. Una mañana decidieron embetunar el baño con cáscara de plátano, seguros de que la abuela se caería no más entrar en el recinto. El golpe fue tremendo pero afortunado, no hubo consecuencias mayores. Ninguno de los cinco niños dijo «yo fui», por tanto el castigo con la consabida manguera llegó por parejo desde la mayor al más pequeño.

Esa tarde, ella no se levantó de la cama, tampoco el día anterior ni el que le precedía.

La abuela Josefa siempre decía que a la cama había que hacerle la guerra porque era una tramposa que cuando te atrapa no te suelta. Había que mantenerla a raya, por eso ella, aunque arrastraba su lado izquierdo, siempre se levantaba.



En el último tiempo todo era más difícil, debían llevarla a todas partes de a dos personas y el bastón ya no era útil.

Todos los nietos, ya mayores, guardaban silencio. La abuela no se levantaba y eso era muy raro.

Escucharon cuando, con voz entrecortada, pedía que le llamaran un médico. Que por favor un médico la fuera a ver a la casa.

Y eso era imposible, eran pobres, cada vez se hicieron más pobres después de la estafa del primo de Antonio, que se quedó con la plata del arriendo en Punta Arenas. Y las costuras de María ya no alcanzaban, aunque se quedaba cosiendo hasta las tres de la mañana.

Por suerte, todavía las clientas le regalaban papas y leche, y para que la pobreza no se notara tanto, María hacía papas bechamel, muchos días a la semana.

La abuela Josefa pedía un médico. Y lo tuvo.

En el último momento, como en los cuentos, cuando ya parecía todo perdido, apareció un médico

joven, de bigote, de voz pausada y esperanzadora. La abuela se durmió tranquila, serena en sus noventa años bien vividos, quizás no alcanzó a recapitular en lo afortunada que era de haber conocido el mundo de Pliego en Murcia, Punta Arenas y Ancud, y todo ese mundo de las historias de los cuentos de sapos que se convierten en príncipes, de parejas que son felices cuando se encuentran y se casan, o de mujeres que se hacen pasar por hombres y que finalmente permiten reivindicar a la mujer desde los comienzos del siglo antepasado.

Se durmió con la esperanza de seguir viviendo y aprendiendo.

Nunca supo que fue la Delfina, la segunda de las nietas, la que en su mayor acto de consuelo o de misericordia tomó el bestón menos usado de su padre, un sombrero, se pintó el mejor bigote y habló con voz serena, pausada, de médico.

A la memoria de Josefa Lara Cánovas. Nacida en Pliego y fallecida en Ancud en 1938.

El coraje del ser

Sentipensamientos medicinales.

Camino de integración poético prosaico

Luis Weinstein

*Sabemos lo que somos, mas no sabemos
lo que podemos ser*

Shakespeare

*Cada uno es como Dios lo ha hecho,
pero llega a ser como él mismo se hace*

Miguel de Servet

*A veces uno es tan distinto de sí mismo
como de los demás*

La Rochefoucault

Introducción

El coraje de ser es, para nosotros, una propuesta inseparable de la salud integral y de la toma de posición por un desarrollo humano inspirado en el nuevo paradigma cultural básico.

En el coraje de ser se integran el ser, lo fundamental, lo que es, el nivel ontológico, con una dimensión ética, la afirmación del ser, a escala humana, en desmedro de todas las dificultades y limitaciones de la vida, con el terreno propio del desarrollo personal y del compromiso social y ecológico, en otras palabras, con la higiene en su sentido más amplio.

Se aprehende, se ama, se llega a identificar con el coraje de ser, de muy diversas maneras, a través del diálogo, con el ejemplo, con la inserción en compromisos y servicios sociales, educativos, de salud, comunitarios, ecológicos; con lecturas, con meditaciones.

La espiritualidad se llama también coraje de ser.

El coraje de ser es integrador, es central, es inseparable de la justicia, de la sabiduría y de la espiritualidad.

Comprende, entre muchas dimensiones:

Coraje de dar la mano a tiempo.

Coraje de ser parte de los otros y del todo.

Coraje de ser separados e integrados.

Coraje de vivir a orillas del misterio.



Coraje de militar en lo oscuro radiante y en el frío de lo claro.

Coraje de amar la vida y desear su evolución.

Coraje de comprometerse y de desapegarse.

Coraje de conocer el temor, asumirlo, hacer algo parecido a domesticarlo.

Coraje de convertir la experiencia en información, en conocimiento, en sabiduría, en espiritualidad.

Coraje de convertir la espiritualidad en creación.

Coraje de convertir la creación en amistad.

El coraje de un valiente que asume la finitud

El Mito de Adapa

Desde el sentido común actual, se hace una fosa divisoria entre la valentía y el miedo. O se centra la atención en exaltar la valentía o en descalificar el miedo. No es habitual la integración de un comprender nuestra vulnerabilidad y, al mismo tiempo, asumir nuestra responsabilidad de actualizar nuestras potencialidades y acercarse a nuestros límites. Desarrollar la comprensión del miedo y ampliar, enriquecer la aptitud para hacer frente a los peligros, para identificarse con lo humano, con el desarrollo de lo humano.

El mito de Ícaro apunta al valor de aceptar la finitud, de discriminar entre lo valiente, en ese caso volar un largo trecho sobre el mar con alas de pluma y cera, y el ser temerario, omnipotente, como fue el que Ícaro volara hacia el sol.

El mito de Adapa, de la cultura de la antigua Mesopotamia, pone de relieve algunas dimensiones de la valentía y de su límite con la temeridad. Se encomia el valor, la valentía de asociar el compromiso y el desapego.

Adapa era un tipo especial de héroe, un benefactor, educador de su pueblo. Con ascendencia divina, protegido del dios Ea, era, sin embargo, un humano, un mortal.

En una ocasión, de pesca por el Golfo Pérsico, se desencadenó un viento terrible y, a pesar de todos sus esfuerzos, su bote naufragó. Indignado, Adapa golpeó al viento, el dios causante de su desgracia. Para algunos, la consecuencia fue la fractura de un brazo, para otros, un traumatismo encéfalo craneano del personaje divino. Los testimonios son muy dispares. Sin embargo, coinciden en la consecuencia: Anu, el

dios supremo, requirió la presencia de quien era acusado de golpear a un dios.

Adapa no vaciló un instante. Partió a dar su testimonio. Lo llevó a cabo con absoluta humildad y honradez. Anu, impresionado, quiso hacerlo dios y, para ello, le ofreció los alimentos correspondientes. Adapa, muy puesto en su proyecto humano, desapegado, rehusó, con toda la cortesía del caso y retornó a la tierra, a su ciudad, a seguir educando, compartiendo sus nuevas experiencias, al compromiso. A su proyecto. Mostró coraje de ser humano, coraje de ser.

Preguntas acercándose al coraje de ser

¿Coraje de ser?

¿Uno de los colores olvidados por el ser en las primeras arenas?

¿La guinda del regalo de ser que todos recibimos?

¿Un hijo del ser en sus instancias de juego?

¿Una compensación por nuestra finitud?

¿Ceniza viva del nacimiento del ser?

¿Una copia tenue de la rienda que permite la armonía del permanecer y el cambiar?

¿Uno de los rostros de la Amistosofía?

¿El saludo de un adulator al anhelo de infinito?

T2Posibles mini-aforismos para meditar sobre el coraje de ser

Coraje de conocer el temor, asumirlo, hacer algo parecido a domesticarlo.

Coraje de convertir la experiencia en información, en conocimiento, en sabiduría, en espiritualidad.

Coraje de convertir la espiritualidad en creación.

Coraje de convertir la creación en amistad.

Coraje de convertir la amistad en sabiduría.

Coraje de asumir la sabiduría de vivir el secreto: La espiritualidad se llama coraje de ser.

La amistad como una expresión del coraje de ser, un regalo y un desafío en la tarea y el juego de ser humano

El gran desafío de la práctica de la amistad, su intuición, comprensión, valoración, búsqueda... es, en buena armonía, dejarse guiar por las vivencias, las experiencias, los diálogos y, a la vez, ir formándose, asumiendo, junto a su espontaneidad, su complejidad, a la par de lo más preciso y particular, las grandes nociones sobre la integración de:

La independencia y la reciprocidad...

La identidad existencial y la de pertenencia...

Los límites del yo y la relación dialogal...

La complementación entre la atracción y el respeto...

La diferencia y el valor relativo de relaciones que se basan en el conocerse, el utilizarse, el protegerse, el disfrutar juntos, el acompañarse, el ejercer poder, el quererse, el comunicarse, el desear el bien del otro, el tender a la promoción de las existencias mutuas, al irradiar amistad...

En el trasfondo, el hilo conductor del estar muy presente en los avatares de la vida, sin abandonar la apertura al desarrollo personal, la visión integradora y la lealtad al misterio.

Podemos decirlo de muchas maneras, pero lo cierto es que la tan familiar, la tan querida, la tan multifacética amistad, tiene alcances que exigen profundizar en las bases de las ciencias políticas, de la psicología, de la antropología filosófica, del sentido común, de nuestros proyectos de vida, de lo que está más allá de nuestro alcance.

Más simple: la amistad es un maravilloso fruto silvestre, un regalo y, al mismo tiempo, el fruto de un cultivo esmerado en el que hay que jugarse como parte esencial de la coexistencia. Vivir el coraje de ser.

El coraje de ser, el poder de ser y el encuentro

El coraje de ser requiere de un poder ser y de un poder tener ese tipo particular de poder que es el coraje de ser.

El poder sano sostiene al coraje de ser. El coraje de ser... orienta hacia el poder sano. La salud integral comprende el poder y el coraje de ser.

Agradeciendo el poder de ser.

Aprendiendo el poder de coexistir.

Asumiendo el poder de crecer.

Tejiendo arco iris de posibilidades.

Teniendo en mapa fronteras.

Temiendo muros hirsutos y arboles venenosos.

Tuteando a la pareja del Misterio y la Creación.

Tendiendo a alianzas del tú y el nosotros.

Tocando las búsquedas de completad.

Agradeciendo el poder de ser.

El Coraje de ser coexiste, se integra con el poder sano, con la amistad, con la pregunta, con el encuentro...

Hay muchas dimensiones e infinitos encuentros.

Aquí van cinco posibles motivos de conversas, de motivaciones, de escritos sobre encuentros de muy diferente índole:

Coraje de ser

es ser encuentro.

Encuentro del tú

sin perder el yo.

Honda certeza

en el misterio.

Dentro de sombras

encontrar soles.

Complementarse

con los no amigos.

Todo eso puede ser, pero en lo que seguramente vamos a concordar es en lo expresado por Martín Buber: «Toda vida verdadera es un encuentro».

Encuentro con uno mismo, con el otro, con lo humano, con el todo, con el sentido.

Con el coraje de ser, como camino y como meta.

Reencuentros

Guillermo Witto Arentsen

Me abrazó con fuerza y en ese abrazo sentí todo su miedo y en ese miedo todos los miedos de quienes nos rodeaban. El olor de su pelo me recordó la tierra húmeda del sur. Quizá fueran tres las semanas que no se lo lavaba. Su chaquetón de Castilla tenía impregnada una materia grasosa que apelmazaba su tejido. Las rodillas de su pantalón estaban rotas, lo habían mantenido durante horas de rodillas, con sus manos cruzadas sobre la nuca. Su respiración agitada parecía mostrar más ansiedad que cansancio.

—¡Te lo dije! —me susurró al oído—. Te dije que no había que entregarse voluntariamente.

Se me puso un nudo en la garganta. No supe qué decirle. Un conscripto de no más de 19 años, de rostro pálido y ojeroso, su rostro tatuado de espinillas, me punteo las costillas con el cañón de su fusil Mauser.

—¡Córtala huevón! Pareces su amante. Se acabó el tiempo —me grito al oído. Me alejé retrocediendo lentamente, las manos a los costados, mostrando las palmas abiertas y vacías, como implorando piedad.

Al llegar al pórtico giré lentamente sin volver la cabeza. La última visión que tuve de él fue una sonrisa forzada y su mano izquierda levantada, a la altura de la oreja, con el puño cerrado, como dándome aliento. El portón de metal se cerró tras de mí con un quejido de dinosaurio prehistórico. Nunca más volví a verlo con vida.

Hoy me encuentro frente a un mesón cubierto con un gran paño de fieltro color burdeos. Sobre él, y muy ordenaditos, huesos, huesos enteros y trozos de huesos y arriba, en un extremo una calavera con una sonrisa forzada. Me quedo mirando largo rato en silencio. Busco algunos indicios de tortura. Nada. Solo el orificio perforando el cráneo a la altura del parietal derecho y una esquina de la mandíbula arrancada.

—Por allí entró la bala —dijo la tanatóloga forense. Colocando su lápiz a través del orificio me describía claramente la trayectoria del proyectil—: Lo ajusticiaron de rodillas, con las manos atadas con alambres en las muñecas —levantó un hueso largo y me dijo—: Este es el radio, ¿Ve estas marcas? —asentí imperterritito—, son las huellas del óxido en el hueso. Queda marcado con el tiempo.

En una bolsa negra están sus pertenencias. Aquellas cosas que estaban en sus ropas cuando fue sepultado. El reloj Orient que le regaló papá cuando terminó la secundaria, un llavero con sus llaves enmohecidas y una billetera. Me



la entrega sin mirarme. La tomé por una esquina y registré sus compartimentos. Billetes en «Escudos», y una tarjeta de presentación. Había, además, un papel con varios dobles, que luego de estirarlo muestra una dirección y un nombre.

—Esto estaba dentro de uno de sus zapatos —me confidencia el auxiliar, con tono compasivo.

Cuando salgo a la calle, luego de recorrer los largos y oscuros pasillos del Servicio Médico Legal, me enciegece la luz. Mis ojos lagrimean y debo pestañear muchas veces antes de acostumbrarme a la claridad del mediodía. Me detengo unos momentos antes de bajar los escalones que me conducen a la acera. Miro el cielo de Santiago, azul y extrañamente transparente y suspiro profundamente. El ruido de los bocinazos y el murmullo soterrado de mil conversaciones al unísono me vuelven a la realidad. Ubico el tarro de basura más cercano y me acerco despacio. Levanto la tapa y arrojo en su interior todas aquellas cosas que me entregaron, menos el papel con el nombre y la dirección. Ya tendré tiempo de averiguar quién fue Daniela. La de Las Dalias 2134. No hay, por ahora, ningún apuro.

Era una casa pareada de dos pisos con un pequeño antejardín mal cuidado. Habían levantado la reja colocándole unos amenazantes «dientes de tiburón». El barrio, de clase media empobrecida, tenía casi todas sus murallas rayadas con groseros grafitis. En la esquina más próxima se observaba un almacén, cuya puerta de entrada, ubicada en el vértice de la construcción, tenía el portón metálico a medio cerrar, pero adentro había luz y se escuchaba una ranchera mexicana.

—Aló —grité hacia el interior. A los pocos momentos un hombre calvo y de barba mal rasurada levantaba el portón y me quedaba mirando con gesto desafiante—.

—Qué necesita... estamos cerrando.

—Quiero saber por la gente que vive en la casa blanca, de dos pisos —le dije mientras señalaba con el dedo índice.

—Allí vive una señora con sus dos hijas y un nieto, no están ahora, pero deben estar por llegar ¿Por qué pregunta?

—Necesito recabar alguna información sobre mi hermano. Él está muerto y debo cerrar un círculo averiguando que pasó con él antes de morir.

—Si quiere puede esperar aquí. Se compra una cerveza y me regala otra a mí —me sugirió, mirándome con picardía.

No fue necesario aceptar la invitación. A los pocos minutos, las luces altas de un vehículo girando la esquina, distrajeron nuestra atención. Lentamente aparcó frente a la casa y una mujer morena y delgada se apeó del furgón utilitario color amarillo —que con toda certeza era ocupado como transporte escolar— y se dirigió a abrir la reja metálica. Entonces apuré el paso y me acerqué por la espalda. Ella se volteó bruscamente y me dijo con un gesto de terror:

—Lléveselo, pero no me haga daño —mientras me pasaba las llaves del vehículo.

—No tema, no voy a asaltarla —le contesté—, solo quiero hacerle unas preguntas.

Ella tranquilizó su respiración acezante.

—Usted dirá, dijo.

—Quiero saber si usted conoce a una mujer de nombre Daniela, que debe haber vivido en esta casa a principios de los setenta —le pregunté mientras nos acercábamos hacia la tenue luz del farol de la calle. Fue en ese momento que distinguí unos inmensos ojos verdes bajo unas pobladas cejas negras y mi espalda fue recorrida por un calosfrío.

—¿Jaime eres tú? —me inquirió en tanto comenzaba a dibujarse una sonrisa en su rostro.

—¿Ángela? —le dije—, y no alcancé a recibir una respuesta. Un abrazo estrecho y largo fue la certeza que volvía a encontrarme con la que fuera mi primera novia.

—«Daniela» era mi chapa, mi nombre político de batalla, así como «Alejandro» era el nombre de tu hermano mayor, el que me reclutó para militar en el movimiento unas pocas semanas después que terminó nuestra relación. ¿Qué es de él?

—Mauricio falleció en octubre del setenta y tres, pero recién hace un mes hallaron sus restos en el patio 29 del Cementerio General. Entre sus pertenencias encontraron, oculto bajo la plantilla de su zapato, un papel con este nombre y esta dirección.

—La casa de mis padres era una Casa de seguridad —me dijo—. Tu hermano debería haberse presentado acá los días posteriores al golpe, pero nunca apareció. Tú entenderás que era riesgoso averiguar más datos —me dijo mientras bajaba la vista al suelo.

La abracé largamente y ambos comenzamos a llorar. La noche caía sobre Santiago, pero en nosotros amanecía otra vez.

Poesía

Sombra

Carlos Alegría Jaque

Dime al menos de dónde eres.

—....

Dime si sueñas películas de amor.

—....

Dime si vuelas al menos en globo.

—....

Dime si galopas caballos percherones

—....

Dime si escuchas detrás de las puertas.

—....

Dime al menos tu nombre
aunque solo sea para el ensalmo.

—....

Dime cómo te llaman
para inventarte otro nombre
otro olor
otra sombra...



Tinto

Carlos Alegría Jaque

No todo es poesía...
A veces es vino y el lagar
es el fuego intenso de los pies rotos,
de las espaldas rotas
y de los surcos de las caras rotas.

A veces el vino tiene sangre
y es más vino y es más tinto...



Desierto de Atacama

Carlos Alegría Jaque

A los asesinados en el desierto.

Mil huesos rotos envueltos en el viento escarcha,
pasadizos sin piel, tornasoles de espera,
agua que no corre en sus ríos,
solo la camanchaca los nutre y el sol
los olvida cada día.

Cada espera abre los ojos sin cuenca
cada cuenca espera miradas ausentes.

Los buscan los que parieron sangre espesa...
los dejaron los que amaban a sus hijos
y que olvidaron el canto el abrazo el día claro.

La noche que golpea la retina no ve sueños
solo manchas pegajosas,
coordenadas de locura, nauseas, golpes en la nuca
incendios abruptos y el intestino abierto
que no llora.
Te juro que nunca más...



Trigo

Carlos Alegría Jaque

Te salí a buscar en tu nombre casi perfecto
mezcla de sal de mar y alcachofas amargas,
de trigo verde y albahaca en flor...
y por fin te encontré,
arrodillada en una acequia
suplicando por el sol y la húmeda tierra,
mirando el mar...

Levántate... ya va a llover.



Sol

Carlos Alegría Jaque

En el último segundo de vida
cuando ya solo quede niebla oscura y
poca luz en los jarros,
voy a desertar de mi silencio,
voy a desterrar el sonido de la magia
para hacerlo vivo...

Me compraré una flauta atravesada
y con las corcheas que naufraguen
recompondré mis huesos vagabundos,
...saldré a buscarte en los panales de miel
galopando en las cenizas del huracán de ayer
y ese segundo será eterno...

No me iré sin besar tu cintura,
sin devorar tu mano blanca,
sin rozar tu pie derecho
con mi boca ávida de sol,
para que mi último segundo vida
y mi espejo
también sean tuyos...



Ciudadano

Carlos Alegría Jaque

Sí me importa lo que soy
lo que escribo
lo que canto...

Soy corrupto de seso,
leso de amores por prostitutas de barrio,
y mi culo me obliga a pasearlo
en un último modelo.

Contradecir a los dioses me subyuga
y soborno a los santos cada vez
que me golpeo el pecho,
con la pérfida inocencia
de un pedófilo cardenalicio.

Me doy perfecta cuenta... soy un buen ciudadano.

Archiduque Karl von Fimb. Abril 2016



Sobre amar

Josyanne Rita de Arruda Franco

Há várias maneiras de amar...
Ama-se de um jeito manso e de um jeito quente.
Ama-se quem nos ama e quem nos mente.
Ama-se quem nos realiza e nos transforma.
Ama-se quem nos precisa pra dar-lhe forma.
Ama-se após uísque e aguardente.

Há várias formas de amar...
Ama-se pelo instinto ou consciente.
Ama-se na distância do amor platônico.
Ama-se, sem censura, no ardor do sonho.
Ama-se quem nos esgota e põe arreios.
Ama-se rompendo normas, perdendo freios.
Ama-se com amor suado e amor ligeiro.

Ama-se e pronto. Ama-se e só.
E se formata o amor no espanto,
na poesia, na dor do pranto,
mas ama-se com todo o encanto,
com a ternura de ser amor.

Ama-se com tal loucura e inclemência,
que o amor, insano, perde a decência
e rega o árido e cru deserto,
tornando errado o que estava certo,
rompendo dutos... Bueiro aberto.

Ama-se e a natureza aceita
o apelo forte que dor rejeita,
porque procura ser explosão
pra ter na alma a paz refeita
e ter no corpo gosto de pão.

Ama-se de um jeito manso e de um jeito quente,
assumindo e disfarçando tensão.
Porque amar desnuda o medo,
acolhe a dúvida, aceita o apelo,
mas só se ama por decisão.



Querer o abismo inexorável e cruento
e a ambivalência do eternizar fenecendo,
faz sucumbir com prazer ao que arrasta,
torna-se vício de ser feliz... Que desgraça!
Ama-se... e o amor é tudo... e nada basta!

Sobre amar

Josyanne Rita de Arruda Franco

Hay varias maneras de amar...

Se ama de una manera mansa y de una manera caliente.

Se ama a quien nos ama y a quien nos miente.

Se ama a quien nos realiza y nos transforma.

Se ama a quien nos necesita para darle forma.

Se ama después del whisky y aguardiente.

Hay varias formas de amar...

Se ama por el instinto o consciente.

Se ama en la distancia del amor platónico.

Se ama, sin censura, en el ardor del sueño.

Se ama a quien nos agota y pone arreos.

Se ama rompiendo normas, perdiendo frenos.

Se ama con amor sudado y amor ligero.

Se ama y listo. Se ama y solo.

Y se formatea el amor en el espanto,

en la poesía, en el dolor del llanto,

pero se ama con todo el encanto,

con la ternura de ser amor.

Se ama con tal locura e inclemencia,

que el amor, insano, pierde la decencia

y riega el árido y crudo desierto,

volviendo mal lo que estaba correcto,

rompiendo conductos... Alcantarilla abierta.

Se ama y la naturaleza acepta

el llamamiento fuerte que el dolor rechaza,

porque busca ser explosión

para haber en el alma la paz rehecha

y tener en el cuerpo sabor de pan.

Se ama de una manera mansa y de una manera caliente,

asumiendo y disfrazando tensión.

Porque amar desnuda el miedo,

acoge la duda, acepta el llamamiento,

pero solo se ama por decisión.



Querer el abismo inexorable y cruento
y la ambivalencia del eternizar feneciendo,
hace sucumbir con placer al que arrastra,
se vuelve adicción de ser feliz... ¡Qué desgracia!
Se ama... y el amor es todo... y ¡nada basta!

Stardust

Laura Caballero Canales

El pequeño punto azul
en que habitamos
no nos pertenece.

Nadie posee el tiempo
ni la vida.
Nadie elige si respira
o deja de hacerlo.

Decidimos, apenas
si plantar un árbol
o lo quemamos.
Si empuñamos la pala honrada
el bisturí, o la pizarra
para enseñar o sanar
en lugar de hipotecar el agua
vender el aire
y envenenar la tierra.

Decidimos apenas
conversar y construir lazos
cobijar y compartir
o acumular más aire
del que respiramos.

Nuestras manos dan belleza
y acarician
o destruyen y separan
y siguen siendo
las mismas manos.



Nuestras mentes viajan lejos
crean vida
dan sonrisas
pintan el mundo
de alegres colores
o compiten por matar.

Pero siempre
nosotros, humanos
cada uno
humilde o poderoso
podemos elegir
hacer la diferencia.

De amores y de búsquedas

Laura Caballero Canales

Vivir quiero conmigo

Fray Luis de León

Guardé el amor,
(valioso él)
tan bien guardado,
(no fuese a suceder que otra vez se me extraviara)
que olvidé dónde lo puse.

Quizás esté escondido en un viejo libro
u oculto debajo de mi almohada...
Guardado con la ropa del invierno,
esas fotos de mi infancia
o los trastos en desuso.

Lo cierto es que no aparece
por mucho que lo busque.
Hasta que me cansé de buscar
y dejé la ciudad en que no estaba.

Subí a los cerros, río arriba
y entre quillayes y maitenes me refugié.
Abrí postigos y ventanas
entró el viento y la montaña
llegó un zorzal a hacer su nido
y el sabor de los duraznos
me emborrachó sin apuros.

Y ahí estaba, desde siempre.
Esperándome en la Vía Láctea
al alcance de la mano.
En el cauce del estero.
Y en las noches silenciosas
siguiendo la escondida senda
camino al hogar
que ahora siempre llevo conmigo.



Aunque tengas raíces, vuela

Andrea Cabarrús Melgar

Quédate donde te sientas tú mismo;
vuela cuando sientas la necesidad.
Porque uno siempre sabe a dónde pertenece,
y en dónde, aunque tengas raíces
simplemente no puedes estar...



El sueño del dios dormido

Andrea Cabarrús Melgar

Ni arena, ni sal, ni mar.
Ni árbol o flor. Ni siquiera como el aire.
Estando fuera, sin estarlo realmente,
mas jamás estando adentro.
Un cuadro bidimensional
en el que estoy, sin ser.
No puedo ir o venir,
siempre viendo desde lejos, pero dentro.
Desde la seguridad de lo que jamás haré
para evitar más arrepentimientos.
Siendo, sin querer que me noten,
como la desconocida de un retrato de desaparecida,
siempre ligeramente familiar;
compadecida porque en el fondo sabes que jamás regresará.

Camino siguiendo las líneas del tren,
que van a ninguna parte porque jamás las terminaron;
el tren nunca se estrenó en esta parte del mundo.
Ahora soy yo la que recorre la vía por el simple placer de vivir perdida.
Caminando detenidamente,
inertemente.
Me siento un verbo ilógico, absurdo, porque no conlleva una acción.

Como el dios quien sigue dormido,
frente al espejo de la vida.
No soy el mar, ni la arena o la sal,
no soy bahía, ni playa.
Así me siento,
agua dulce, pesada, yendo sin saber a dónde,
queriendo despertar,
sin siquiera saber si de hecho existo...



Entre líneas

Andrea Cabarrús Melgar

Es gracioso,
(es muy triste),
como en medio de un buen momento
(allá en lo lejano de algún recuerdo),
sale una lágrima a divertirse
(como una sonrisa apagada),
robándose el instante,
(queriendo mitigar el dolor)
de lo que hace apenas un segundo
(aparentemente hace ya tanto tiempo)
era perfecto.
(Era un error.)



Los narcisos

Andrea Cabarrús Melgar

Veía caer la lluvia sobre los narcisos
desde la ventana del segundo piso.
Otro día más en que las cosas
no cambiaron.
Agachó un poco la mirada y reflexionando dijo:
—Mientras haya flores, tendré esperanza —suspiró.
—Los narcisos florecen todo el año...



La Playa

Amy Castro de Reyes

Como siempre apareces en mi vida,
cuando más te necesito,
cuando más estoy pendiente de ti
cuando siento que te has olvidado de mí...

Como siempre cual ráfaga de viento nuevo,
de viento fresco,
cual refrescante ola de pasión y de deseo.

Como siempre vuelves a mí
como vuelven las olas a la orilla
con su agua transparente y cristalina,
con sus conchas y su arena de marfil,
con su deliciosa agua tibia
como el agua tranquila en que algunas veces me metí.

Ah, cómo recorre por mi cuerpo esta extraña y sabrosa sensación
de paz y de deseo,
cómo me desarmas de amor con una frase,
como desatas mi pasión y desenfreno,
justo cuando estoy a punto de perder la fe.

En el preciso momento en que siento este mareo
y creo que no podría ser peor,
que las vertiginosas vueltas de la vida
me sacuden con violencia nueva
en el preciso momento en que estoy triste
por querer decir adiós...

Allí... apareces de nuevo en mi existencia
y vuelvo enloquecida
a ser tuya y a sentirme feliz.



Quintaescencia

Amy Castro de Reyes

—He aquí un grupo de cinco luces.
Susurraba el alma naciente.
—Quizá se trata de cinco velas.
Mencionaron los luceros resplandecientes.
Los ojos dulces, aún dijeron:
—Pues acercándonos a ver
solo alcanzamos a identificar
encendidas cuatro de ellas.
—No —razonó el cerebro, cuando la imagen le llegó.
—Yo solo he visto dos pares de velas.
Más el corazón que todo escuchó, aguzó el sentimiento
y entendió lo que el alma susurraba:
—He aquí un grupo de cinco luces.
Repitió el corazón a los incrédulos:
—Una madre que enciende cuatro cirios por sus cuatro hijos,
es la que produce la quinta luz.
Alma dulce, alma bonita,
que extraída de tu cuerpo,
de mujer exquisita
diste vida a tus cuatro elementos,
sutil, hermosa, perfecta, dulzura,
la quinta esencia eres tú,
¡oh! Madre bendita.



El intensivo de los sentimientos

Amy Castro de Reyes

Me sumerjo en el silencio de tu voz.
Me quedo quieta ante el innegable calor de tu recuerdo.
Tan solo quiero mostrarte todo y sellarlo con un beso
Y de repente sé que es solo un sueño... que aún no despierto.

Cuánto tiempo pasa en el cruel laberinto en que me encuentro
y solo quiero acallar las voces de mis adentros.

Me detienen en un sublime momento
para que deje de recordar
para que deje fluir libremente con libertad
el purísimo líquido que se derrama
de mis ojos, fundidos en cristal.

Negra noche. Muy sentida.
Larga espera, aun dolorida.
Nada es igual, pero así debía ser.
Lo que me espera es ver de nuevo el amanecer.

No hay dolor donde mi alma se encuentra.
Aun descansa relativamente serena.
Dormita forzosamente tras la ingestión de su medicamento
y duerme apacible y forzosamente en el intensivo de los sentimientos.

Nada la consuela, nada la atormenta,
descansa mi alma, en el limbo fuera de este planeta.
Se encuentra en coma, pero aún vive.
No sé si con la esperanza de volverse a despertar.

Por ahora está inerte en un mar del que no se si volverá.
Por ahora sueña, y espero que sean sueños de paz.

Por ahora solo emerge de vez en cuando en un tímido despertar.
Pero la vuelvo a medicar y se vuelve a descansar.



Alma mía, alma mía... me pregunto, ¿cómo estás?
Me pregunto si algún día lograrás escapar de tu
cárcel de algodón...
Si de repente con lo que te escribo...
emergerás... triste desde mi corazón.
In memoriam Rubén Flores Lemus

Gracias amor

Raquel Cifuentes Cabrera

Voy dejando atrás mis nostalgias,
mis tristezas y mi dolor,
y en el largo recorrer de la vida...
y al mirar hacia atrás...
aún persisten en mis recuerdos:
la paz de tu mirada,
la bondad de tu sonrisa
la calidez de tus abrazos
y tu algarabía por la vida.

Voy dejando atrás mis nostalgias,
mis tristezas y mi dolor,
y en los recuerdos nebulosos de mi mente
el recuerdo de tu ser se confunde
con el olvido y el dolor.

Y en la tristeza infinita de tu ausencia eterna
solo quiero decirte siempre, siempre
GRACIAS AMOR.



Aunque te hayas ido pronto

Raquel Cifuentes Cabrera

Aunque te hayas ido pronto
en la casa siempre estás...
en los ojos dulces de tu hija y
en la mirada tierna de tu hijo.

Aunque te hayas ido pronto
en la casa siempre estás,
en el verde jardín que cultivabas y
en la dulce cama que nos cobijaba.

Aunque te hayas ido pronto
en mi mente siempre está
el recuerdo amado
de tu risa franca.

Aunque te hayas ido pronto,
en mi alma siempre está,
la paz infinita de tu mirada
y el abrazo cálido de la madrugada.



Por la ruta de la eternidad

Raquel Cifuentes Cabrera

Por la ruta de la eternidad,
un día te fuiste para nunca volver,
era un día frío, lluvioso y oscuro.

Por la ruta de la eternidad
el río de mi pena arrastrando va,
sollozos y clamores, por tu ausencia eterna
de la que nunca volverás.

Por la ruta de la eternidad
en un féretro cargado de flores, yo te vi partir
y mi alma enloqueció de dolor.

Por la ruta de la eternidad
tu espíritu noble a los cielos subió
y en la ruta de la eternidad
algún día nuestras almas se unirán.



Quisiera contarte

Raquel Cifuentes Cabrera

Quisiera contarte amor mío,
que desde que te fuiste
el jardín reverdece en cada primavera,
que tus hijos y yo nuevamente sonreímos
ante el recuerdo dulce de tu ser amado.

Quisiera contarte amor mío,
que desde que te fuiste
la luz del sol ilumina a raudales nuestra alcoba
y que la intensa nostalgia por tu partida
se ha transformado en un dulce recuerdo
de tu ser amado.

Quisiera contarte amor mío,
que desde que te fuiste
tus hijos ahora han crecido,
que su mirada es también tu mirada
y que sus vidas son un bello recuerdo
de tu ser amado.

Quisiera contarte amor mío,
que nuestra casa es aún la misma,
que tus hijos son ahora jóvenes de bien,
y que la muerte desde su aposento
jamás podrá robar de nuestro pensamiento
el recuerdo hermoso de tu ser amado.



«Mi interior»

Mercedes Díaz Cuesta

Mamá por favor, ¿me escuchas?
Pues te quiero preguntar,
¿por qué hay tanta maldad
en el mundo en que vivimos,
por qué hay niños muy enfermitos
que no se alimentan bien,
que no tienen qué comer,
ni tan siquiera tomar,
tampoco felicidad,
ni una escuela a donde ir,
un hospital ni lugar
donde puedan compartir?
Estoy muy triste mamá
pues a través de tus ojos
yo lo observo todo, todo
lo que tú puedes mirar.
¿Y dónde tú estás mi hijito?
Estoy muy dentro de ti
pero no voy a salir
a donde todo está mal.
Yo no paro de pensar,
lo que allá afuera se siente
quiero que te desconectes
de mi condón umbilical.
No quiero ser como ellos
que no pueden ni pensar.
No te preocupes mi niño,
por suerte eso no te toca
cuando salgas verás otra
tierra muy diferente
de cubanos, de valientes
de amor y felicidad.
Yo solo estaba mirando
un triste documental



donde hay hombres que destrozan
a toda la humanidad.
No te preocupes mi hijito
no debes miedo sentir
pues lo que tú observabas
no ocurrirá en esta tierra
pues supimos defenderla
desde hace ya mucho tiempo.
Los niños están contentos
y son felices aquí.
!Anda chico, sal al fin!
que te espero con dulzura.
No mamá entonces cuídame
durante mis nueve meses
que cuando ya el tiempo llegue
saldré al fin de mi cuevita
para ver con mis ojitos
esta Cuba tan bonita.

Demasiado

Catherine Julia Fieldhouse Alarcón

... Y yo quiero... todo.
... ¿Qué estaba haciendo yo antes de nacer?
... Que me hayas engañado, que te hayas acostado con otra, te hace más normal, más humano. Antes eras perfecto. Demasiado.
—¿En que estás pensando mi amor?
—En que es lunes. El peor día —y te sonrío.
—Pero el lunes pasará rápido y pronto será viernes —y me sonrías.



Puntualmente

Catherine Julia Fieldhouse Alarcón

¿Y si cantamos canciones redondas?

Las de siempre.

¿Y si tomamos de la mesa servida y saciamos el vacío?

¿Y si corremos, dejándonos atrás a nosotros mismos?

O dejamos los zapatos en la calle, el corazón en la calle, la esperanza en la calle.

¿A costa de mirar amaneceres? Uno nuevo. No en rotativo. Sino que uno nuevo, nuevo.

¿Y si puntualmente al sentimiento, nos amamos?



El ruido de quererte tanto

Catherine Julia Fieldhouse Alarcón

El ruido es tan grande
que no puedo detener la partida una a una de mis sombras
escapando en reflejos paralelos al silencio.
Así me salvo.
Besarte traspasando el miedo,
y que tu mano esté bien en mi mano y mal en otra.
Es tan grande el ruido, que no hay otro sonido;
no hay voces, ni ladridos o autos que recuerdo otrora,
canto de pájaros o música, crujir de las hojas al pasar,
ni ruido del corazón pum pam, pim pum,
de la caída de un vaso, de un adiós.
El ruido de quererte tanto,
es tan grande que quedo ciega a nada más,
tengo que huir, me repito,
en la conocida-desconocida carrera no importa que,
lejos del ruido que me atora, atrapa, golpea y deforma,
que me vuelve agua y fuego una y otra vez como sí nada.
¿Sientes el ruido?
¿Ahora?



Siesta

Verónica Garay Moffat

La patria duerme
aún en estas quietas horas,
ya está ese país ocioso
de domingo que espera dormido
la independencia de los ombligos.
¡Qué embriaguez tan silenciosa!
¡Qué mundo, qué planeta!
Ingenuos creen ser aparte
de la realidad continua,
en universos paralelos.
Se afirman en el Yo,
sin sospechar siquiera
cómo se desvanecen al final.
En aquellos que les dieron,
quitaron o compartieron,
lo poco y nada que tienen,
descendiendo hasta el sitio exacto
donde anida la gran invitada,
la vieja que todo lo ve.



Luz de risa y beso

Verónica Garay Moffat

(Podría haber un verso
de los que se dicen
cuando el amor se retira
en partida unilateral
sin mutuo consentimiento).

Estás qué sé yo dónde
en el agrio sabor de tus besos,
retirado hasta el silencio
de tu nombre,
distante cada vez
de las palabras que pronuncio.
Qué decir de la voz,
no hay caso,
esto no tiene caso
es el ocaso mismo,
vidas paralelas
que ni que por ir más adelante,
puede verse la del lado,
como si la conciencia
se interesara aún
por conocer al detalle,
la vida personal del vecino.
Dejo como me dejan,
se va la luz de la risa y los besos.
Ya no beso ni me besan,
por andar buscando el regreso
de lo que no regresa,
por visitar mis veinticinco
acortando mis distancias recorridas.
En el instante en que creía
deshacerme del tiempo para siempre,
vienes tú liviano y jocoso,
llamando dos veces
sin decir nada.



Compulsión a la repetición

Verónica Garay Moffat

Iba a repetir
los monólogos contigo
de ti y de mí,
iba a hacerlo,
te prometo que sí.
Fui allanando el camino
hacia tu cielo,
de las más puras buenas intenciones,
pero algo me detuvo,
un punto en el espacio,
uno solo y suficiente.

La firme voz de una estrella,
del planeta que murió por error,
El error necesario de los finales de la aurora,
las conversaciones a la nada,
en medio de esos tecitos.

Tanta buena intención
agotando paciencia
del cambio que nunca fue,
pero tuvo la intención.
Plagado estaba el infierno
de aquellos dimes y diretes.
Solo dios sabe, solo dios.



¿Quisieras un poema, Noctiluca?

Valerio Germán González Rodríguez

*Noctiluca: microorganismo marino que brilla en la noche con luz propia.
También nombre poético de mi compañera.*

Estoy por escribirte un poema
Noctiluca,
que diga por supuesto que te quiero,
que admiro tu dulce transparencia,
tu brillo de noche enamorada,
tu dominio de todas mis mareas.
Quizás te lo haga
Noctiluca,
si me sacudo el ocio de los sueños,
si me aparto de pecados tecnológicos,
si en vez de creérmelo lo escribo.

Es posible que me nazca
Noctiluca,
un poema de recuerdos y futuros,
engarzado en los sueños cotidianos,
que te haga una señal de quemadura
en tu alma de entrañable compañera.

Es muy probable ese poema
Noctiluca.



Dame Noctiluca

Valerio Germán González Rodríguez

Te desafío a darme entre los dedos,
Noctiluca.
A reabrirme los ojos con dos flechas y un beso,
y darme tu brillo de estrella marinera
tu intenso sabor de mar antiguo y nuevo.

Puedes darme también en los labios,
Noctiluca.
Tu marea nocturna dando luz a mi cuerpo.
Que no me reconozca si no es en tu silueta
y en el flujo y reflujo del amor y el deseo.

Te desafío a que me ahogues con tu brillo,
Noctiluca.
Que me deshagas con tu fuerza de luz y superficie.
Me reencuentre al extremo de tu piel transparente
transformado en mí mismo sin dudar de mi sombra.

Te desafío a darme en el corazón,
Noctiluca,
con un golpe de ojos y un silencio de luna,
un recuerdo de horas transparentes y nuevas
y un susurro de velos y de piernas desnudas.

Puedes darme sin compasión en mi poema,
Noctiluca,
porque nunca es tan tuyo como cuando te irritas.
Entregarte sin pausas en un vuelo de peces
y rescatarme el naufragio con tu abrazo de siempre.



Quiero devorar tu luz

Valerio Germán González Rodríguez

Quiero devorar tu luz, Noctiluca,
para encender mi corazón de calamar extraviado,
y protegerme del riesgo de vivir confundido
por la simple certeza de ver pasar el tiempo.

Aunque me has cuidado de derrotas y fugas,
aunque te he dado todo lo que heredé y obtuve
siempre busco tu fuerza más allá de mis dudas,
siempre busco el asombro en tu brillo de luna.

A veces tú dejas deslizar, Noctiluca,
un agua de corrientes oscuras que te opaca
la claridad que entregas generosa en tus manos
y que aparta las rutinas y los miedos del alma.

Quiero devorar tu luz, Noctiluca,
abrazarte en el agua de este tiempo tan nuestro
mientras rielas en mis ojos tu brillo de cometas,
mientras canta en mis venas el temblor de tu sangre.



Te regalo, Noctiluca

Valerio Germán González Rodríguez

Te regalo,
Noctiluca
mis asombros,
el misterio del alba
y un espejo.
Mi colección completa
de bolsillos
y el silencio del mar
que no es silencio.

Te regalo,
Noctiluca
mis temores,
el sol de mediodía
y una copa,
los versos que quisiera,
que no tengo,
y la espuma de las olas
en la arena.

Te regalo,
Noctiluca
mis certezas,
el secreto de la noche
y un buen libro,
esos sueños en que nado
sin quedarme,
y ese brillo de luciérnagas
que ya es tuyo.



De viaje, Noctiluca

Valerio Germán González Rodríguez

Despierta Noctiluca,
ponte linda.
Vámonos de viaje por el aire.
Instala contra el viento tu brillo marinero.
Refleja en la distancia tu luz y tu misterio.

Prepara Noctiluca,
tus verdades.
Tu belleza sin adornos y tu fuerza.
Ayúdame a buscar nuevos secretos,
a crear fantasías y derroches.

Recoge Noctiluca,
para el viaje,
este afán que se regala diariamente,
recientes y pasadas alegrías,
y el resplandor de nuevos horizontes.



Es el principio del fin

Alejandro Galo Illanes Mora

Volando voy por los senderos del adiós
mi conciencia ha muerto
y yo voy tras ella.

Volando voy por los senderos del adiós
sin decir palabras, sino señas
pues mi sentido ha perdido
el crisol de la galaxia.

Volando voy por los senderos del adiós
sin ver el horizonte de las estrellas
que germinen mi conciencia,
pues he dejado atrás lo humano y lo divino.

Sigo volando por un sendero del adiós
guiado por la lumbre de un sol
una brisa anuncia mi arribo
al destino fijo obligado.

Es un sendero de luz orientado
hacia el fin de mi vida doblada
y solo veo planetas infinitos
en un mundo que resulta conocido.

La llegada ha sido inesperada
sutiles nubes en el pórtico esperan
mi acceso a esta extraña
y nueva morada.
Volando voy hacia el fin del adiós...



Poemas de uso diario

Pablo Andrés Martínez Silva

Diurno

Menos mal terminó la noche,
la saturación de estrellas, de lunas,
de nostalgias y de soledades.
Asciende el sol,
aparece la brisa, el viento atormentado
con su carga de arena golpeando los ojos,
el calor, la sudoración profusa,
la mezcla de sudor y sal y suciedad
tan similar al amor.
Brilla el mar, la playa, la calle,
la carpa donde se eviscera el pescado.
Sube el olor de carne blanca,
de vegetales podridos:
tantas cosas que no recuerdan nada.
Solo es el día,
el sol, la brisa, el viento,
la sudoración, el brillo, el olor,
huir de la caída de la noche,
del insomnio,
y del contar arañas en el cielo raso.

Bailarina

Agitada
con los minutos en su muñeca
la bailarina
de cabellera negra
camina a la academia
en el hombro
un par de zapatillas.



Vértigo

bajo mis pies
 observo:
 no encuentro piso

Suceso

Un avión pasa resquebrajando el frío de la noche
 mientras ella
 y él juegan a acompañar sus dos inmensas soledades con el
 ladrar de los perros que anuncian la caminata de la muerte
 entre los disparos y los gritos y ella insiste en atravesar
 el cielo con la claridad de sus ojos y él contempla la fuente
 luminosa y saben que no pueden ser felices ahí en ese momento
 porque han llegado demasiado tarde y sus caminos parecen no
 destinados a cruzarse

Nocturno

Las ruedas de un carro lloran en el asfalto
 una mujer colgada a la luz de un semáforo
 el árbol balanceándose entre el polvo de la noche
 un hombre sudoroso arrastra la angustia a casa
 niños han empapado el parque con su sangre
 los insectos picotean la estatua del salvador de la patria
 una hora cualquiera:
 como perro rabioso
 deshilacho la carne caliente de tu cuerpo.

Recordando esa música

Carlos Fernando Matamala Rivas

Era droga-acción casi vocacional,
escuela democrática de destrezas,
hermanada con el deporte,
senda paralela al intelecto.
Tiempos de ideas-fuerza,
que seducían juventudes,
Elvis y el Che parecían
opciones contrapuestas.
La cadencia lenta
vestíbulo del romance,
área chica de consagrados
anhelo de ser gigante.
Con el jean emblemático,
no hacían distinciones
los corazones rojinegros,
ni las barras estrelladas.
Era prenda-requisito
en la pista de baile,
y tenía rol protagónico
en la marcha de protesta.
Cierro los ojos,
y me llegan los momentos,
que suenan como latidos
de un ayer de sentimientos.
Con el turno de la tarde,
se anuncia la nostalgia,
mezclando los sabores
de los sueños y la magia.
Me embriago de rebeldía
para despertar los recuerdos,
y armado de risas perdidas
examino el horizonte.

Sábado 21 de septiembre de 1996



Trascender

Carlos Fernando Matamala Rivas

Este momento pasando a ser pasado,
y el futuro viniendo a ser presente...
que la función continúe grita el fantasma,
pretendiendo enjaular la vida.

Pongo en mi mano la llama,
y cierro los cinco barrotes,
sin lograr retener el soplo
en su rojo circular.

La lágrima dibuja su senda,
con pintura transparente,
y queda grabada en la mente...
renunciando al despertar.

Hoy es el ayer mañana
de un ronco amanecer,
que clama patente de vida,

sin tener su visto bueno.

La mano tiene los dedos,
pinceles-pinzas-perfectas,
que pueden abrir la senda
del trascender solidario.

25/08/96



Contigo amor

Carlos Fernando Matamala Rivas

Contigo amor...
mi vida será otra vez,
un camino nuevo...
una fuerza sin límites,
un ejemplo de amor.
A tu lado amor mio,
brotarán las risas,
y surgirán los versos
que soñaron los poetas.
En tu mirada buscaré,
la magia del sentimiento,
y en la maravilla de tu risa...
la alegría de estar vivo.
Te regalo mis tiempos
que están para quererte,
para que bebas la copa
de la felicidad compartida.

Noviembre 1997



Tiempo blanco

Ana Evelyn Mazariegos Carrascosa

Busco entre mis recuerdos
el latir de un tiempo negro:
el que viene entre madrugadas grises,
el que nace con incipientes sueños.

Busco entre mis sonidos
el palpitar en tus labios del tiempo rojo:
la vez primera que susurraste mi nombre
y la última huella con esos suspiros.

Busco entre mis manos
el retorno inocente del tiempo rosa,
con que nos rozamos sin querer una tarde
alejando los vientos, las sombras, el silencio.

Busco en el ayer ese tibio calor intenso
que eriza aún el tiempo lila.
De fundir hasta la médula el lejano cosmos
al eterno abrazo con huellas de sueños idos.

Busco para hoy, el despertar del alma
del infante que cante con el tiempo blanco.
Con mi fe y un sentir en mis venas
por trascender en la memoria del tiempo sin tiempo.



Hoy quisiera

Ana Evelyn Mazariegos Carrascosa

Hoy quisiera tener
tu mirada limpia otra vez
y sentir la brisa como versos suaves
sobre mi piel.

Hoy quisiera decirte
cuánto tiempo se detiene
al no recordar tu eco
resonar en el silencio.

Hoy quisiera cantarte
hechos que no fueron
sonidos de marimba que no son
más que una ilusión.

Con una sola mirada
cubrir el tiempo de azul
que estrechó el abismo
y una vez nos separó.

Y me queda seco el corazón
solo en la distancia
acariciando el viento
sin que cubra mi dolor
y quisiera... ;qué quisiera!

Retener la esperanza
en mis manos abiertas...
para vivir soñando
para morir sonriendo...

hasta ya no más querer...



Beso a media luz

Ana Evelyn Mazariegos Carrascosa

Besa la lluvia el verdor de campos
y la frondosidad de los bosques.

Besa el sol del canto de las aves
y el azul profundo de los mares.

Besa la noche la luna llena
y la luz de las estrellas.

Besa la vida mis labios trémulos
y la candidez de mi piel.

Para decirme que alguien viene
a besarme por fin...



La edad del cielo

Ana Evelyn Mazariegos Carrascosa

No somos más que una gota de luz
una estrella fugaz, una chispa tenue
tan solo acá, en la edad del cielo.

No somos lo que quisiéramos alcanzar
somos un breve latir, un silencio antiguo
con la edad del cielo.

No somos más que un puñado de mar,
una bruma de Dios, un capricho de sol
junto a la edad del cielo.

No damos pie entre la dorada arena
como toda calma, esfuma el alma
sobre la edad del cielo.

Deja que esta ceniza de verdad dure
deja que el tiempo corto cure
deja liberar mi ser, al cielo sin edad.



La naturaleza y yo

Amparo Aurora Ramírez Tamayo

*Reúnanse las aguas de debajo de los cielos en un solo lugar
y aparezca lo seco en un solo lugar. 1.8*

La naturaleza se fortalece
la naturaleza produce
la naturaleza alimenta y da vida
llega el hombre a transformarla.
Renueva y crea
produce y explota.
Ella se deja hacer.
Soporta, se hincha, se acalora
no quiere hacer daño
no quiere protestar
pero su cuerpo no resiste más.
Gime, grita, se reseca pero explota.
Los vientos desvían su lluvia.
Las nubes no resisten más peso
agotadas sus fuerzas no logran
contener las lágrimas que en torrentes se convierten
se desborda a cántaros
encuentra que el hombre sus cuencas ha tomado
no halla más que valles y calles para recorrer.
Con susto aparece por todos los rincones
abriéndose paso con la fuerza
que no logra contener
inunda sitios a donde solo por las tuberías
debía estar.
Destruye casas, puentes, arrasa cuanto a su paso llega.
¿Dios mío, qué está pasando?
No es la misión que me diste:
«Naturaleza, no sufras,
El hombre propone, nosotros condescendemos».



Soy y no soy

Amparo Aurora Ramírez Tamayo

No soy cantante

Pero tarareo canciones
Entono música folclórica
Afino para cantar ópera en voz soprano
Incursiono en la música clásica
Participo en los cánticos religiosos
No estudié música
Soy necia arrítmica.

No soy bailarina

Pero danzo en las noches de jolgorio familiar.

No soy escritora

Pero lleno páginas en blanco
Cuento historias y anécdotas
Convierto en cuento las vivencias.

No soy poeta

Leo a los poetas
Me cuesta construir versos
Pero logro la creación asonante.
En la escuela literaria
De mis estudiantes soñadores

Leo

Leo literatura, leo ciencia
Leo astrología, leo historia
Devoro el buen cuento
Los relatos fantasiosos
También los verdaderos
Evito las novelas de angustia y de dolor
Porque esas se viven.

Contemplo

Una buena obra de teatro
Un gran concierto
Una exposición artística.
La Luna, las estrellas, el firmamento, el paisaje
En el ocaso de la vida
mientras el destino lo permita
antes de desaparecer ante la natura viva.
y una vieja canción para poder soñar.



Canto de otoño

Claudio Urrea Robin

¡Viento alado del Sur!
Viento de nubes blancas
Viento de mariposas verdes
incansable, fábula elemento
de ecos impensados
de locos vaivenes.

¡En ti Pienso! !

¡Otoño de los rumores!
Otoño de mil hojas amarillas
Otoño, lluvias de abril
furioso espíritu cumplido
de voces idas...
de ríos idos...

¡En ti Pienso! !
Al atardecer...
las nubes se desgranar
en gotas breves, traslúcidas
lentas y nostálgicas...
¡Son sus lágrimas de siempre!

Me detengo...
respiro el naciente perfume
de pétalos temblorosos
Otoño, prodigiosa risa de los aromos
Otoño, sueño sabio que proporciona el frío.

¡En ti Pienso! !

¿Estallará algún día la alegre Primavera?
¿Cantarán en las ramas otra vez, locos trinos?



Cae el Otoño...
todas sus fragancias
reviven los espacios
de mi edad temprana
allí donde altiva se yerguen
las centenarias Araucarias
con sus ramas solemnes...
¡Allí donde construí mis utopías! !

Otoño de otrora
quédate ahí!

¡En ti Pienso!!

El sueño sabio, se repite sin prisa
¡inunda el espíritu!
...es lento como el Siglo
eterno como la noche...

¡Aquí estoy en silencio!
una voz me ha advertido...
¡quédate ahí! ¡ahí !

El otoño dejó su huella...
en mis sueños
¡y en mis versos! !

En Punta Arenas, un 25 de marzo del 2016

Pájaro cucú

Oriana Valenzuela Castro

Buscaré el momento preciso
para deslizarme en tu nido
asaltarte el pensamiento
sin que te percares
usando con argucia
todas mis triquiñuelas
hasta que mansamente claudiques
a mis razones candentes.

Aprovechando un breve momento de descuido
me deslizaré adentro tuyo
lavaré tu cerebro del pasado y de otros afanes
e instalaré allí mi presencia mañosa.

Me irás nutriendo sin saberlo, yo creciendo usurpadora
desalojando poco a poco
a los habitantes originales
para asegurarme con paciencia
todas tus miradas.

Te iré llenando de caricias,
colmando virulenta tus rincones
inoculando tu juicio de alegría,
hasta lograr que lo pierdas
persiguiéndote sin tregua
con mi cargamento de risas
para darte caza consentida
en tu último escondite
y desfallecer juntos
agotados de placer.

Al final de la tarde y ya sin contrapeso
rendido y feliz
confesa yo de mi engaño
te convenzas absolutamente,
que estás derrotado.



Quinta coordenada

Oriana Valenzuela Castro

Despierto y me duele esta distancia de amanecida
duele en mis huesos que reclaman horas vacuas
duele tu presencia ausente, atravesada
y esta voz constante que habita mi silencio
me duele.

Y si la distancia es solo el espacio entre dos puntos
rectos y sin obstáculos
otrora vehículo perfecto de ondas y partículas
red entrelazada
código nutricio de dos bocas sedientas.
¿Por qué hoy me duele?

Y no es que me duela la distancia
me duele porque no te encuentro
porque el espacio de pronto se hizo curvo
dejándome al otro lado de tu risa
y mi horizonte un punto ciego
desde donde mi voz no se transmite
y mi oído no recibe.

Despierto
como desde un sueño ectópico de media tarde
desorientada
aturdidos los sentidos
que levantan una antena mirando al sur
buscando captar con ansias una nueva coordenada
que llamaremos quinta
y que coincide con el sitio exacto de tu presencia.



Me levanto, igual que siempre
y como cada día subo a mi auto,
giro la llave en su contacto
pienso en ti
pensando en ti y sin pensar
sucede
que en la pantalla del navegador
como dirección de destino
anoto «tu corazón».

Siga recto adelante, me dice una voz electrónica
en 500 metros gire a la derecha... continúe...
en 200 metros gire a la izquierda
silencio
re-direccionando me dice de nuevo en voz alta
Silencio, espero
sigo esperando, no dice nada
hasta que en la pantalla aparece:
«dirección no encontrada».

Amor impío

Oriana Valenzuela Castro

Hunde tu raíz en mi tierra impía
que te recibe jugosa y presa de delirio
besa despacio bajo la sábana furtiva
mi amor delincuente
y abrasado.

Que en firme decisión irrevocable
se alce al levante tu pincel embravecido
para dibujar soles y diamantes
sobre este terciopelo húmedo
que te acoge y que te hospeda.

Regálame escándalos innombrables
con la punta de tu boca irreverente.

Cóbrate en mi cuerpo de todos tus deudores
hágase tu voluntad en esta tierra
que gustosa se te ofrece en sacrificio
araña las paredes de mi pozo
hasta arrancar el grito
en el vértigo brutal
de la dicha y la desdicha.

Deslízate sin miedo por mis callejones sin salida
deja que te someta
con mis dos lunas blancas
y el espasmo ardiente al final de mis muslos
date por vencido.

Cóbrate y deja que me pague
del dolor de todos los caminos
de la oscura y vacilante arena
que atrapó cobarde nuestros sueños.

Perdona mis ofensas
y no confíes nunca
que me amas.



Corazon delator

Oriana Valenzuela Castro

Sé que me has visto pero callas
aborta la palabra en tu garganta
frustras el gesto irredento
velas mi imagen silenciada
por no mirar
lo que delata.

Me ves, pero no miras
o no quieres mirar lo que adivinas
este amor hereje, erratas
registro al margen blanco
de tu biografía.

Que telón abajo y sin testigos
regresa de modo indefectible
a las tinieblas paganas
de mi cuerpo.



¿Cómo fue?

Oriana Valenzuela Castro

Te amaba yo infinitamente.
¿Cómo fue que pudiste perderme?
¿Cómo no viste mi alma arder en tu presencia
que tu distraído pie ahogara en carne viva?

Te amaba yo en línea recta
simple, necia,
sin doctas pretensiones
y era mi amor ingenuo desatino
ofrenda extraviada en el ovillo áspero
de tus silogismos.

Te amaba en la crudeza del verbo
en la soledad de mi páramo sediento
menesteroso ser necesitado
que la lluvia de tu risa alimentara
y que sin aditamento
un día, abandonara.



Café

Nedy Cristina Varela

Mi mano acaricia
el calor de la taza.
La boca recuerda
momentos
de porcelana.

Entre los dedos vuela
un ala.
Pequeña voz.
Metal
de canto breve.
Soledad
ahuecada.

La oscuridad líquida
aquieta su danza.

Se desnuda el perfume,
lo inhalo con calma.
El misterio
olfatea su magia.

La taza
es una noche redonda,
acostumbrada.
En ella pernocta
la vigilia extenuada.

Mi boca va bebiendo
toda esa noche cálida.
El café corre
como inyección
al alma.



Cual guijarros sonoros
despabila los párpados,
cosquillea en la cara.
Moja labios
de espera
en la mirada.

Vale la pena ahora
toda esta trasnochada.
En la mesa de al lado,
palpita otra taza.

Destinos

Nedy Cristina Varela

Un niño muerto sobre la arena muda.
Es un pequeño refugiado sin refugio
en el paraíso de los hombres.

En la orilla
nada despierta
esa hilera de árboles arrancados de cuajo
con las raíces temblando y a la vista
que sostienen una ilusión de trinos.

Nadie cantó una nana...
El niño se ha quedado dormido.

Estamos más allá de todas las ventanas
que iluminan un destino pequeño e inocente.
Él también perdió su paraíso.

Dormimos
en el paraíso de los hombres.
El miedo no es desconocido.
La jauría hambrienta nos espera.
Todos seremos refugiados
en la cartografía sin paz
del universo.



Las palabras

Nedy Cristina Varela

Tienen puntas filosas
como ruedas.
Rodamos su música
en la quietud salvaje de la noche.
Las unimos en la cruz que nos escribe.
Sangramos su cadencia
en las estacas.
Tormento de las manos
que no sueñan.

Cada palabra
es el bastón del ciego
tocando los sentidos
con urgencia.
Buscando la luz
bajo los párpados.

Hurgamos
en la aridez más vasta
esa nueva presencia
diferente a su significado.
Las señales gotean
fosforescencias vivas
sobre el papel frío.
Una marimba loca
despierta en frenesí todos los huesos.

Como una brevedad de luna
que evapora su musa en el estanque
la luz da la palabra estuvo.
El hombre se pobló de estrellas.



No me abandoneones

Nedy Cristina Varela

Poema dedicado al bandoneón, instrumento esencial del tango

Silencio.
Hay una víscera plegada en una caja.
Hay arrugas dormitadas en un sueño.
Escapá bandoneón.
Vení...
Dame tu estructura de pulmón
que zigzaguea el espacio con sus versos.
Perforá con tus pianos
el aire que contonea el cuerpo.

Vení.
Que mi regazo
apacigüe el costillar metálico
donde se abre y cierra tu voz
como buscándole a la canción, el rezo.

Sos la oración entre dos manos que se hundan
despabilando en tus costados
los botones vibrantes
de tu vestido quieto.

En ese desatino te desnudo,
se abre entre mis manos tu fuelle,
traje plisado
dócilmente feroz
terriblemente tierno.

Vení...
Abandoneame tu resoplo de amor
en este verso.

Decime el tango que canto desde siempre
que Racciatti y Pichuco no sintieron.



A veces

Katia Alexandra Velásquez Martínez

A veces
quisiera pintar la sangre de celeste,
para tocar el cielo con manos de estrellas
que alcancen en susurro a los que partieron a destiempo,
a los que huyeron con sus temores inconfesados,
dolores presentes e imaginarios.

Sangre en celeste que les acompañe
con la mirada
de la mano,
acunarlos en silencio,
solo escucharlos,
sin preguntas,
sin reproches
ni consejos.

Y quizás a veces
otros pinten,
de veras,
la sangre de celeste
y a los suicidas les bañen
con bálsamos,
como manos de estrellas.



El origen de las piedras

Katia Alexandra Velásquez Martínez

Te respondí sin titubeos
son trofeos de amor,
símbolo de conquista,
fidelidad a la luna,
distingo de tiempos inmemoriales,
amor al terruño,
al planeta tercero,
a la génesis del hombre.



Como si fuera una carta

Katia Alexandra Velásquez Martínez

Te volvería a contar,
que son más cortos los días,
se extiende menos la tarde
que cuando solíamos a pasear
por la playesta,
con el océano a nuestra derecha
como quien siente que la vida
siempre será joven y generosa.

Como en esas cartas de sobres antiguos
café o celestes
con bordes azules festoneados de rojo,
te diría que lo nuestro fue un invento
tan personal como deseado,
tan genuino en su fantasía dominada por la risa.

Y justo ahora,
curiosa es la noche
como grande la nostalgia.
No falta nada,
todo ocupa un sitio inmejorable:
el fuego en el centro,
la vela incansable pretende imitar a la luna
iluminando el perímetro exacto
para divagar con el gemido de las olas.

No hay canción que apague mi voz
y tal vez no exista tono, ni sangre
ni besos que basten para borrar lo vivido.



Te volvería a contar
 que en la antesala del bosque
 no están el chucao ni los picaflores
 es la Huet Huet con su cántico segundo
 la que invita a entrar en silencio,
 y entonces sabrás que me repito,
 que la memoria es una insensata
 que me abandona cuando menos lo quiero
 como una maleta insurrecta que decide perderse.

Te diría que el cielo es como la luna
 no tiene distingos entre los que creen o no creen
 en ella.

Así como la luna luce para todos
 y se engalana y se esconde
 así también el cielo existe para todos.

Entonces de nuevo se volverá áspera tu voz
 encurvarás las cejas
 e insistirás en eso de que no somos compatibles
 que tú tienes la modernidad de los que no creen
 y yo en cambio creo,
 busco el tamaño de la luna en el calendario
 escucho a Mozart, deliro con Bach.

Y por fin me atrevería a contarte
 cómo en esas cartas de antes
 que más allá del cielo, la distancia,
 la luna y las sombras,
 más allá de las dudas, el engaño
 la desazón, la confianza hecha añicos.
 Aún más allá de las dunas, el bosque
 el océano y tu canto,
 aún más lejos,
 arrimado en nada y en todo
 está el amor,
 ese que fue mucho más que un instante
 una sombra, un caballo desbocado
 una ducha impúdica
 un ayuno sostenido,
 una galaxia descubierta
 un viaje inventado
 una misión que parecía imposible.

Aún más allá,
 sigue,
 impoluto,
 solo el amor.

Homenaje a dos poetas primordiales

Guillermo Witto Arentsen

Hermano

Al poeta José Domingo Gómez Rojas
Hermano de la negra bandera desflecada,
eras la mitad de mi tiempo en tu partida
cuando subiste para siempre la estacada
y curaste con tus lágrimas nuestra herida.
Hermano de las letras en sucios cuartillos
te paraste frente al león que del norte era
para desafiarlo a levantar, solo, los brillos
de las espadas más tristes en la espera.
Encerrado terminó tu cuerpo y así tu alma
se hizo ala de golondrina de volar espeso,
y agitó todo miedo libertario al arbitrio
que encerraban ojos que perdían la calma,
mas nunca, por Dios nunca, estuviste preso
en aquella cárcel, manicomio ni otro sitio.

A Miguel Hernández

Aquel hombre rudo llamado Miguel,
ese nacido y crecido en Orihuela
que nos enrostra, hasta que duela,
cada palabra dibujada en un papel;
ese hombre tosco que conmueve,
que estremece la palidez del alma
por verter esas lágrimas nos calma
y nos da esperanza, que se puede.
Que se puede ser campesino y culto
y vencer los designios del destino
para elevarse en las alas del saber
y evitar la indiferencia y el insulto
que miran burgueses de trato fino
al proletario que amenaza con crecer.



Por la luz

Guillermo Witto Arentsen

Si no fuera por tu luz, amada mía,
no entendería tus manos en el aire
y las sombras sobre la pared de tiza.

No entendería la danza de marionetas
que dibujan cuentos chinos miserables.

Si no fuera por la luz, no entendería
la transparencia del cristal en la noche
y la luna dibujando tus contornos animales.

No sabría de este reflejo intermitente
que revela el rostro en el espejo de la tarde...

Si no fuera por esta luz, amada mía,
descomponiéndose en los siete colores primordiales,
no conocería el tinte rojo
de la sangre ni el verde insondable
de tus ojos naufragando en una lágrima.

¡No apagues la luz! ¡No soples la vela!
Déjame seguir jugando a esta ceguera
tan posible de ser y tan traicionera.



Microcuento

La carta

Laura Caballero Canales

Mi amado:

El mar separa una vez más nuestros cuerpos, aunque permanecen, como siempre, unidas nuestras almas. Tus deberes te llevan lejos de mis abrazos, pero mi corazón te acompaña, fiel.

Y yo te espero, porque sé que finalmente tu desconfianza cambiará. Quizás tu dura vida te ha hecho así, celoso de mi amor; lo entiendo y te perdono. Olvidemos el pasado y empecemos de nuevo, lejos de todo y de todos. Nadie te ha amado como yo, moreno mío, nadie lo hará jamás. He abandonado familia y amigos por estar a tu lado, mas no lo lamento, porque sé que un amor así se vive solo una vez en la vida.

Tuya siempre,
Desdémona



Un lugar inesperado

Raúl Cárdenas Canales

Eran cerca de las 7 de una mañana gris, no imaginaba lo que pasaría ese día, en Valparaíso, salvo mi oxidado trabajo.

Me encontré con cinco hombres típicos de situación de calle, reunidos en una baja murallita como muro de contención en medio de la parte central de una avenida. Estas personas, habitantes de la vía pública, siempre como vigías semi-conscientes dan el guión diferente del paisaje urbano. Ahí, con sus facies abotagadas balbuceando sus tiempos individuales y con movimientos corporales tangenciales a sus anhelos infantiles de este futuro ya llegado que rato. Parecen vivir lo cotidiano en un presente eterno.

Están en el pasado, presente y futuro, simultáneamente.

Igual, me puse a imaginarlos arriba del metro en que iba y no podía bajarme a hablar con ellos. Una gaviota se paró en mi ventana, me miró y voló pocos segundos después.

Avanzó el metro y ya no estaban a la vista los *homeless*. Y la gaviota, quizás, dónde.

Para seguir la película me puse a pensar qué cosa pasaría si hubiera hablado con ellos.

—Si poh, yo me llamo Churchill, como el ministro inglés, porque siempre quise irme a Inglaterra pues tengo algo de allá por una tía de apellido Wilson.

—Y yo soy Einstein, pues desde chico siempre quise ser genio de la física atómica.

—Ja, ja, ja... a mí me dicen Arturito Prat porque siempre voy al abordaje cuando estoy borracho.

El siguiente vagabundo se puso en posición de boxeador con las manos empuñadas diciendo:

—Yo soy el Tany Loayza, iquiqueño de corazón.

—Somos los cuatro mosqueteros del puerto —entonaron todos, cual coro de la Corte de los Milagros.

Llegué a la estación de bajada y mi pasatiempo imaginario se cortó. Estuve todo el día en la oficina del banco pensando en estos personajes callejeros. Estuve, como siempre, frente al computador viviendo el tiempo como toda la vida de un molusco. Mi silla, porque no es siquiera un sillón, ya es parte de mi cuerpo y manejo seis patas a través de mi sistema nervioso motor y sensitivo. Sii... también he llegado a sentir las cuatro patas de la silla como mías, de mi corporalidad



extendida. Cuando me muevo dentro de la oficina ya parezco un quijote sin destino, lo cual me he dado cuenta cuando me miran las compañeras como dulcineas encubiertas. Después de terminar la jornada me voy como zombi por las calles caminando como una silla. El hilo del tiempo se me transforma en agujero de gusano y me transporta a mi infancia para poder resucitar antes de llegar la noche.

Al volver en el metro me decido a bajar donde están los amigos de la libertad sin límites. Ya están

todos ebrios. Me saludan gentilmente y se presentan como Churchill, Einstein, Prat y Loayza. O sea, no eran la Corte de los Milagros transformándose al fin de la jornada en ciudadanos normales. Segundo, tienen memoria. Tercero, son lo que son, sin remilgos. Cuarto, son dignos.

Me fui pensando en el metro hacia Limache que los personajes históricos habitan en cualquier lugar, y que la humanidad no tiene espacios especiales para revelarse repetidamente de sus recovecos infinitos.

El E.T.

Valerio Germán González Rodríguez

En aquel tiempo, vivía yo en una casa pequeña pero hermosa en las afueras de la ciudad, tenía un gran patio trasero y un antejardín. Una cerca de madera nos separaba de un bosquecillo y un arroyuelo que nos permitían sombra, descanso y una ocasional trucha atrapada en las frías aguas. Esa tarde me dirigí a la cerca con un martillo para reparar la puerta que no cerraba bien. A mitad del patio, sentí un siseo a mi espalda y al volverme, lo que parecía un hombre —pues tenía una cabeza anormalmente alargada y una piel demasiado gruesa y de un tinte rojizo— me dijo:

—Vengo de muy lejos y sería demasiado complejo para ti entender cómo he llegado, solo te puedo decir que mi intención es violar a tu madre y a tu hermana, para lo que estoy bien dotado —como nada lo cubría eso era notorio— y ellas me llevarán a otras mujeres que me ayudarán a dominar este mundo.

—Lo siento —le contesté— mi madre murió y no tengo hermanas.

—¡Oh mierda! —dijo. Y una gran expresión de desaliento se reflejó en sus ojos y agachó su cabeza.

Le destrocé el cráneo con mi martillo.



El infarto

Jasmina Jäckel de Aldana

A Francisco Serrano de León

Por el lomo ancho del Pegaso perlaban gotitas de sudor, mientras su cuello imponente se arqueaba orgulloso; aterrizó suave y sacudía su larga melena. Ella extendió la mano vidriosa desde el lecho para darle una palmada de bienvenida. Sin embargo, no logró alcanzarlo. Entre tanto, las gigantescas alas semi-transparentes, semejantes a un ave nocturna, se desplegaron y, una tras otra, se deslizaron sombras graciosas. *Schatten*. Hacía un débil esfuerzo para levantar la cabeza, quería observar mejor. Tras el viejo guayabo, la luna llena fundía un chorro de luz plateado por la ventana. Las hojas murmuraban en una brisa suave. De repente, divisó a tres figuras erguidas con un don mediterráneo en el aposento. Su cabello fue arreglado como una tiara, peinado extravagante que le daba un aura de realeza divina. Las reconoció, primero se acercó la elocuente y bella Calíope, seguida por Clío, su musa favorita de historia, y, como última, la ágil Terpsícore. Le rodearon, contemplándola, con hermosos ojos negros de deidades egipcias, iluminadas por la media luz misteriosa de una tumba en el Valle de los Reyes. Le alzaron el torso para reposarle entre sus brazos blancoazules, le musitaron al oído palabras proféticas y se despidieron con un beso en la frente pálida y fatigada. El Pegaso nervioso, sacudía su crin. La abundante cabellera flotaba en el aire. Mostraba impaciencia, dando breves pataditas al suelo. Un chisporroteo de millares de mínimas centellas alumbró por un instante el escenario tenebroso para diluirse cual fantasma. Ella trató de respirar profundo, sintió que en el mismo momento un pececito cruzó nadando su corazón. En seguida se alivió ese peso a la izquierda que le había causado angustia mortal. La mano, apoyada en el pecho, ganó fuerza y buscó su corazón. Palpitó débil. Le invadió un sentimiento de gratitud, *Rosen*, firmeza, *Gewissheit*. Sonrió a la noche. *Sie lächelte in die Nacht hinein*. Intuí que desde ahora en adelante su destino iba a cambiar. *Und wußte, daß jetzt alles anders würde*. Sabía que, una vez más, tuvo todo en mano y corazón. *Sie hatte nun alles wieder in Hand und Herz*.



Cofre antigüeño

Jasmina Jäckel de Aldana

A Mauro Osorio

El cofre antigüeño era de una madera dura, de palo de hormigo, de aquellos que se venden en algunos espacios empolvados, escondido entre máquinas viejas, obsoletas para escribir, espejos ciegos por la humedad subtropical, caritas de ángeles sonrientes y santos robados de iglesias coloniales. «¡Caray, me importa un bledo! ¡Váyanse! ¡Hasta el olvido!», musitó ella entre dientes. Le echó una última mirada, cerró con firmeza la tapa pesada y exclamó: «¡Basta, fin y punto!». La llave crujía en la cerradura de hierro oxidado, respiró profundo. En seguida sintió alivio. Había enterrado en su profundidad, una vez y para siempre, los pensamientos de sus enemigos.



Verdad crucificada

Jasmina Jäckel de Aldana

A Manolo Gallardo

La musa se dirige al jardín, apenas visible yace en la vereda un cuerpo blanco, frío, femenino, mojado por el rocío matinal. La escultura —de gran perfección— nació en postura crucificada en el terruño de la ambigüedad. Allá la muchedumbre tiene la costumbre de negar la verdad, no solo los gobiernos sino el pueblo también. Dicen que la realidad no existe, en consecuencia el mundo resulta confuso y la vida parece sueño. La vieja tradición colonial, de vez en cuando, se convierte en pesadilla. Los niños aprenden la invención a edad temprana. Raras veces se atreven a decir «no». Hasta los líricos alaban la mentira en versos e himnos. El creador de la escultura, un hombre culto, gallardo, enfrentándose a insultos y amenazas de todos los sectores de la sociedad, tuvo que removerla de la plaza pública, donde había colgado otra forma de fe. Le acusaron de apostasía por crear una Crista y, peor, desnuda. Su defensa en favor de la verdad fracasó. Con ternura la musa contempla la obra maestra. Ahora, escondida entre árboles, flores y los siguientes diluvios, envuelta en su inmaculada y solemne belleza, ambas esperan el día de su resurrección.



La otra mitad

Juan Ricardo Kelm

Mi automóvil iba tan rápido que los postes de la luz eran una cortina luminosa. De pronto derrapó, y me dí cuenta que era el final. No había freno, ni manio-
bras que pudieran eludir aquella pared de roca. Me levanté y corrí antes de la explosión.

En medio de la oscuridad me pregunté: ¿Qué hago?

A lo lejos veía una luz que parpadeaba. Parecía un bar. Atravesé la puerta y observé al cantinero escuchando al viejo que se apoyaba de la barra. Tenía un rostro de desolación, y apenas movía los labios.

—Entre uno que insistía en mandarme hacia la luz y el otro que aún no estaba listo, iba y volvía por aquel bendito túnel. Hasta que alguien dijo «devuélvanlo». Y en ese ir y venir creo que extravié la otra puta parte... Y aquí estoy, sintiéndome la mitad de lo que era.

Aquel anciano melancólico despertó mi curiosidad.

—¿A qué se refiere? —pregunté al cantinero. Me miró indiferente.

—Al día que perdió su sombra.

No entendí a qué se refería, pero cuando lo vi a contraluz me dí cuenta. Busqué la mía, muerto de miedo... y no la hallé por ningún lado.



Hechos a pulso

Amparo Aurora Ramírez Tamayo

—No tengo zapatos ni uniforme y no me dejan entrar a clase.

—No te preocupes, vamos al almacén. Escogió su mejor par de zapatos que cuidó hasta terminar la carrera. ¿Y el uniforme?

—Me lo ofreció la esposa del director. Aunque cambió de estilo, de moda, de color, él terminó con su único, sin amilanarse, sin preocuparse del qué dirán, solo quería ser médico y lo logró como estudiante ileso.

Gamín, emigrado en el Expreso el Sol hacia Santa Marta desde Bogotá, por orden expresa de uno de los medios mandos del momento, encontró hogar, brazos, estudio, respuesta a la petición de una religiosa que creyó en su reivindicación a la sociedad. Con nuevo nombre de alcurnia escogido por él mismo, necesario para la documentación escolar ingresó al mundo académico, transformó la ceremonia de graduación y manifestó el deseo de ser médico. Ingresó con ayuda económica al programa de Medicina. Pero su dignidad le impidió seguir aceptando la ayuda sin aportar. En el transcurso de su carrera fue mesero, aseo de restaurante, paramédico de hotel. Se dejó crecer el cabello y solo aceptó un mechón por un pote de leche para los niños necesitados. La montaña llegó al techo. Se prepara posgradualmente con una especialización en el extranjero.

Enfermero, hijo de tendera guajira, con una niña pequeña, manifestó a su madre el deseo de avanzar en su carrera. Ubicado en la universidad con ayuda del producto del trabajo de la tienda, consiguió trabajo como enfermero auxiliar en el hospital. Trabajaba de noche, estudiaba de día. Hoy satisfactoriamente es médico enfermero con posibilidades de estudiar una especialización tan difícil de lograr en Colombia, pero lo está intentando.

Estudiante de primer nivel. Su novia quedó embarazada. El padre manifestó:

—Ya te graduaste de papá, trabaja para responder.

Con grandes dificultades logró graduarse de enfermero auxiliar, trabajó en el hospital hasta lograr la matrícula para Medicina y renovó su anhelo. Le acomodaron el horario nocturno y se hizo médico.

Estudiante de primer nivel en Pasto, residente en Tumaco con sus padres y hermanos llegó a Santa Marta como desplazada porque cuando los guerrilleros le pidieron vacuna a su papá y él se negó a pagarla, le cobraron con la vida de uno de sus hermanos. Inicialmente el gobierno les suministró protección policiva por cinco días. Ante la inseguridad solicitaron traslado, los llevaron a un pueblo de Santander y durante el tiempo que allí permanecieron fueron auxiliados



solamente con un mercado de arroz, aceite y frijoles con gorgojo. Por propios medios se dirigieron a Santa Marta, se presentaron como desplazados y los llevaron a vivir detrás de una montaña, un sitio inhóspito e irresistible. No faltó la mano amiga extendida:

la iglesia cristiana les ayudó para que la hija mayor continuara sus estudios de Medicina. El padre, panadero en su tierra, aprendió a hacer bloques para construcción, la iglesia se los ayudaba a vender y le compraba. La mamá vendía fritos en las calles y ella dulces y galletas en la universidad. Ya está en el internado.

Don Miguel

Juan Francisco Serrano

Tenía más peso del que imaginé y su enorme nariz aguileña fue lo que en particular llamó mi atención. Estreché su mano. La sentí demasiado gruesa para ser de un escritor. Lo miré fijamente a sus ojos saltones. En el fondo pude notar la tristeza arrastrada en su interior. Debería ser por los años de exilio, pensé. Tenía algo torcido el corbatín y la barriga prominente abultaba un poco más la impecable camisa blanca. Pero se le veía bien. No desentonaba con el resto de los invitados.

Me dirigí a él. Lo saludé afectuosamente sosteniéndole la mano. Su voz ronca, pausada, quedó grabada para siempre en mi mente. No había leído nunca una obra suya, pero me pareció un hombre demasiado culto, para venir de ese país pequeño que yo no conocía. Permaneció de pie frente a mí en silencio, mientras mi asistente ponía en mis manos la medalla y el diploma a la vez que me susurraba el nombre completo del personaje.

Entonces me volví hacia él y le dije:

—Don Miguel Ángel Asturias, ¡no imagina cuanto aprecio el privilegio que tengo de entregarle a usted el Premio Nobel de Literatura!



Médico abejorro

Juan Francisco Serrano

La enfermera enamorada del médico, trabaja, suspira y resiste. El médico, fruto prohibido, abejorro por vocación.

—Doctor... encontré una ropa interior debajo de la camilla...

—Tuve que acostar a una mujer...

Enfermera enamorada, el corazón da un vuelco, las ideas galopan desbocadas. Silencio.

—Había que examinarla, ¿no?

—Pero tienen sus iniciales.

Caso concluido.



Mala suerte

Juan Francisco Serrano

El grifo está goteando desde hace cinco noches y no me deja dormir. La bombilla se quemó. Mi gato subió al tejado hace ocho días y no lo he vuelto a ver. Esta mañana estando ya debajo de la ducha descubrí que no tengo *shampoo* y me tuve que lavar con jabón, ahora me pica la cabeza.

A pesar de todo, pienso que la vida es bella; no hay nada que no tenga solución, aunque me molesta que con el pretexto del exceso de trabajo me hayan suspendido mis vacaciones, pero eso no me quitará la paz. Soy hombre de fe y coraje. Mi abuela me inculcó a ser «aguantador», a ver la vida con positivismo, a no dejarme vencer, por eso no me aflige tener el auto descompuesto y tener que caminar hasta mi trabajo, además, tengo mil correos que ya no pude responder. Son cosas absurdas que tienen solución. Me pregunto: ¿Habrà algo que no tenga solución en esta vida?, quizás solo la muerte, y ni eso me asusta, porque acabo de descubrir que ya estoy muerto.



Microcuentos

Carmen Gloria Testar Tobar

Supermán

Él era inteligente, pero pobre. Estudió. Fue un buen profesional. Tuvo suerte. Se casó bien. Ganó mucho dinero. Tuvo hijos. Su suegra lo consideraba un piojo resucitado. Siguió su vida, desdeñosamente, arrogantemente y se dio el lujo de serle infiel a su señora. Ella lo ignoró. Hundió la cabeza en el suelo, como el avestruz cuando está en peligro. Yo, puse criptonita en mi cartera.

La suertecita

Fueron compañeros de curso en la universidad. A él le decían el cuco porque era muy guapo. Ella era normal. Lo llamó por teléfono y le dijo que quería perder la virginidad con él —piénsalo bien, eso es muy importante para una mujer—. Cuando estés decidida, llámame, ven desnuda con un abrigo de piel encima. Vamos a comer al *Radisson* y lo hacemos. Ella le pidió un visón a su abuela. Lo llamó. Comieron.

La confesión

Eso dijo, que estaba loca y lo estoy. Más bien dislocada. No paro de pensar tonteras. No puedo evitarlo. Quiero bailar, saltar, follar. Yo creo que estoy soñando o en medio de mis fantasías. Me ha invitado a ver las «danzas celtas», en el teatro *Las Condes*. ¡A mí!, en este caso yo sería la adúltera. Si se detiene en algún motel. Y luego me quedaré en pecado. Iré a la iglesia, y le contaré todo al cura. Bueno, menos los detalles. Eso del baño de espuma como en las películas, con los corazones en el fondo del *yacussi* y del baile en el caño y el *striptease*, ¡eso no! solo el tema del pecado, del infierno y del arrepentimiento (a medias). Y el padre me ha dicho, vete hija y no peques más, estás perdonada. No sabe que para dejar de pecar, tengo que dejar de pensar.



El baile

Salomé le bailó a Herodes en una comida, de amigos. Salomé era joven, linda, sensual. Desplegó gracia, belleza, coquetería. Se movió como una serpiente enroscada en el caño. La danza del vientre, con velos. Se arrastró sobre el suelo, como una boa reptando. Levantó los brazos y los movió, como alas de colibrí. Herodes lascivo y sus amigos envalentonados, gritaban gimiendo y deseándola.

Herodes dijo:

—Salomé, pídemelo que quieras, te lo concederé. Ella se acercó a su madre, para pedir consejo.

Su madre replicó:

—Píde la cabeza de Juan.

Salomé imaginó la cabeza de Juan en una bandeja de plata. Entonces se dirigió a Herodes, que la contemplaba expectante, y dijo:

—Quiero la mitad del reino, dos millones de dólares, un Mercedes Benz deportivo rojo, y que liberes a Juan, para que me acompañe.

Soledades

Guillermo Witto Arentsen

Hace meses me sentía tan solo que, para sentirme acompañado, me echaba a la calle y me unía con cualquier grupo que pasara manifestándose por cualquier razón. Ya me daba igual si querían la paz o la guerra, lo positivo o lo negativo, lo supuesto o su contrario. Me apretujaba a ellos, a esa multitud vociferante y tomaba las manos de desconocidos, gritaba consignas que desconocía y terminaba llorando, pero de felicidad. Luego, dejaba la calle y volvía a mi oficina, me ponía el delantal blanco y continuaba la atención de mis pacientes.

Ella se sentía tan sola en su vejez que, para sentir que alguien la tocaba, acudía a mi consulta y se arremangaba la manga para tomarse la presión. Quería sentir mis manos tibias sobre su piel, aunque sea un minuto, minuto que se le antojaba eterno. Nunca la tuvo ni tan alta ni tan baja, pero yo repetía el procedimiento dos veces, explicándole que era solo para asegurarme, que todo estaba bien. Veía entonces el brillo de sus ojos antes de marcharse y comprendía que, en realidad, todo estaba bien. Entonces, me dirigía nuevamente a la ventana para ver si alguna nueva manifestación ya pasaba por la calle.



Ensayo

Reflexiones sobre el aborto

Luz María Aguirre Baeza

No estoy de acuerdo con tus ideas, pero moriría porque pudieras expresarlas

Voltaire

«Un poco de historia...Y dijo Jahvé, al terminar la creación, satisfecho de lo que había hecho: *Creced y multiplicaos...* Pero, no dijo por cuánto...».

Estoy citando y recordando a quien fuera director de nuestra querida Escuela de Medicina de la Universidad de Chile, allá por la década de los sesenta, el profesor de Medicina y emérito de Salud Pública, el doctor Benjamín Viel —querida y respetada figura de renombre internacional, genio visionario de múltiples proyectos absolutamente revolucionarios para la época, como el concepto de Salud Integral—. Con estas palabras inauguró la clase de Introducción a la Medicina Preventiva. Don Benjamín, católico de veras, se convirtió en uno de los líderes de la planificación familiar, concepto completamente audaz y revolucionario en nuestro país entonces, bajo la presidencia de don Eduardo Frei M. Así nació APROFA, y otros organismos relacionados con el tema.

Siendo nosotros alumnos de Obstetricia en el Hospital Barros Luco, nos tocó colaborar en los primeros esbozos de planificación familiar, las primeras encuestas poblacionales, los primeros intentos de educación sexual y reproductiva; tal como fue tan bien expresado por el doctor Aníbal Faúndes en una entrevista en febrero al diario *El Mercurio* en el 2015.

Fueron estos profesores visionarios y audaces quienes se atrevieron en ese entonces a hablar abiertamente de temas tales como familias de constitución diferente, convivientes, divorcio y de la urgencia de limitar el número de nacimientos en los países tercermundistas, carne de cañón para «experiencias» de nuestros vecinos del Norte, que ya estaban preocupados seriamente por el problema demográfico; considerando que ellos —pocos— son y deberían seguir siendo los ciudadanos de primera, y nosotros —muchos— la mano de obra barata.

Osado y precursor fue don Benjamín hace ya más de 50 años, tanto o más católico que los actuales que rasgan vestiduras ante la sola mención de limitar los nacimientos o, peor aún, de evitarlos, y así con temas como la negación de los derechos reproductivos de las mujeres. Sin embargo, no vacilan en recurrir a las clínicas clandestinas de abortos, las «buenas», aquellas en que la niña «bien» (sin ánimo peyorativo, ya que ella es también víctima del sistema) paga por la interrupción, intervención disfrazada a menudo de bartolinitis, raspado biopsia, sinequias, metrorragia funcional, etc.

Un ejemplo de conservadurismo en nuestro país fue la «nulidad», que a falta de ley de divorcio en el país, estos mismos fervientes católicos que no vacilaban



en obtener mintiendo —perjurio— y pagando las numerosas nulidades matrimoniales fraudulentas, ya que este era el sistema «divorcio» de la época. La ley de divorcio que existe en la actualidad costó cien años de lucha.

Y peor aún, son los mismos que hablan de moralidad, de los pobres, de la justicia social y se valen de todos los medios que tienen a su alcance (verdaderas instituciones, con abogados, contadores, etc.) para cometer delitos tributarios eludiendo impuestos, que justamente están y han estado en todos los gobiernos, a fin de mejorar las condiciones de vida de estos mismos pobres, de las personas mayores, para mejorar la educación, los caminos, la salud, etc., es decir, le están robando al fisco y por ende a los y las pobres.

La ausencia de derechos reproductivos reconocidos en el país repercute sobre todo en las mujeres más pobres, muchas veces sin educación, ni redes sociales que las ayuden a informarse sobre prevención; sufriendo en carne propia las consecuencias de la explosión demográfica, tales como el hacinamiento, la promiscuidad, la violencia intrafamiliar, los incestos, las violaciones, el aborto clandestino (se calculan aproximadamente 60 000 al año) con sus secuelas de muerte materna, enfermedad grave y gastos para la salud pública, como veremos más adelante.

Y, ¿por qué? Porque algunos señores y señoras que se creen los portadores de las antorchas de la verdad, han querido imponer sus criterios y sus dogmas obsoletos, yendo en contra de todos los avances e investigaciones que han realizado economistas, filósofos, sociólogos y antropólogos, que llevan años estudiando y discutiendo en reuniones mundiales todo lo relacionado con la salud sexual y reproductiva y sus derechos.

No vamos a entrar en la discusión filosófica de si el feto de más o menos 12 semanas tiene o no «alma», o si es un ser humano con derechos civiles y otras cosas; ya que esto ha sido largamente discutido en todo el mundo y el aborto por decisión justificada (no como método anticonceptivo) de la madre ha sido aprobado en varios países hace ya varios años. No hay que olvidar por otra parte que lo del «alma» ya se planteó durante la conquista española a Latinoamérica, donde se decidió que los indígenas simplemente no tenían alma, por eso fueron masacrados de forma horrible (como todos sabemos).

¿De qué tienen miedo? A ellos no les va a pasar nada; nadie va a obligar a nadie a divorciarse o a interrumpir un embarazo no deseado. El actual proyecto de ley de interrupción voluntaria del embarazo por

tres causales no es obligatorio, simplemente trata de reglamentar aquello que se hace en clandestinidad, y otorgar como principios fundamentales la autonomía y la voluntariedad a las mujeres chilenas.

Varios países en el mundo han instalado la situación del aborto como un problema de salud pública y de derechos, que requiere legislaciones modernas que garanticen a las mujeres en el ejercicio de este derecho con plena autonomía, libertad y responsabilidad.

Hoy en el mundo solo existen siete países que penalizan totalmente el aborto bajo cualquier circunstancia¹. Chile, junto con El Salvador, Honduras, República Dominicana, Nicaragua, Malta y El Vaticano, penalizan totalmente el aborto. Siempre este es ilegal y pueden ir a la cárcel la madre o quienes la ayuden.

En Chile, tanto el divorcio como la ley de filiación son recientes. Los mismos señores que hoy se oponen al aborto por tres causales (riesgo de vida de la mujer, inviabilidad fetal extrauterina y violación) son los mismos que se han opuesto al uso de la anticoncepción de emergencia, a la educación sexual, al uso del condón, al reconocimiento de los distintos tipos de familia, a la unión civil independiente del sexo, lo que constituye una pintoresca paradoja, ya que Chile se cree uno de los países más desarrollados de América Latina: liberal en lo económico, conservador en la intimidad.

Estos señores que se escudan en la Iglesia Católica y Evangélica, como por desgracia se ha ido haciendo desde el tiempo de los mártires y de la inquisición, apoyados en los colegas que avalan estas posiciones proporcionando los argumentos «científicos» para ello; que conocen o creen conocer las tasas y estadísticas, son los «santos pensantes intelectuales». Los que no son como ellos, son considerados seres inferiores que no pueden decidir nada por ellos mismos, ni siquiera qué o en quién creer o cuándo o con quién casarse, formar una familia, cuándo tener los hijos, etc. Todo debe ser pensado, regido y planificado por estos «santos», a la manera de *Un Mundo Feliz* de A. Huxley.

Actualmente, las nuevas democracias internacionales están debatiendo temas como la salud sexual y la salud reproductiva desde la perspectiva de los Derechos Humanos, tratando de regular la situación de subdesarrollo, dependencia y dominación que ejercen élites conservadoras de toda Latinoamérica. Hay países como Colombia, Cuba, México y Uruguay

¹ Center Reproductive Rights, New York.

que han encarado la situación del aborto como un problema de salud pública y de derechos que han requerido legislación para despenalizar el aborto por las tres causales que en Chile se discuten.

Recordemos que el aborto existía en Chile desde la Colonia como una práctica «naturalizada». En el año 1874 se aprobó la primera norma jurídica en relación con el aborto, la que se fue «normalizando» como aborto terapéutico desde 1931 a 1989 en situaciones de riesgo de la vida de la madre. María de Encio, abuela de la Quintrala², y segunda concubina de Pedro de Valdivia entre 1546 y 1548, fue la primera mujer que defendió públicamente el derecho a no tener hijos no deseados y a usar abortivos, ante el mismísimo tribunal de la inquisición.

Diversas entidades internacionales como la OMS, OPS, ONU Mujeres, IPPF, Comisión Interamericana de Derechos Humanos, la Corte Europea de Derechos Humanos, Amnistía Internacional o Catholics for Choice (CFC) han considerado que penalizar el aborto es un atentado contra los Derechos Humanos de las mujeres. El alto comisionado de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos (ACNUDH), la Organización Panamericana de la Salud y la Organización Mundial de la salud en Chile (OPS/OMS), el Comité de Derechos Humanos de la ONU y otras recordaron el compromiso del Estado de Chile en el 2014 con «revisar y modificar la legislación actual que criminaliza la interrupción del embarazo en todas las circunstancias, y a adoptar medidas para reforzar y proteger los derechos sexuales y reproductivos de las mujeres»³. Además, recomendó despenalizar el aborto en casos de violación, incesto o riesgo para la vida de la madre⁴.

La situación de penalización del aborto terapéutico se promulgó en plena dictadura militar en 1989 y no ha sido considerado como problema ni demanda ciudadana por ningún gobierno de la concertación, a pesar de que las encuestas desde el 2009 muestran entre un 68 a 70% de apoyo de la ciudadanía a la despenalización del aborto.

El 6 de septiembre del 2011 se aprueba en la Comisión de Salud del Senado la idea de legislar sobre

el aborto terapéutico. En abril del 2012 se votó la idea de legislar en la sala del senado⁵. El 30 de abril del 2013 se ingresó el proyecto de ley de interrupción legal del embarazo por tres causales, patrocinado por diputados(as) de la cámara baja. Además, fue apoyado por varios candidatos a la presidencia en ese mismo año. Esto incluye una ley de derechos sexuales y reproductivos, educación sexual laica y humanista en los colegios, acceso a servicios de salud sexual y reproductiva, disponibilidad de métodos anticonceptivos, incluyendo la anticoncepción de emergencia y despenalización de la interrupción voluntaria del embarazo en las tres causales citadas.

Michelle Bachelet presentó al parlamento un proyecto de ley que regula la despenalización del aborto en las tres causales, en agosto del 2015⁶. El 4 de agosto del mismo año se aprueba por primera vez en democracia la idea de legislar en la comisión de salud de la cámara de diputados, lo que culminó recientemente, en marzo del 2016, con la aprobación en la Comisión Constitucional de dicha cámara.

La denuncia de los atropellos ha tenido varios matices; la ciudadanía, que por muchos años se auto-silenciaba y la silenciaban, se ha ido expresando. Las demandas surgen. Por ejemplo, aquellas no consideradas en la democracia producto de pactos políticos y «consensos nacionales» que se hicieron a espaldas de la ciudadanía, por los mismos de siempre. Estas demandas no escuchadas constituyen las «deudas democráticas o deudas históricas»: desde el sistema político electoral, la educación (los profesores), la salud, el sistema de pensiones (tercera edad) y las privatizaciones; una de estas deudas ha sido la despenalización del aborto.

Falta, pues, mucho camino por recorrer, la lucha ha sido dura y en algunas ocasiones hasta sucia.

Y para qué hablar de los derechos de las mujeres. Todo comenzó con el encarnizado combate a la anticoncepción de emergencia o mentada «píldora del día después», que, desde que salieron los anticonceptivos, ha existido. Todos los colegas la conocíamos y recibíamos y no decíamos nada... ¿Qué dicen los colegas que también rasgan vestiduras por la maldita píldora? Me pregunto si tienen la autoridad moral para dictar cátedra, para «lanzar la primera piedra», para

2 José Toribio Medina. *Historia del Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición en Chile*.

3 Comité de Derechos Humanos, Observaciones finales sobre el sexto informe periódico de Chile. 13 de Agosto de 2014, párrafo 15 y 35.

4 Secretario General de la ONU, Ban Ki Moon, en el marco del foro «Las Mujeres en el poder y en la Toma de Decisiones: Construyen un Mundo Diferente». Febrero 2015.

5 Proyectos presentados por los Senadores Escalona, Girardi y Rossi.

6 Mensaje de s.e la presidenta de la República con el que inicia un Proyecto de Ley que regula la despenalización voluntaria del embarazo en tres causales. Mensaje 1230/362.

hablar de moralidad, de rectitud, de amor y defensa de la vida. Parece que ya se olvidaron de cómo algunos de ellos delataban a sus mismos compañeros de trabajo por no estar de acuerdo con sus ideas, ya que no se podía tener una opinión diferente.

El aborto como problema de salud pública

Según el MINSAL, más de 1/3 de la mortalidad materna en los años 60 fue causada por aborto (302 muertes). El grupo más vulnerable: mujeres de más de tres hijos, estrato social bajo y baja cobertura hospitalaria del parto. Entre 1990 y 2003 hubo una disminución de la mortalidad materna, que luego se mantiene constante hasta el 2011: probablemente por la educación sexual temprana y aparición de los métodos anticonceptivos, desde 1963. Según la OMS la salud se define como un estado de completo bienestar, físico, mental y social, y no solamente la ausencia de afecciones o enfermedades⁷.

Frente a la interrupción legal voluntaria del embarazo, el hecho de que la gestación ponga en riesgo no solo la vida, sino la salud física, mental o social de la mujer, no está considerado en el proyecto enviado por el ejecutivo, que solo se refiere al *riesgo de vida*, dejando de lado el concepto acuñado por la OMS.

Causas de mortalidad en la mujer embarazada.

Hay tres causas que constituyen el 67% de las muertes maternas en Chile: las muertes obstétricas indirectas por enfermedades maternas transmisibles y no transmisibles, que finalmente ocasionan la muerte de la mujer. En caso de despenalización, esta cifra disminuiría. Los trastornos hipertensivos son la segunda causa en Chile; exacerbados por factores de riesgo como adolescencia, enfermedades crónicas, sobrepeso e ignorancia.

El aborto es la tercera causa de mortalidad, generalmente por complicaciones que presenta la mujer después de realizado, ya que el proceso mismo no produce mortalidad en la mujer gestante ni tampoco esterilidad posterior; esta se ve influida por otros factores como, por ejemplo, condiciones inseguras, clandestinidad o accidentes.

Es cierto que existen avances en el diagnóstico prenatal sobre la inviabilidad del embrión o feto. Las causas más frecuentes de estas son genéticas o fallas del desarrollo embriológico con un total estimado de 1192 casos cada año⁸.

Todos sabemos que los avances actuales en la cirugía intrauterina que dicen corregir las anomalías fetales de inviabilidad solo son factibles en algunos casos, en centros muy especializados y de alto costo, y no son posibles en la mayoría de los casos. Luego esto es una utopía o una esperanza a futuro.

La violación

La violación es una situación límite que genera un quiebre en la salud psíquica y física. La imposición del embarazo es un nuevo asalto al cuerpo sin considerar nuevamente la voluntad de la mujer/adolescente. Las cifras de violación infantil son alarmantes en Chile, siendo este el tercer país en el mundo en denuncias de agresión sexual y el primero en América latina, donde diariamente 17 mujeres son violadas y de estas 10 son niñas menores de 14 años⁹.

La violación es un evento traumático, marcado por el terror, generalmente en el marco de relaciones incestuosas, abusivas y de explotación, con sentimientos de culpa por denunciar al perpetrador; que son conflictivas, por cuanto la mayoría de los victimarios pertenece a la familia o la red cercana a la niña, con factores de intimidación.

De acuerdo a estadísticas publicadas por el SML, en el año 2011 en Chile, cada 25 minutos una mujer es violada. Según cifras del SENAME, del total de menores ingresadas víctimas de violación, 58 de ellas se encontraban embarazadas. De ellas, ocho niñas entre 11 y 12 años, y 50 entre los 13 y 18 años de edad.

Penalización

Desde 1989, la penalización para el aborto fue impuesta en Chile. El código penal en los artículos 342 a 345, bajo el título «Crímenes y delitos contra el orden de las familias, contra la moralidad pública y contra la integridad sexual», castiga con penas de tres

⁷ Definición de *salud* según la Organización Mundial de la Salud.

⁸ Ramiro Molina. *Aborto: Mitos y Realidades*. INICIATIVA LAICISTA. Número Especial. Octubre 2012. Santiago, Chile.

⁹ Jackson, 2010.

a cinco años por practicarse un aborto, y de 541 días a tres años por efectuarlo¹⁰.

Investigaciones científicas concluyen que no hay relación alguna entre el aborto y problemas de salud mental. El sufrimiento psicológico postaborto sí existe, ya que nadie se hace un aborto por gusto y la intensidad de este va a depender de las variables de personalidad previa y del acompañamiento afectivo o *coaching*.

El síndrome postaborto

El síndrome postaborto no existe y el malestar resentido por las mujeres en esta experiencia es un fenómeno social situado en una sociedad que la criminaliza, vigila y culpabiliza: lo que no es sinónimo de diagnóstico clínico. Este no se encuentra tipificado en el DSM-V.

Existen actualmente proyectos de ley que presentan una propuesta de acompañamientos en estas situaciones (violación o feto inviable) pero impuesto y no voluntario.

Mujeres y niñas que desean continuar con su embarazo, o quieran ponerle término deben contar con un acompañamiento que respete sus decisiones, con psicoeducación, intervención en crisis y psicoterapia sin intención persuasiva.

Urge un plan nacional con centros integrales de educación sexual y prevención donde se explique sexualidad, métodos de barrera, especialmente en los sectores más vulnerables del país.

Desigualdad en la atención de salud

La ley acentúa la discriminación hacia las mujeres pobres que enfrentan procedimientos clandestinos, insalubres y precarios¹¹, personal sin preparación, condiciones inapropiadas o abortos autoprovocados. Las de mejores condiciones cuentan con recursos o redes para realizarlo en forma segura o en otros países.

En muchos casos el personal de salud olvida su rol médico de atención y cuidado, ejerciendo un rol enjuiciador o de juez moral, obligando a las mujeres a una serie de confesiones, denunciando los casos a la policía presente en todos los hospitales y hasta amenazándolas.

Ha habido casos —como hace años en la Posta el Cuatro—, cuando el médico que hacía los raspados en un turno de noche, sin anestesia, por supuesto, extrajo casualmente un feto bien formado y presentándoselo a la mujer le dijo: «Esto es lo que mataste». La falta de anestesia era para todas y la explicación dada por los jefes fue: era un «como castigo».

10 Código Penal, 1874, Título VII.

11, Susheela Singh et al. ABORTO A NIVEL MUNDIAL: UNA DÉCADA DE PROGRESOS DESIGUAL. The Alan Guttmacher Institute, New York. (2009).

Mona Lisa e os poetas malditos

Josyanne Rita de Arruda Franco

Na poesia, a imaginação vê e se manifesta por meio de palavras, a abstração se torna verso e a musicalidade entoa a emoção essencial. A realidade mergulha no sonho e as metáforas desnudam um novo mundo, ambíguo e desfeito em apelos subjetivos.

Se a experiência visual nos convida ao contexto e à circunstância, onde o belo é valorizado como realidade estética mensurável, é na poesia que a face oculta da natureza humana se revela e onde, muitas vezes, o feio encontra seu lugar.

Foi na contramão da hipocrisia cotidiana que despontou, no fim do século XIX, sob influência da arte de Charles Baudelaire, a Trindade Sagrada do Simbolismo Francês, composta pelos poetas Paul Verlaine, Arthur Rimbaud e Stéphane Mallarmé. Mostrando seu viver atormentado e a dubiedade que existe nas almas criativas, os poetas mergulharam profundamente na aventura simbolista.

Resgatando um pouco do romantismo no enfoque aos sentimentos, mas sem os arroubos idealizados pelo coração, os poetas simbolistas se aprofundaram nos estados da alma. Sorumbáticos e angustiados, despiram-se dos rigores da poesia parnasiana (culto e metrificada, que exaltava a forma e a estética) para se derramaram em versos subjetivos, musicais e sinestésicos.

A melancolia, o desregramento, os vícios e a boemia, muito além de maneira contestadora e rebelde, apresentam-se nos versos simbolistas como parte da subjetividade humana, cujos desejos e conflitos permeiam a linguagem poética.

A musicalidade, infiltrada em versos cheios de transcendência e introspecção, utiliza figuras de linguagem repletas de simplicidade enternecedora e reflexiva.

O triste é triste. A dor machuca. A morte é fato. A felicidade e a crueza estão em tudo o que existe. O riso e o escárnio fazem parte do viver e a obscuridade do verso não o dissocia da espiritualidade. Se a sociedade aprisiona, a poesia deve ser libertária e obedecer ao ditame do sentir, usando a imaginação e o sonho muito além da beleza.

A urgência e as antíteses marcaram os poetas malditos. Viveram seu tempo com intensa passionalidade. Figuras instáveis, trágicas e perplexas ante a vida e seus imprevisíveis percalços, sorveram em goles de absinto a própria existência.



E quanto à Mona Lisa? “La Joconde” repousa, atemporal e altiva, na França dos poetas malditos. Seus lábios sugerem refinada ironia e enigmática promessa. Seu olhar dúbio acompanha, desafia e perscruta aqueles que a admiram, como se quisesse segredar (para sempre!) aquele instante de criação artística que superou o próprio tempo.

Mona Lisa... é poesia! Profundidade lírica e liberta do imaginário de cada um de nós.

O fabuloso quadro de Leonardo da Vinci transpôs o limiar da beleza renascentista e se eternizou como a mais valiosa e famosa obra artística na história do mundo.

Sob qualquer forma e em qualquer tempo, a arte sempre expressará o enigma da alma do seu criador.

Mona Lisa y los poetas malditos

Josyanne Rita de Arruda Franco

En la poesía, la imaginación ve y se manifiesta por medio de palabras, la abstracción se vuelve verso y la musicalidad entona la emoción esencial. La realidad sumerge en el sueño y las metáforas desnudan un nuevo mundo, ambiguo y desecho en llamamientos subjetivos.

Si la experiencia visual nos invita al contexto y a la circunstancia, donde el bello es valorado como realidad estética medible, es en la poesía que la faz oculta de la naturaleza humana se revela y donde, muchas veces, el feo encuentra su lugar.

Fue en contra de la hipocresía cotidiana que despuntó, en el fin del siglo XIX, bajo influencia del arte de Charles Baudelaire, la Trinidad Sagrada del Simbolismo Francés, compuesta por los poetas Paul Verlaine, Arthur Rimbaud y Stéphane Mallarmé. Mostrando su vivir atormentado y la incertidumbre que existe en las almas creativas, los poetas sumergieron profundamente en la aventura simbolista.

Rescatando un poco del romanticismo en el enfoque a los sentimientos, pero sin los arrebatos idealizados por el corazón, los poetas simbolistas se profundizaron en los estados del alma. Zurumbáticos y angustiados, se desnudaron de los rigores de la poesía parnasiana (culto y metrificada, que exaltaba la forma y la estética) para derramarse en versos subjetivos, musicales y cenestésico.

La melancolía, el desreglamento, las adicciones y la bohemia, más allá de la manera contestadora y rebelde, se presentan en los versos simbolistas como parte de la subjetividad humana, cuyos deseos y conflictos permean el lenguaje poético.

La musicalidad, infiltrada en versos llenos de transcendencia e introspección, utiliza figuras de lenguaje repletas de simplicidad enternecedora y reflexiva.

El triste es triste. El dolor lastima. La muerte es un hecho. La felicidad y la crudeza están en todo lo que existe. La risa y el escarnio forman parte del vivir y la obscuridad del verso no lo disocia de la espiritualidad. Si la sociedad aprisiona, la poesía debe ser libertaria y obedecer al dictamen del sentir, usando la imaginación y el sueño muy además de la belleza.

La urgencia y las antítesis marcaron los poetas malditos. Vivieron su tiempo con intensa pasionalidad. Figuras inestables, trágicas y perplejas ante la vida y sus contratiempos imprevisibles, bebieron en sorbos de absintio la propia existencia.



¿Y respecto a la Mona Lisa? “La Joconde” reposa, atemporal y altiva, en la Francia de los poetas malditos. Sus labios sugieren refinada ironía y enigmática promesa. Su mirada dudosa acompaña, desafía y escruta aquellos que la admiran, como se quisiera secretar (¡para siempre!) aquel instante de creación artística que superó el propio tiempo.

Mona Lisa... ¡es poesía! Profundidad lírica y liberta del imaginario de cada uno de nosotros.

El fabuloso cuadro de Leonardo da Vinci transpuso el umbral de la belleza renacentista y si eternizó como la más valiosa y famosa obra artística en la historia del mundo.

Bajo cualquier forma y cualquier tiempo, el arte siempre expresará el enigma del alma de su creador.

Diferencias entre la medicina de hoy y la medicina de antaño

Luis José Daza López

Quien no conoce a Grecia es un insensato y es más insensato aquel que la conoce y no la admira, y es más insensato aún, aquel que después de haberla conocido y admirado la abandona.

A Grecia iban las miradas de todas las personas que querían incursionar en las distintas ramas del saber universal, por eso tomamos a este pueblo altivo y trabajador como fuente del conocimiento.

Pero ya sin hipérbole, podemos decir que lo que más sorprendió a los griegos en sus investigaciones empíricas fue indudablemente la descomposición de la materia.

Los médicos comenzaron sus limitados tratamientos a las personas enfermas con brebajes, guiados por las manos sabias de la naturaleza y por ese relato oral que se transmite de generación en generación, pero a veces resultaba la medicina peor que el mal, porque se sometía a los enfermos a tratamientos bárbaros para curar las hemorragias producidas por heridas profundas, lo hacían con aceite hirviendo o con hierro al rojo vivo.

Pero indudablemente el Renacimiento jugó un papel importante en los avances de la ciencia médica, haciendo aportes profundamente significativos, porque no existía el espíritu científico, fueron muchas las personas que sucumbieron por tratamientos inhumanos e irracionales.

La experimentación y la investigación inductiva estaban relegadas al desprecio. Grecia fue el faro que iluminó al mundo, pero indudablemente hubo otros pueblos que hicieron importantes contribuciones al saber universal.

Vesalio, médico de Carlos V, al abrir un cadáver y darse cuenta de que las enseñanzas de Galeno sobre el organismo humano estaban erradas, prefirió dudar de sus propias observaciones antes que recusar al insigne anatomista, porque estaba prohibido abrir los cadáveres y él había violado la ley. Natural de Bruselas, publicó una obra notable sobre la estructura del cuerpo humano. Fue acusado de haber abierto el cuerpo de un hombre vivo, su corazón aún palpitaba. El Tribunal de La Santa Inquisición lo condenó a la pena capital pero le fue conmutada por visitas a los lugares santos. La intromisión de la Iglesia en la experimentación era y ha sido un obstáculo para el vuelo de las ciencias. Aquí cobran fuerzas las palabras de Apeles: «Zapatero a tus zapatos».

Miguel Servet descubrió la circulación de la sangre entre el corazón y los pulmones (pequeña circulación). Todos estos experimentos se hicieron



subrepticamente, porque la Iglesia prohibía hasta el respirar sobre los cadáveres.

Ambrosio Paré fue el iniciador de la cirugía racional, con la cual alivió la suerte de muchos enfermos a quienes se les sometía a tratamientos bárbaros. Recomendó, para combatir las hemorragias por heridas o amputaciones, la ligadura de las arterias a cambio del aceite hirviendo y el hierro al rojo vivo.

Tan solo por medio de la educación puede el hombre llegar a ser hombre: el hombre no es más de lo que la educación hace por él.

El que solo de medicina sabe, ni de medicina sabe.

El médico casi nunca cura, a veces alivia pero siempre debe de consolar.

Los médicos de antaño, los que se hundieron en el paso proceloso de los años izando el pabellón de la ética, tuvieron unas características que deseáramos que las aplicaran los médicos modernos, esos que como el Rey Midas, todo lo quieren convertir en oro, hasta las quejumbres dolorosas de sus pacientes, pisoteando ese código de preceptos excelsos como es el *Juramento Hipocrático*.

Los médicos del pasado le prodigaron mucho amor, mucho afecto a sus pacientes, no les importaba que sus enfermos tuvieran o no dinero para dedicarle sus más excelsos cuidados y eran galenos de medicina general, pero con un corazón magnánimo.

Con Augusto Conte hubo la independización del saber y hoy vemos médicos especialistas en las diferentes disciplinas que constituyen el cuerpo humano, lo que facilita los diagnósticos, además, tienen sofisticados aparatos que hacen casi inequívocas sus aseveraciones.

También vemos en el mundo personas con órganos vitales trasplantados que conviven con nosotros y cumplen sus funciones.

La mayoría de los médicos del mundo tienen un cáncer incurable en el corazón que les corroe las entrañas y es el interés desmedido por el dinero; se volvieron indolentes como una roca andina, tienen más preocupación por la situación económica del paciente que por sus quebrantos de salud. La medicina se convirtió en el negocio del siglo, con clínicas de garaje, carente de las más mínimas condiciones higiénicas, la medicina convertida en negocio lucrativo, es una lástima.

Enfermos que mueren en las puertas de las clínicas, esperando un remedio, pero como dice un bardo colombiano, a nosotros los pobres hasta la muerte no llega tarde.

Las clínicas modernas y los diagnósticos científicos son para los propietarios de chequeras robustas.

La medicina científica está en la cima, pero éticamente está en la otra cima.

Hay que hacer un llamado a todos los médicos del mundo y decirle al doctor Barnard, para que, sin excepción, les cambie el corazón y les saque a Jorge Washington de su interior.

Ética, humanismo y valores en la medicina moderna

José Ariel Pierre Lattus Olmos

Puede que estemos a punto de entrar en un futuro post humano, en el que la tecnología nos dotará de la capacidad de alterar gradualmente la esencia humana con el tiempo

Francis Fukuyama. *El fin del hombre: consecuencias de la revolución biotecnológica*

Los cambios culturales y sociales nos han inducido a reordenar velozmente las ideas, los hábitos, las costumbres, las aficiones, la concepción del tiempo y del espacio, la estructura familiar, la influencia intergeneracional, la remoción de arcaicos conceptos en medicina, física, astronomía, agronomía, telecomunicaciones y en múltiples y variadas esferas del conocimiento humano.

Los persistentes cambios de nuestra época, cuyas proyecciones e intensidad resulta aventurado anticipar, hacen que una ética amarrada por normas y regulaciones dogmáticas inalterables devenga obsoleta e incongruente respecto de la explosiva variabilidad de las costumbres.

Un buen ejemplo lo constituye el aborto, la eutanasia y la eugenesia, temas que están instalados hoy en el centro de la sensibilidad nacional y que demandan criterios y respuestas asertivas, por tratarse de una cuestión ligada indisolublemente a la existencia misma del ser humano y al significado de esta. Confluyen aquí no solo puntos de vista jurídicos, sino también médicos, filosóficos, morales, religiosos y hasta económicos, lo que explica su enorme complejidad y las dificultades para alcanzar acuerdos y soluciones que satisfagan los distintos intereses en juego.

La esencia de la cuestión radica entonces en el contenido ético y humanista que ha de guiar el ejercicio del Derecho, de la ciencia y de la técnica, como de toda actividad humana al servicio del hombre y de la humanidad.

Por otra parte, los rápidos cambios y la avanzada progresión de la ciencia y la tecnología e investigación en todos los aspectos de la vida humana, sobre todo en medicina, repercuten necesariamente en los planteamientos que debemos tener presentes a la hora de definir conductas que favorezcan la resolución de aquellos casos clínicos que, gracias a estos avances, llegan a buen puerto, ya sea una madre sin secuelas o un feto que antes de ello moría *in utero*, o al nacer por presentar patologías que no estaban al alcance de una solución médica.

Hemos asistido a numerosos casos que nos han permitido avanzar y acumular experiencias, y esperamos en un futuro próximo poder entregar a cada paciente —cuya patología compleja antes no le permitía enfrentar una solución que muchas veces no le aseguraba la supervivencia—, un verdadero halito y la esperanza de una mejor calidad de vida.

Cambios, conductas y esperanza son adjetivos que deben estar muy arraigados en nuestra actividad médica, especialmente en la ginecología y obstetricia; sin



ellos la especialidad pierde todo el sentido humano del trabajo en los diferentes campos que emprendemos.

Hemos asistido, además, a un cambio potencialmente impactante en los diferentes servicios que ejercen la especialidad, y es la falta de especialistas que repercute en la atención de nuestras pacientes. ¿Cuánto demoraremos en recuperar el número de gineco obstetras que equilibre la entrega de soluciones a este elevado número de pacientes?

Debemos reconocer que se ha producido un desequilibrio en los servicios públicos, y este se refiere a la delicada e ideal fórmula de la relación médico-paciente.

Por todo lo anterior, aunque los grandes avances de la ciencia y la tecnología, los novedosos y exitosos planteamientos en la solución de complejas patologías en nuestra especialidad, la falta de especialistas en los servicios públicos, las exigencias de un paciente que reconoce sus derechos y deberes, los nuevos conceptos de la calidad en la atención, etc., nos obligan a una seria introspección y a exigir las soluciones necesarias que van a ir a mejorar y a aliviar el permanente

estrés del médico especialista, y por consecuente la tranquilidad de la paciente y su familia que nos exige solo resultados positivos en el manejo de sus problemas de salud.

Los especialistas debemos asumir conscientemente la responsabilidad de guiar por los terrenos de la ética nuestra propia evolución biológica, que debe ser el fruto del conocimiento, base de la auténtica libertad espiritual del hombre. Esto significa que debemos escoger conductas en las que los valores estén involucrados, ya que, a no mucho andar, cada uno de nosotros estará frente a una interrogante, a un dilema, que lo hará meditar sobre el tema que acabamos de analizar... si es que ya no lo ha hecho.

Así, el médico gineco obstetra inmerso en el ambiente que se ha descrito, se forja en una actitud serena, abierta e ilustrada para conocer y sopesar las más diversas circunstancias del humano acontecer, y elegir, de entre ellas, las que constituyan sólida garantía para el ennoblecimiento y dignificación de la naturaleza humana.

El sentimiento de la amistad y la fraternidad

José Ariel Pierre Lattus Olmos

«Un estilo de vida, un aspecto de la vida humana que se mantiene en el tiempo, como lo es el sentirse Belisariano»

Recuerdos de un residente del Hogar Universitario Belisario Torres de la Universidad de Chila, allá por el año 1965

El estilo existe no solo en las obras de arte y en los diversos aspectos de la vida humana, sino también en la convivencia, y nada más concreto que el lapso de vida vivida en el Hogar Universitario Don Belisario Torres Echavarría. El uso adecuado de la intuición y las corazonadas tiene que ver con nuestra capacidad para sentir los mensajes de nuestro ser interior, lo que sentimos en lo más íntimo como lo correcto, de lo que podemos desechar y no arrepentirnos más tarde. Este es un arte, es decir, la habilidad para saber descifrar los elementos que tienen como raíz en la evolución de nuestro cerebro. Por lo mismo no es tan fácil para las personas jóvenes como lo es para las mayores tener estas intuiciones, lo que encierra el concepto de «sabiduría», que es una reserva que debemos ser capaces de utilizar exitosamente en determinadas situaciones.

Voltaire manifestaba que «las palabras fueron creadas no para expresar los sentimientos, sino para ocultarlos». Las normas tácitas para una buena convivencia entre jóvenes y adultos son en general saber vivir y convivir con el debido respeto al prójimo de cualquier nivel, sin olvidar que la libertad de uno termina donde empieza la del otro. Hay muchos ejemplos de este aspecto de la vida en el Beli, los lazos creados en aquella instancia han sido tan potentes, que estamos hablando de amistades de más de 50 años.

Quienes ignoran estas normas, tienen el hábito de exaltar con exageración el valor de la amistad en un plano puramente teórico, y de la fraternidad ni siquiera hacen referencia. Son eruditos y exageran en la descripción de las variables de los sentimientos que en su propio marco puede ser de acendrada nobleza. Acá vale lo que expresaba con sabia elocuencia Voltaire.

Hay quienes que por naturaleza no sienten los dones de la amistad y desconocen la fraternidad, y no les queda nada más que aparentar para no quedar mal. Se presentan siempre con rostro sonriente y amable, como el mejor amigo. Solamente que en los hechos desconoce el sentido de la reciprocidad. Tal vez no imagina siquiera la posibilidad de tener que desprenderse de algo suyo, por poco que sea. Claro ejemplo lo tenemos también entre nuestros contemporáneos, por nombrar alguno Bolibarrios, quien no trepidaba en aplicar la fuerza bruta y sus dotes de buen eructador para amilanar a los debiluchos y enclenques estudiantes universitarios.

Este tipo de persona, que no es exclusiva de ningún círculo humano, va a ver a sus conocidos o se acerca a los círculos, solo cuando él los necesita. En ninguna



otra ocasión. Como decía Aristóteles: «Ay amigos, no hay amigos».

Pero por suerte para todos hay amigos y personas dispuestas a tener tratos fraternos, que tienen la disposición de ánimo siempre abierta y más dada a comprender que a juzgar, es la característica mayor de quienes pasaron parte de su vida acompañado de otros jóvenes universitarios y belisarianos, por supuesto. Las hay en todas partes, no son privilegio de ningún grupo humano, y eso compensa con creces la actitud de quien siempre lleva el agua solo a su molino.

Los buenos amigos sienten la amistad como una vivencia profunda que hace crecer a los que la conocen, son malos para opinar sobre qué es o no es la amistad, incluso rehúyen el tema, se acercan mucho a lo que podría ser un amigo fraterno. Su conducta socialmente hábil proviene o es resultado de la expresión de sus sentimientos, cálidos y expresivos, sus actitudes son de franqueza, de sus deseos, sus opiniones directas y derechos de un modo adecuado, respetan las conductas que provienen de los demás y resuelven de inmediato los problemas surgidos en una situación determinada, minimizando así la posibilidad de futuros conflictos; se estructura así una de las características más reconocidas en este aspecto: la asertividad, propia también de los que gozaron del ambiente belisariano.

Debo destacar en este desarrollo una de las formas más importantes de las relaciones humanas: el sentido del humor. No se ha definido si es una característica del ser humano o un comportamiento. No importa. Lo relevante es que su empleo eficaz se considera como parte importante de la función en las relaciones interpersonales de un ser humano. El que se ríe de sí mismo es el preferido de los comediantes y de los líderes de organizaciones. Cuando las bromas se dirigen a uno mismo, nadie puede sentirse insultado. Cuando estemos demasiado serios, pongamos este pequeño bálsamo a nuestras vidas, y veremos cómo situaciones tensas se tornan más amigables y fraternas. Cabe hacer notar que muchos han sido quienes han hecho carne de este sentido, sin ir más lejos, el Cuchepo Márquez, Cuchepito Lattus, el Cuico, el Farolo, el mismo Huaso, el Panda, la Bubulina, y tantos otros, que no me atrevo a nombrarlos todos para no herir susceptibilidades.

Otro de los aspectos importantes en nuestro crecimiento y formación como seres humanos, es nuestra capacidad de salir fortalecidos frente a dificultades, y es una característica relacionada con la inteligencia

emocional, nuestra propia motivación. Las situaciones de crisis y las continuas condiciones de estrés, las enfrentaremos con la resiliencia, que es un proceso psicológico que nos permite rebotar a partir de experiencias difíciles. La resiliencia se puede aprender y practicar día a día, incluye un repertorio de pensamientos, conductas y acciones a desarrollar por cualquiera de nosotros. Viene del latín *resilio*, y es esa capacidad de cosas tan simples como encontrarle sentido a la vida, el desarrollo del sentido del humor y la aceptación incondicional de nuestra persona que repercuten en la percepción de las cosas, motivaciones y estados emocionales.

Las emociones desempeñan un papel importante en nuestras vidas, la clave está en utilizarlas en forma inteligente, que es lo que se quiere expresar al usar el término de inteligencia emocional: «hacer deliberadamente que nuestras emociones trabajen en beneficio propio, de modo que nos ayuden a controlar nuestra conducta y nuestro pensamiento para obtener buenos resultados». Esta se puede alimentar, desarrollar y aumentar para que nos proporcione sentimientos, valoraciones, acciones e intenciones cuyo procesamiento con todo los datos integrados nos afine la autoconciencia. La adecuada articulación de las relaciones interpersonales son los eslabones que permiten unir las habilidades de las distintas personas con las que nos relacionamos. Es una característica del ser humano, por lo que la habilidad para comprender y tener una buena comunicación con otras personas en el manejo de este aspecto humano de las relaciones, es potencialmente una gran posibilidad de poseer una amplia y creciente red de amistades, ello considera dos aspectos relevantes: la buena disposición y la confianza. A estas alturas con edad que consideraremos madura, nuestras emociones están a flor de piel, y se han visto demostradas en los encuentros belisarianos, en los que hemos echado más de alguna lágrima por la intensidad de las situaciones vividas.

El hecho de haber vivido más tiempo, significa necesariamente que hemos acumulado más experiencias; no obstante, hay una diferencia en la cantidad y en la calidad de experiencias. En nuestros encuentros belisarianos el énfasis estará entonces en las motivaciones, las necesidades, los intereses y los logros, tal como ocurre en las conversaciones y discusiones en grupo. Para todo lo anterior, la motivación es esencial, la sensibilidad y los incentivos son factores significativos, la orientación y la perspectiva del tiempo que nos permite trasladar el aprendizaje

desde uno centrado en el sujeto, a un estudio centrado en el grupo.

Esta oportunidad para juntarnos es la idea central de nuestro querido Hogar Universitario Belisario Torres, es un verdadero acto creativo y una real posibilidad de que ello ocurra. Nos liberaremos y liberaremos las amarras que permanecen en nuestras creencias, en nuestras certezas, en nuestros valores y finalmente podremos poner las ideas como relevantes en nuestra entrega de lo aprendido en el rico ambiente belisariano.

Las habilidades descritas en este texto son parte del autoconocimiento, en el cual son relevantes, desde el punto de vista emocional, tres competencias, a saber: la conciencia emocional que reconoce nuestras propias emociones y afectos, la autoevaluación

que precisa conocer las fuerzas y debilidades propias, y la confianza en uno mismo con la certeza sobre los valores y facultades propias de nuestra persona.

Si somos capaces de reconocer nuestras propias emociones y estamos dotados de estas aptitudes sabremos: qué emociones experimentamos y por qué; percibiremos los vínculos que existen entre nuestros sentimientos y lo que pensamos, hacemos y decimos; reconoceremos el efecto que tienen estas sensaciones nuestras en nuestras propias actitudes; y reconoceremos los valores y metas que nos guiarán en nuestro desempeño en la vida diaria. Así, entenderemos por qué las lágrimas son infaltables en los encuentros de amigos y sus sentimientos fraternos que los hacen verdaderos hermanos.

Escuelas de medicina, médicos y tabaco

José Leonel Miranda Barrios

La creencia de los indios hurones en América del Norte reza: «En la antigüedad, cuando la tierra era estéril y la gente se moría de hambre, el Gran Espíritu envió a una mujer para salvar a la humanidad. Ella viajó por el mundo y lo que su mano derecha tocó en el suelo, hizo crecer patatas, lo que su mano izquierda tocó, hizo crecer el maíz. Luego se sentó y en el lugar en donde se había sentado, allí creció el tabaco» (Ericksen, Mackay y Ross, 2012).

En el año 6000 a.C. se origina en América el cultivo de la planta de tabaco. La historia registra que en 1493, Cristóbal Colón lleva consigo la planta de América a Europa. Los primeros intentos de cultivo fallan, luego en Francia, Diplomata Jean Nicot, Señor de Villemain, introduce la planta desde Portugal. Describe como la reina Catalina de Medicis utiliza el tabaco para tratar sus migrañas, y es así como en 1557 los médicos europeos recomiendan el tabaco como cura para el dolor de muelas, la halitosis, el trismo y el cáncer.

En Rusia, para 1750, Pedro el Grande anima a sus cortesanos a fumar tabaco y beber café, costumbre de moda en Europa. Carolus Linnaeus designa a las plantas del género *Nicotiana* y clasifica dos especies: *Nicotiana rústica* y *Nicotiana tabacum*.

La exposición al humo ambiental de tabaco, por la combustión del mismo, es un problema de la salud pública a nivel mundial que a través de los años ha acompañado al quehacer médico; por el consumo del mismo entre estudiantes de medicina, médicos, odontólogos y personal de salud, y por tratar las consecuencias que conlleva su uso en la población expuesta.

En 1842 Charles Dickens, en *American Notes*, describe la ciudad de Washington D. C. como el cuartel general de la saliva teñida de tabaco, y la recomendación que se hacía a los visitantes de edificios públicos y en los hospitales, al solicitar a los estudiantes de medicina que escupieran el jugo de su tabaco en los cajones proporcionados para ese fin (las escupideras nacionales), para no manchar las escaleras y columnas de mármol. Dickens escribe: «La prevalencia de esas dos prácticas odiosas, la masticación y expectorar, comenzó alrededor de este tiempo para ser cualquier cosa menos agradable, y pronto se convirtió en lo más ofensivo y repugnante». Surgió así, en este contexto, una de las primeras normas antitabaco: no escupir en público (Silvis y Perry, 1987). Situación ocasionada por la costumbre muy popular y social en el siglo XIX de la utilización de tabaco sin humo, es decir, aspirado por la nariz, mascado y picado. Esta



forma de consumo de tabaco, muy frecuente en habitantes de los Montes Apalaches en Estados Unidos de Norte América, registró un incremento de cáncer bucal entre las mujeres que así lo utilizaban. Las clínicas pediátricas de Norte América registran el caso del estudiante Sean Marse, en Oklahoma, que fallece a los 19 años de edad a consecuencia de un cáncer bucal y con la siguiente anotación: «mascaba tabaco de forma intensiva desde los doce años de edad».

Para finales de 1800, la invención de la primera máquina para la producción de cigarrillos en serie incrementa la utilización de cigarrillo inhalado, con humo. El tabaquismo comienza su crecimiento explosivo. Es importante mencionar que así como el no escupir en público se convirtió en una norma anti-tabaco, en ciudades como Turquía, durante el año de 1623, a los fumadores se les perforaba la nariz, eran colgados, destrozados y descuartizados. En Rusia, el Zar Miguel Romanov ordenaba el exilio de los fumadores a Siberia, aunque en otro tiempo de la historia, Pedro el Grande incentivaba el uso en su corte.

De alguna manera, la presencia de humo en la práctica de algunas situaciones particulares tiene un efecto de misticismo. Por ejemplo, relata la historia la interpretación del futuro que expresaba la pitonisa de Delfos en la antigua Grecia, después de estar expuestas a la inhalación de dióxido de carbono, lo que aumentaba su poder adivinatorio.

El tabaco es un producto de venta legal, que mata entre un tercio y la mitad de sus consumidores, al ser usado como lo indican sus fabricantes, con una pérdida promedio de 15 años de vida, asociado a seis de las ocho principales causas de muerte en el mundo: cardiopatía isquémica, enfermedades cardiovasculares, infecciones de las vías respiratorias bajas, enfermedad pulmonar obstructiva crónica, enfermedad cerebrovascular, cáncer de tráquea y pulmón, entre otras (Organización Mundial de la Salud, 2011).

A pesar de que el tabaco es una planta, cuando es convertido en cigarrillo, la manipulación química que se realiza con la finalidad de alcanzar mayor ventaja económica incluye la adición de componentes químicos que son dañinos para la salud del consumidor. Estas sustancias, al ser expuestas al calor de la combustión, se alteran, causando severos daños, tanto a quien lo está fumando, como a quien involuntariamente inhale ese humo. Se conoce que 400 de dichos componentes son muy tóxicos, 50 se consideran cancerígenos y 12 son conocidos como gases tóxicos (Matt et al., 2004).

Pero así como la industria tabacalera empieza a tener auge y crecimiento comercial, de esa misma cuenta, en Europa, Fritz Lickint, en Alemania publicó la primera evidencia que vincula al consumo de tabaco con cáncer de pulmón. Para 1938, en Estados Unidos de Norteamérica, el doctor Raymond Pearl, de John Hopkins, publica en la revista *Ciencia* un artículo que describe la muerte prematura de los fumadores en comparación con los no usuarios y los fumadores moderados.

E. Wynder y Evarts Graham publican en la prestigiosa revista JAMA fumar tabaco como un posible factor etiológico en el carcinoma broncogénico, logrando que este medio no acepte la publicación de anuncios de tabaco a partir de 1953.

Para 1985, el 73% de la producción de la planta de tabaco se cultiva en países de bajos y medianos ingresos. La OMS publica el primer informe sobre los efectos del tabaco y surge el Día Mundial sin Tabaco, que posteriormente se convierte en un evento anual, celebrándose el 31 de mayo de cada año. Genetistas determinan que los productos químicos en el humo de cigarro tienen consecuencias mórbidas en el material genético (Ericksen, Mackay y Ross, 2012).

La dinámica del consumo de tabaco presenta dos situaciones importantes: el fumador que aspira el humo de tabaco central o corriente principal, y la exhalación del humo o corriente lateral, que incluye también al humo que se libera del extremo de un cigarrillo en combustión, considerándose como humo de segunda mano. Esta exposición ambiental e involuntaria al humo de segunda mano es considerada por la OMS como causante de un aproximado de 600 000 muertes anuales y con la proyección de contabilizar 1 billón de muertes para el año 2030 (Organización Mundial de la Salud, 2009). El cirujano general en Estados Unidos de Norte América estimó en ese país más de 480 000 muertes en el año 2014 (Carter et al., s. f.).

En consecuencia, la calidad y los efectos en la salud de las personas expuestas al humo de segunda mano han sido motivo de estudio, incluso por las mismas tabacaleras. De esa manera, la Philips Morris Tobacco, en los documentos desclasificados por orden de una corte federal en EEUU, ya tenía conocimiento del perjuicio del Side Stream Cigarette Smoke (sss) o corriente de humo lateral, considerando que era más tóxico que el humo de corriente principal o inhalado por el fumador (Schinck y Glantz, 2006).

Los elementos actualmente considerados entre los 11 carcinógenos que contiene el humo de tabaco, se han clasificado, de acuerdo con el Instituto de

Investigación en Cáncer, como partículas y gases. Claro está, que el elemento adictivo del tabaco lo constituye la nicotina, las otras sustancias presentes con evidencia carcinogénica como gases son el monóxido de carbono, el cianuro de hidrógeno, el amonio, el benceno y el formaldehído, por ejemplo; y como partículas cadmio, plomo, polonio 210, nitrosaminas, nicotina y otros, tales como berilio, butadieno, benzopirenos; los hidrocarburos aromáticos tienen consecuencias mórbidas en la salud (Sleiman et al., 2010).

De la nicotina se puede mencionar que es una droga psicoactiva, genera alteración de la conducta y alteraciones físicas específicas. En el sistema nervioso central, la nicotina produce: aumento de dopamina en el núcleo accumbens e incrementa el número de receptores nicotínicos funcionales debido a la exposición crónica a esta sustancia (esto se refleja en la producción de sensaciones más placenteras, lo cual está relacionado con el reforzamiento y la adicción, y con el tiempo se expresa en la conducta del ritual previo a fumar: abrir la cajetilla, sacar el cigarrillo, tenerlo entre los dedos, situación que ocasiona la estimulación de dopamina aun sin haber iniciado la inhalación del humo).

En cuanto a la adicción física se considera que la nicotina llega en ocho a diez segundos de los pulmones al cerebro, se une a los receptores ya mencionados y en un aproximado de 30 a 60 minutos los niveles de nicotina descienden. Estos niveles de nicotina que se encuentran debajo de los niveles de confort de un fumador, generan la aparición de los síntomas de abstinencia: ansiedad, incapacidad de concentrarse, irritabilidad, imposibilidad de descansar, necesidad urgente de otro cigarrillo, cefalea, insomnio (Silverthorn et al., 2008).

Lo anterior ha demostrado que consumir tabaco no es solamente un mal hábito, sino una drogodependencia, puesto que cumple con todos los criterios que definen el consumo de una sustancia como tal: existencia de una necesidad o compulsión hacia la toma periódica o continuada de una sustancia, tolerancia y síndrome de abstinencia en ausencia de la misma.

Algunos han considerado que al convertirse en un hábito el fumar cigarrillos a lo largo de la vida, un fumador activo podría consumir entre cincuenta mil y trescientos mil cigarrillos, por lo que, después de una práctica tan importante, la conducta de fumar acaba por automatizarse. De esa cuenta, en numerosas ocasiones el nicodependiente se encontrará

fumando sin saber por qué, o encendiendo un cigarrillo cuando todavía tiene otro en el cenicero.

El otro aspecto involucrado en este proceso es la asociación de cosas importantes que las personas realizan fumando: tomar café, salir de compras, conducir automóvil, departir con amigos, en las que si no hay un cigarrillo, pueden parecer extrañas, incompletas e insatisfactorias. El individuo expuesto al humo de tabaco de segunda mano es considerado como fumador pasivo, incluyendo al producto de madres embarazadas que fuman o están expuestas, lactantes, infantes, niños, adolescentes, así como a personas que por situación familiar o laboral tienen contacto de manera involuntaria. Además de los componentes arriba mencionados, también estarán expuestos a los siguientes: alquitrán, término utilizado para designar a miles de sustancias que se encuentra en el humo del tabaco, es un cancerígeno presente en este producto. Es una sustancia de color amarillo oscuro y pegajoso, que mancha dedos y dientes de los consumidores. Se estima que fumar entre veinte y sesenta cigarrillos diarios provoca la acumulación anual de alquitrán en los pulmones de aproximadamente quinientos gramos.

Por ser altamente irritantes los componentes del cigarrillo —además tener mal sabor—, la industria tabacalera agrega sustancias que mejoren el sabor y así ocultar el efecto irritante. El cacao que contiene teobromina, es una sustancia que favorece la dilatación de las vías respiratorias, haciendo que el fumador pueda respirar profundamente y así lograr que en cada inhalación aspire más humo e ingrese mayor cantidad de nicotina, disminuye la aspereza del humo, creando una sensación más suave al fumar.

Otros aromatizantes que se agregan son chocolate, miel y caramelo. Lo natural sería que el organismo rechace el humo, para evitar esto se agrega mentol que genera un efecto anestésico en la garganta.

No todo lo que se encuentra enrollado en el papel son hojas de tabaco, se le agrega un relleno proveniente de tallos y otros desechos de hojas.

El filtro que los cigarrillos tienen retiene una parte del humo y del alquitrán antes de que puedan alcanzar la vía pulmonar. Los filtros están hechos de acetato de celulosa, la cual entre sus funciones se encuentra enfriar el humo y consecuentemente lo hace más fácil de inhalar (Ericksen, Mackay y Ross, 2012).

Comparando los usos que tienen muchos de los componentes del cigarrillo en otras áreas de la industria, están los siguientes: amoniaco en productos de

limpieza y pesticidas; arsénico en raticidas; butano combustible doméstico; cianuro empleado en las cámaras de gas; metano utilizado en cohetes espaciales; cloruro de vinilo presente en plásticos, tubos, ventanas; polonio 210 sustancia tóxica y radioactiva; benceno componente natural del petróleo crudo; resinas, tinturas, formaldehído en la conservación de cadáveres; monóxido de carbono en los tubos de escape de automóviles; cadmio y níquel en fabricación de baterías; cromo y plomo en tuberías y construcción.

La encuesta de tabaco en adolescentes, región para Guatemala, establece que en estudiantes de ciclo básico, el inicio de fumar es a partir de los 13 años de edad; además, ocho de cada 10 estudiantes reportaron estar expuestos a humo de tabaco en su domicilio (Organización Mundial de la Salud, 2011). La Academia Americana de Pediatría considera que ahora tenemos otra clasificación respecto a la exposición relacionada con el humo del tabaco, y lo constituye en humo de tercera mano, que se define como el legado del humo de segunda mano, de una manera coloquial: «el humo que ya se fue» y que puede permanecer en determinados ambientes durante meses, y que vuelve a remitir en fases químicas y gaseosas con la formación de compuestos que al reaccionar con elementos del ambiente (óxido de nitrógeno, azufre, ozono y radicales libres), están implicados en la formación de nitrosaminas, conocidas como potentes carcinógenos. De los compuestos involucrados en el humo de tercera mano, se mencionan: acetaldehídos, butadienos, acroleínas, fluoranos, tolueno, benceno, naftaleno, cresol.

Los reservorios para el depósito de partículas que vuelven a remitir en fase gas y partículas, incluyen tapicería de autos, amueblados de sala, cortinas, frazadas, paneles, ductos, alfombras, de manera que este potente enemigo es como un caballo de Troya al interior de los domicilios y lugares de trabajo (Winickoff et al., 2009).

La industria tabacalera propuso a sus consumidores el cigarro electrónico, el cual contiene un dispositivo activado por una batería y con la presencia de cartuchos que contienen nicotina. La intención: no generar humo. Este dispositivo también tiene elementos de riesgo para la salud del consumidor. La oms considera que «el aerosol producido por los inhaladores electrónicos de nicotina, no es solo vapor de agua como suelen pretender las estrategias del márketing» (Bettcher, 2014); y establece que el cigarrillo electrónico representa un peligro para la salud pública, esto lo expresó el director del Departamento

de Prevención de Enfermedades no Transmisibles de la oms, Douglas Bettcher. Nuevos datos «sugieren que algunos cigarrillos electrónicos se calientan tanto, que pueden producir un puñado de las mismas sustancias cancerígenas que se encuentran en los cigarrillos industriales» (Richtel, 2014). Otra forma de consumir tabaco —pero se ha solicitado a los reguladores estadounidenses moderar las advertencias—, es Swedush Match, compañía de tabaco europea con su forma de cigarro snus, similar al tabaco masticable, pero sin necesidad de escupir (Mattingly, 2015).

Formas alternas para el consumo de tabaco, incluyen: Hookah o pipa de agua, socialmente utilizada por grupos de personas que se van rotando la manguera conductora para inhalar, este mecanismo tiene los mismos riesgos para la salud que el tabaco normal, con otro problema asociado: el poder transmitir proceso infectocontagioso como herpes y tuberculosis. Por utilizar carbón para calentar el tabaco, los niveles de monóxido de carbono se incrementan.

Tabaco soluble es otra forma de consumo, destinado a disolverse en la boca del consumidor, tales como dulces que semejan a los «tic tac», tiras parecidas a las que se colocan en la lengua para refrescar el aliento y palillos parecidos a los mondadientes. Gomas de mascar con nicotina es otra forma alterna, utilizada incluso como terapia por personas que desean dejar de fumar. Aunque esto evita la presencia de humo, la nicotina puede contribuir al envejecimiento celular y enfermedades relacionadas con la vejez. Llegado a este punto, es conveniente analizar lo escrito por la doctora Guadalupe Ponciano Rodríguez, al expresar la urgente necesidad de revisar cambios en el abordaje del tabaquismo por los médicos y las escuelas de medicina en Latinoamérica. Lo expresado por Charles Dickens en su libro *American Notes* en 1842, describe una situación particular y el surgimiento de una de las primeras normas antitabaco. La doctora Ponciano Rodríguez enfoca el proceso de educación universitaria relacionado con el tabaco y el personal de salud (Ponciano, 2010).

Algunos pacientes perciben que su médico tiene aspectos más importantes para revisar en relación con la salud, y el tabaquismo llega a ser una preocupación secundaria, esto es un serio problema, puesto que el médico tiene la obligación de promover conductas y actitudes saludables a sus pacientes.

Sería oportuno observar con detenimiento por el personal dedicado al cuidado de la salud y por quienes se dedican a la enseñanza en las ciencias de la salud la pintura *Skull of a Skeleton with Burning*

Cigarette, de Van Gogh, realizada en 1885, que nos muestra la pasión del pintor por el color amarillo, pero lo interesante es la imagen del cráneo de un esqueleto humano que tiene un cigarro encendido y consumiéndose. ¿Quién consume a quién?

En atención a lo anteriormente descrito, se debe tomar en cuenta que la única medida eficaz para proteger a todas las personas, sin excepción,

de los devastadores efectos de la exposición al humo ambiental de tabaco, es el establecimiento de ambientes 100% libres del humo de tabaco.

Las escuelas de medicina tiene el compromiso de la protección de la salud y prevención de patologías dentro y fuera de las «fronteras» de su facultad, escuela, universidad y comunidad.

Referencias

- Bettcheer, D. (2014, 27 de agosto). OMS pide prohibir cigarrillos electrónicos. *Prensa Libre*, 36.
- Carter, B., Abnet, C., Feskanich, D., Freedman, N. & Hartge, N. (s. f.). *Engl J Med*, 372 (631), 40. DOI: 10.1056/NEJMsal1407211.
- Ericksen, M., Mackay, J., & Ross, H. (2012). *The Tobacco Atlas* (4th Ed.). Atlanta, GA: American Cancer Society - World Lung Foundation.
- Mathews, C., Spencer, A. & Van Holde, K. (2013). *Bioquímica*. México: Pearson.
- Matt, G., Quintana, P., Hovell, M., Bernet, J., Song, S., Novianti, N. (2004). Householdss contaminated by environmental tobacco smoke: sources of infant exposures. *Tobacco Control*, (13), 29-37. DOI: 10.1136/tc.2003.003889.
- Mattingly, A. (2015, 11 de enero). Tabacaleras no dejan el hábito. *The New York Times International Weekly*, 4.
- Organización Mundial de la Salud. (2009). *Informe OMS sobre la epidemia mundial tabaquismo*. Ginebra: OMS.
- Organización Mundial de la Salud. (2011). *Convenio Marco de la OMS para control del tabaco*. Ginebra: OMS.
- Ponciano R., G. (2010). The urgent need to change the current medical approach on tobacco cesation in Latin America. *Salud Pública Mex*, (52). supl 2S366-S372.
- Richtel, M. (2014, 18 mayo). Cuidado con ciertos cigarrillos electrónicos. *The New York Times International Weekly*, 8.
- Schinck, S. & Glantz, S. (2006). Sidestream cigarette somoke toxicity increases with aging and exposure duration. *Tobacco Control*, 15, 424-429. DOI:10.1136/tc.2006.016162
- Silverthon, D., Ober, W., Garrison, C., Silverthon, A. & Johnson, B. (2008). *Fisiología*. Buenos Aires: Editorial Médica Panamericana.
- Silvis, G. & Perry, Ch. (1987). Cómo comprender y desterrar el uso del tabaco entre adolescentes. *Clínicas Pediátricas de Norteamérica*. México: Interamericana.
- Sleiman, M., Destailats, H., Smith, J., Lin, Ch., Ahmed, M., Wilson, K. (2010). Secondary organica aerosol formation from ozone-initiated reactions with nicotine and secondhand smoke tobacco. *Atmospheric Environment*, 44, 4191-4198.
- Winickoff, J., Friebeley, J., Tanski, S., Sherrod, Ch., Matt, G., Hovell, M., & McMillen, R. (2009). *Beliefs About the Health Effects of "Thirdhand" Smoke and Home Smoking Bans*. *Pediatrics*. DOI:10.1542/peds.2008-2184

Biodatas

- Aguirre Baeza, Luz María.** Médica endocrinóloga, Universidad de Chile, promoción 1967, especialidad en Psiconeuroinmunoendocrinología Universidad de San Juan, Argentina. Experiencia en Medicina Clínica, docencia, Salud Pública y Patología de la mujer. Escribe artículos científicos. Profesionalmente se desempeña como médica en varias ciudades de Chile y en el extranjero. Correo electrónico: lulujaaa@yahoo.es Chile
- Alegria Jaque, Carlos.** Ciudadano de 62 años, residente del planeta tierra, avecinado en Chile. Médico de profesión, especializado en Cirugía General y jefe de Servicio en Hospital de mediana complejidad ubicado a 35 Km de Santiago de Chile (Talagante). Magíster en Gestión y Administración en salud y Diplomado en Bioética Clínica de la UNESCO. Sus trabajos los firma con el seudónimo de Archiduque Karl von fIMBo. Correo electrónico: alegriajaque@gmail.com Chile.
- Álvarez Ramírez, Malvina.** Asistente Social, Universidad de Chile. Inicia su afición literaria el 2008, en el Circulo Literario los Dominicos de la Municipalidad de Las Condes, donde ha participado en encuentros literarios y concursos de la municipalidad. Ha publicado trabajos en el diario virtual Co-Incidir, dirigido por el doctor Luis Weinstein. Correo electrónico: lweinsteinc@gmail.com Chile
- Arruda Franco, Josyanne Rita.** Brasileira, médica pediatra. Meembro titular da Academia Brasileira de Médicos Escritores. Meembro titular da Academia Jundiaense de Letras. Membro da União de Médicos Escritores e Artistas Lusófonos. Membro da Sociedade Brasileira de Médicos Escritores. Correspondente da Associação de Médicos Escritores e Artistas de Moçambique. Costuma dizer sobre suas composições literárias que tem «o pensamento no sublime, a vida na realidade e o coração na selva». Correo electrónico: josyannerita@gmail.com Brasil.
- Basail, Raúl.** Médico Auditor en Obra Social, nacido en Buenos Aires. Escritor de cuentos con dos libros publicados. Ha participado en varias antologías y galardonado en diferentes concursos de cuento. Correo electrónico: raulbasail@gmail.com Argentina.
- Caballero Canales, Laura.** Pediatra, maestrante a Magíster en Creación de Guión en la Universidad Finis Terrae. «Escribo de la misma manera que tejo; las lanas, las historias, las palabras, están ahí, haciéndome guiños desde el canasto para que las mire, las elija, las mezcle y escriba algo que antes no existía. Me gusta inventar mis mundos del mismo modo que invento las tramas de mis tejidos, cuentos o poemas». Correo electrónico: doctorcaballero@gmail.com Whatsapp +56 9 9342 9810. Chile
- Cabarrús Melgar, Andrea María.** Estudiante de cuarto año de Licenciatura en Biología en la Universidad San Carlos de Guatemala. Escribe desde la edad de ocho años. Hoy hace poesía, escribe cuento corto y ensayo. Ha recibido premios en diferentes



concursos literarios: escolar, universitario y de médicos. Correo electrónico: andrea.cabarrus@gmail.com Guatemala.

Cárdenas Canales, Raúl. Médico Psiquiatra, habitante de Viña del Mar. Asiste por primera vez al Congreso. Correo electrónico: ralcrdenas@gmail.com Chile

Castro Reyes, Amy. Médica y escritora guatemalteca desde los doce años, cultiva el ensayo, el cuento y la poesía. Ha participado en certámenes literarios de la Facultad de Ciencias Médicas, en publicaciones del Congreso Latinoamericano de Médicos Escritores en Chile, Argentina y Guatemala, es miembro de la Red de Escritores en Español (REMES). Correo electrónico: investigarprimero@gmail.com; o amy_king2040@hotmail.com Guatemala

Cifuentes Cabrera, Raquel. Médica Pediatra con Maestría en Bioética y en Biología Molecular e Investigación. Expresidenta, exsecretaria de la Asociación Guatemalteca de Médicos Escritores. Fundadora del Eje de Arte y Cultura de la Facultad de Ciencias Médicas USAC, Presidenta del Comité Organizador del I Congreso Nacional y X Latinoamericano de Médicos Escritores, Guatemala. Escribir Poesía es parte de su vida. Correo electrónico: rcdf121@gmail.com Guatemala

Daza López, Luis José. De Villanueva. Médico egresado de la Universidad Cooperativa de Colombia, Santa Marta. Médico Internista del Instituto Carlos Chagas de Río de Janeiro. Residente dos años en Especialización de Hemato-oncología en la Universidad Federal de Fluminense, Río de Janeiro, Brasil. Correo electrónico: drluisjosedaza@gmail.com Colombia.

Díaz Cuesta, Mercedes. Licenciada en Enfermería, Máster en Atención Integral al Niño, Especialista en Enfermería Comunitaria, profesora asistente de la Facultad General Calixto García Íñiguez. Centro laboral: Policlínico Wilfredo Santana Rivas. Jefa del departamento docente. Correo electrónico: mdcuesta@infomed.sld.cu Dirección calle 19 Biplanta 12 entre 2 y 4 Reparto Guiteras Municipio Habana del Este. Provincia la Habana. Cuba.

Fieldhouse Alarcón, Catherine Julia. Médica psiquiatra, que gusta de pintar, dibujar, escribir y compartir con los amigos que hacen otro tanto. Casada con Hermann Schwarze Grossi, médico cardiólogo e intensivista, dos hijas y dos hijos. Vive en Rancagua, Chile. Pertenece a los Grupos: Sueños y Los Inútiles, publicó el libro *El Encuentro* y ha sido galardonada con algunos premios en poesía y prosa en congresos literarios de médicos escritores nacionales y latinoamericanos. Correo electrónico: catherinefieldhouse@gmail.com Chile

Garay Moffat, Verónica. Psicóloga con especialización en Psicodrama, Universidad de Chile. Reconocida como poeta y escritora en Antología Argentina en Versos y Prosa. Autora de la novela *Amor a Paso de Caracol*

y del poemario *La Prisa del Abejorro*. Se desempeña actualmente como psicóloga clínica en la Unidad de Psiquiatría y Salud Mental del Hospital de Quillota. Correo electrónico: psicosaludvg@gmail.com Chile.

García Álvarez, Arturo. Guatemalteco. Médico y Cirujano de la Universidad de San Carlos de Guatemala. Especialista en Medicina Interna, docente universitario de la cátedra de Bioquímica Humana. Ganador del Primer lugar en la rama de Cuento en 2010, 2011 y 2012 de la Asociación de Médicos Escritores y del Trofeo Juan Dieguez Olaverri. Ganador del Primer lugar en la rama de Cuento en el IX y X Congreso Latinoamericano de Médicos Escritores realizados en Misiones Argentina y en la ciudad de Guatemala en 2013 y 2014. Correo electrónico: jarturogalvarez@yahoo.com Guatemala.

González Rodríguez, Valerio Germán. Nació en San Fernando, Provincia de Colchagua. Escribe desde la adolescencia. Médico de la Universidad de Chile. Especialista en Enfermedades Respiratorias. Su poesía ha sido publicada y ganadora en diferentes medios por concursos presentados en El Colegio de Chile y la Escuela de Medicina, en el Servicio de Salud Araucanía Sur y en Insomnio, Grupo de médicos poetas Sueños, al que pertenece y que reúne a profesionales de todo el país. Igualmente en varios encuentros de Médicos Escritores chilenos y latinoamericanos. Correo electrónico: valeriog@hotmail.cl Chile

Guzmán Cárdenas, Patricio Domingo. Médico y escritor ecuatoriano. Miembro participante y colaborador de Encuentros Literarios Internacionales Luz del Corazón (ELILUC) de Miami. Correo electrónico: esmeronest@hotmail.com. Ecuador

Illanes Mora, Alejandro Galo. Médico Cirujano graduado de Universidad de Chile, Miembro del Colegio Médico de Chile. Especialista en Cardiología Clínica y Experimental. Con posgrado en Harvard School of Medicine, Pharmacology, Instituto de Fisiología, Universidad de Berna, Suiza. Profesor, Escuela de Medicina, Universidad de Chile y de la Escuela de Medicina, Universidad de Oriente, Venezuela. Premio Honorífico en Poesía, Departamento Cultural, Municipalidad de Las Condes. Premio Honorífico en Poesía, Grupo Sueños de Médicos Escritores chilenos. Con publicaciones científicas a nivel internacional. Correo electrónico: a-galloillanes@gmail.com Chile.

Jäckel de Aldana, Jasmina. Investigadora independiente, gestora cultural, traductora literaria, (auto) biógrafa y artista, vive y trabaja en Guatemala y Alemania. Se graduó en Estudios Islámicos, Filología Árabe y Etnología en la Universidad Libre de Berlín. Correo electrónico: jdealdana@hotmail.com Guatemala.

Kelm, Juan Ricardo. Médico. Especialista en Traumatología y Ortopedia. Especialista en Medicina Laboral.

Docente autorizado de la Pontificia Universidad Católica de Córdoba. Premio Oro Libro y Plata de la Subsecretaría de Cultura de la Provincia de Misiones. Su libro *El Tractorazo*, fue solicitado por la Universidad de Princeton de Estados Unidos para el departamento de Estudios Latinoamericanos. Correo electrónico: jrkelm@infovia.com.ar Argentina.

Lattus Olmos, José Ariel Pierre. De Copiaco. Médico Cirujano, Gineco Obstetra. Aficionado a la pintura y a la escultura desde los cinco años. A los 11 gana concurso de Bellas Artes en Santiago. Fue miembro del taller Juan José Meyer, de estudios al óleo, en Copiapó hasta el año 1963. Expuso sus obras en Santiago, en el Salón Marcos Bontá y en la Sala de laboratorio Saval. Premio por la creación del logo ssmoc, actualmente en uso. Ejerció como médico único, director y jefe del hospital de los Vilos, Combarbalá, Illapel y Salamanca. Correo electrónico: doctorjoselattus@gmail.com Chile.

Martínez Molina, Oscar Antonio. Médico Cirujano Ortopedista por la UNAM. Profesor de posgrado del curso de Ortopedia y Traumatología UNAM. Autor de artículos de la especialidad. Coautor del libro *Patologías del hombro* (Ed. Alfil). Es médico Cirujano Ortopedista por la UNAM. Profesor de posgrado del curso de Ortopedia y Traumatología UNAM. Correo electrónico: marmolina_58@hotmail.com México.

Martínez Silva, Pablo Andrés. Médico Cirujano de la Universidad Nacional de Colombia, Especialista en Economía y Magíster en Antropología de la Universidad de Los Andes, Candidato a Doctor en Salud Pública de la Universidad Nacional de Colombia. Se desempeña como Coordinador de Atención Primaria en Salud en la organización no gubernamental Sinergias Alianzas Estratégicas para la Salud y el Desarrollo Social, lo cual combina con otros intereses. Correo electrónico: pmartinezsilva@gmail.com Colombia

Matamala Rivas, Carlos Fernando. Médico Internista, Neumólogo y Geriatra. Padre soltero de un sol y dos estrellas. Sueña, dibuja, pinta y escribe desde los siete años. Le apasionan la Medicina y la Solidaridad Social. Admirador y respetuoso de la vida y de la naturaleza, impactado y con mucha rabia por los desastres ocasionados por la codicia humana. Correo electrónico: carlomar@vtr.net Chile.

Mazariegos Carrascosa, Ana Evelyn. Médica Internista, Docente Universitaria titular VIII de la Facultad de Ciencias Médicas de la Universidad de San Carlos de Guatemala, con 26 años de carrera Inmersa en el arte desde muy niña con experiencias en arte dramático, declamación, canto coral. Escritora de poemas desde los 16 años; de cuentos y microrelatos recientemente. Socia honoraria de Poet's Society International 2004, de la Asociación de Médicos Escritores de Guatemala 2009. Correo electrónico: carrascosa20@yahoo.com

Guatemala.

Mesa Walwyn, Ioris Jacqueline. Doctora en Ciencias Médicas. Especialista en Medicina General Integral. Residente de Medicina Física y Rehabilitación. Género literario: Narrativo Cuento. Correo electrónico: isoris.mesa@infomed.sld.cu Cuba.

Miranda Barrios, José Leonel. Médico pediatra, profesor de Biología celular y molecular. Su mayor interés literario se centra en el ensayo. Actualmente secretario de la Junta Directiva de Médicos Escritores de Guatemala. Correo electrónico: jlmiranda@intelnet.net.gt Guatemala.

Monreal Urrutia, Angélica. Médica Psiquiatra. Correo electrónico: amonrealu@vtr.net Chile.

Monterrosa Blanco, Angélica Margarita. Estudiante de 1x semestre de medicina en la Universidad de la Sabana. Correo electrónico: angiemon38@hotmail.com Colombia

Monterrosa Castro, Álvaro. Médico especialista en Ginecología y Obstetricia. Profesor de la Facultad de Medicina. Universidad de Cartagena Colombia. Celular 3157311275. Correo electrónico: alvaromonterrosa@gmail.com Colombia

Oliveros Rosales, Luis Leonel. Médico pediatra. Trabaja en el departamento de Petén en la obra misionera de las Hermanas Dominicanas. Es socio Honorario de la Asociación de Médicos Escritores de Guatemala donde también fue presidente. Premiado en varios certámenes Werner Ovalle López. Correo electrónico: oliverosescuintleco@gmail.com Guatemala.

Pineda Terán, Alma Grace. Estudiante de x semestre de Medicina en la Universidad del Magdalena. Coordinadora por Santa Marta del Parlamento Joven de escritores de Colombia. Ganadora del primer puesto en las Olimpiadas de Comprensión Lectora en Lengua Castellana e Inglés (Corporación universitaria del Caribe) primer puesto en la III versión del concurso Cuenta tu historia de amor (Unimagdalena) y del tercer puesto en la modalidad de poesía en el Primer Festival Regional de Literatura y Narración Oral ASCUN. Correo electrónico: amaurotana@gmail.com Colombia.

Pinto Bustamante, Boris Julián. Médico cirujano, especialista, magíster en Bioética. Especialista en Creación Narrativa. Candidato a doctorado en Bioética. Profesor investigador de Bioética y Ética clínica, Universidad El Bosque, Universidad del Rosario. Correo electrónico: borisjpinto@gmail.com Colombia

Ramírez Tamayo, Amparo Aurora. Bogotana, Magíster en Educación, dedicó 20 años de docencia a la formación de adultos en la educación media. Docente universitaria, con investigación y producción literaria y pedagógica en cuatro libros. Organiza el XI Congreso Latinoamericano de Médicos Escritores en la Universidad Cooperativa de Colombia, sede Santa Marta.

Correo electrónico: amparo.ramirez@campusucc.edu.co Colombia.

Rojas Solar, Carla. Escribe desde niña. Forma parte del colectivo Entre cuentos. Es secretaria en el Centro Neurológico del doctor Juan Iduquez Cabezas. Correo electrónico: carlarojass@gmail.com Chile.

Serrano, Juan Francisco. Oriundo de la «Ciudad de la Estrella» Quetzaltenango, segunda ciudad de Guatemala. Médico de vocación y escritor de ocasión. El gusto por la prosa le hizo incursionar en la rama de cuento. Miembro de AME y del grupo Sueños. Correo electrónico: serranodeleon@gmail.com Guatemala

Testart Tobar, Alba. Médica Otorrinolaringóloga. Aficionada por la escritura literaria desde la infancia. Ha participado en revistas escolares donde ha publicado cuentos, también en la Revista del Colegio Médicos. Correo electrónico: albatest@yahoo.fr Chile.

Testart Tobar, Carmen Gloria. De Viña del Mar, tiene título de Pedagogía en Castellano. Ha publicado cuentos, poesías, Los diálogos de Adán y Eva en el Paraíso en la Revista Ánfora, seis cuentos en Antología de cuentos de la Editorial Rayentrú. Trabajó bajo la dirección de Karina García Albadiz sobre La Verdadera Historia de su Bisabuelo, Luis Testart Basse. Hoy en el Taller Encuentros bajo la dirección de Karina García Albadiz. Correo electrónico: monitestart@hotmail.com Chile.

Thumala, Alfredo. Médico cardiólogo, profesor de la Universidad de Chile y escritor. Correo electrónico: thumala@vtr.net Chile.

Urrea Robin, Claudio. Médico, escritor y poeta. Primer puesto en el x Congreso Latinoamericano de Médicos Escritores, Guatemala. Miembro del grupo sueños. Vive en Punta Arenas, el confín de la tierra. Correo electrónico: drclaudiourrea@hotmail.com Chile.

Valenzuela Castro, Oriana. Médica Cirujana. Participa desde hace dos años en el grupo de médicos escritores del Colegio Médico de Chile. Correo electrónico: oria-navalenzuela@hotmail.com Chile.

Varela, Nedy Cristina. Médica. Especialista en Laboratorio de Análisis Clínicos. Escritora y Coordinadora de Talleres Literarios. Integró la Directiva de la Casa de los Escritores del Uruguay. Es Miembro de Honor y corresponsal en Uruguay de Asolapo-España y Embajadora Cultural de Asolapo-Argentina (Asociación Latinoamericana de Poetas, escritores y artistas). Cursa la Tecnicatura de Corrector de Estilo en la Facultad de Humanidades. Publicó libros de poesía, narrativa y ensayos. Integra numerosos libros colectivos en distintos países. Ha recibido premios en los encuentros de Médicos Escritores realizados en Guatemala y en Misiones (Argentina) y recibió reconocimientos nacionales e internacionales. Correo electrónico: nedy51@hotmail.com Uruguay

Velásquez Martínez, Katia Alexandra. De Ancud Chiloé. Médica internista, dedicada en los últimos años a los cuidados paliativos de pacientes con cáncer avanzado. Pertenece al grupo Sueños y a la agrupación de poetas Pucarel. El año 2014 recibe el segundo lugar en el concurso Historias de nuestra tierra por el cuento Los zapatos de Diego. Correo electrónico: kvelasquezm@gmail.com Chile.

Weinstein, Luis. Médico psiquiatra, de salud pública, terapeuta y educador. Coordinador del Centro de Desarrollo Humano Las Coincidencias, de Isla Negra. Colaborador del programa internacional Alegremia, amistosofía, esperanza, de iniciativas culturales en el sector norte de Santiago, de la propuesta solidaridad de bienestar personal socio cultural de la ciudad de Quillota. Correo electrónico: lweinsteinc@gmail.com Chile.

Witto Arentsen, Guillermo. Chileno. De 56 años, nacido en Viña del Mar. Especialista en Traumatología y Ortopedia. Organizador del xvii Congreso Chileno de Médicos Escritores 2015. Premios: segundo lugar en Microcuentos xiv Congreso Chileno de Médicos Escritores. Segundo lugar en Poesía xvii Congreso Chileno de Médicos Escritores 2015. Correo electrónico: gwittoa@hotmail.com; gwittoa1959@gmail.com Chile.

Este libro se terminó de imprimir y encuadernar
en Proceditor en octubre de 2016.
Fue publicado por el Fondo Editorial
de la Universidad Cooperativa de Colombia.
Se empleó la familia tipográfica Minion Pro.



Universidad Cooperativa
de Colombia

ediciones.ucc.edu.co
Colección Actas